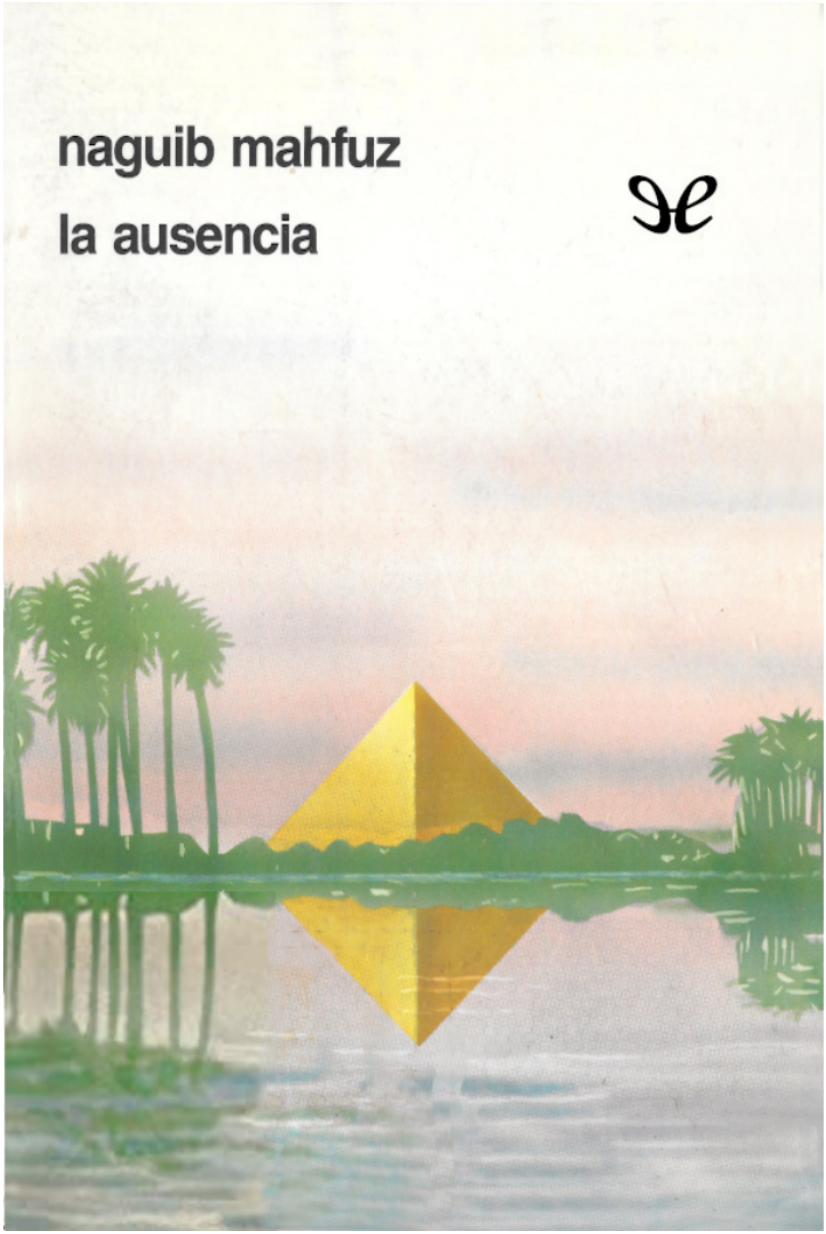
naguib mahfuz

la ausencia



Al morir su madre, el joven Sábir, sin dinero y sin trabajo, se traslada de Alejandría a El Cairo en busca de su padre ausente. Dos mujeres se interponen en el camino, cuyo final será trágico. *La ausencia* es una espléndida novela en la que se mezcla el relato policíaco, la descripción realista y la reflexión filosófica.

Naguib Mahfuz

La ausencia

ePub r1.0
Titivillus 06.06.2023

Título original: *Aṭ-Ṭarīq*
Naguib Mahfuz, 1964
Traducción: Marcelino Villegas
Diseño de cubierta: Loni Geest y Tone Hoverstad

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Los ojos se le anegaron. A pesar del dominio sobre sus sentimientos y a pesar del asco que le daba llorar delante de aquellos hombres, los ojos se le anegaron. Fijó una mirada acuosa en el cadáver, que estaban trasladando de las parihuelas a la boca de la tumba. Envuelto en el sudario parecía muy delgado, como ingrávido; cuánto había adelgazado mamá. Desapareció definitivamente de la vista y ya solo vio oscuridad. Le llegó el olor de la tierra. Los hombres se apretujaban en torno a él y había emanaciones repugnantes y sudor. En el patio, fuera del cuarto, se elevó el alboroto de las mujeres. Tanto le impresionó el olor de la tierra que todo le resultó aborrecible. Fue a asomarse a la tumba, pero una mano le cogió del brazo y una voz dijo:

—Ruega al Señor.

Le dio asco su tacto y le maldijo interiormente. Un cerdo como los demás cerdos que le rodeaban. El momento del adiós volvió a él con una punzada que parecía de arrepentimiento, y se dijo que un cuarto de siglo de convivencia nada significa en ese instante y a nada equivale. A lo lejos resonó una voz que parecía un aullido y luego entró en el cuarto un batallón de ciegos que formaron un semicírculo en torno a la tumba y a continuación se sentaron con las piernas cruzadas. Sintió muchos ojos fijos en él o que le miraban furtivamente. Sabía bien lo que esas miradas significaban. Afirmó su apostura desafiante. Le decían que no siguiera así, con aquella actitud y aquella ropa, como un extraño, como si no fuera uno de ellos. ¿Por qué le había apartado su madre del ambiente que era el suyo y luego le había dejado solo? No te aprecian, aunque disimulen la mala voluntad. Ahora la vida sabe a tierra. El

sepulturero surgió por la abertura con su ayudante y se quedaron parados al borde otra vez. Luego fueron cegando la tumba y después igualaron la tierra, enérgicos y vivaces. Se oyó el pregón del aguador. Los ciegos empezaron a salmodiar. El jefe repitió su insinuación y él se preguntó qué le habría contestado su madre. Se dijo que había tenido que estar muy sola. ¿Qué dirían los cerdos sobre eso? La sumisión les cubría la frente como una nube de verano. Le atrapó el hastío, sintió ansias de estar solo en casa y le acució el deseo de revisar todo aquello. En las tinieblas de la tumba estarían cayendo sobre su madre las preguntas delicadas. Ninguno de aquellos diablos le ayudaría, pero ya os llegará el día a vosotros, se dijo. Las voces se amortiguaron en un canto triste que sugería el final. El batallón de ciegos se levantó y permaneció en actitud de espera. El sepulturero dio unos pasos hacia él.

—Déjamelo a mí, no le hagas tú la cuenta. Yo conozco mejor a esa gente —dijo en esto el que estaba a su derecha.

De nuevo se despertó su ira, pero también comprendió que el ritual había terminado y su sentimiento de soledad se redobló. Abarcó el cementerio con la mirada y le alivió su aspecto cuidado. Por entre los barrotes de la ventana veía la hiedra, las chumberas y los arrayanes que hermoseaban las tapias y los ángulos del patio. A ella —Dios la tenga en Su gloria— le gustaba el bienestar y se lo había procurado en las dos casas; pero ahora solo le quedaba el cementerio. La gente se desplazó poco a poco hacia el patio y él salió a la puerta exterior para despedir a todos cuantos habían asistido al entierro. Las primeras que le dieron la mano fueron las mujeres. A pesar de las ropas del duelo, del llanto y los golpes en las mejillas, las miradas de descaro seguían inalterables en sus ojos y en sus rostros la impudicia y los estragos de la deshonra. Luego desfilaron los hombres, no te achiques, y se agradece lo que habéis hecho, del camello al rufián y del chulo al alcahuete. Los siguió con una mirada fría, sin dudar que ellos compartían el sentimiento. A pesar de esto no olvidaba que estaba en deuda con ellos y no dio libre curso a la mala voluntad. Se dijo que había acabado con ellos para siempre y en tablas. De camino a su casa de la calle Profeta Daniel le asaltó un ambiente refrescante y perfumado de efluvios otoñales. El cielo resultaba misterioso al nacer el ocaso. La casa de Profeta Daniel había sido testigo de una etapa espléndida y feliz de

su vida. Las únicas huellas de la finada que tenía la vivienda eran un ropero grande y un narguile olvidado bajo la cama vacía. Se sentó en un balcón que daba al cruce de Profeta Daniel con Sáad Zaglul para fumarse un cigarrillo, y los preparativos que se efectuaban en un piso del otro lado de la calle, ocupado por una familia extranjera, le llamaron la atención. En un aparador habían colocado las botellas y las cosas del hielo; al final de la sala un hombre y una mujer se abrazaban con un ardor que no concordaba con lo temprano de la hora. Se dijo que, a partir de entonces, sabría lo que de verdad es la vida. Estaba solo, sin dinero, sin trabajo, sin relaciones, y solo le quedaba una esperanza tan rara como un sueño. A partir de entonces tendría que buscarse personalmente la vida, responsabilidad de la cual nunca antes se había hecho cargo, porque su madre se había ocupado de ello mientras él quedaba libre para disfrutar de su primera juventud. El día anterior, sin ir más lejos, la muerte era lo más ajeno a sus ideas. Fue a esa misma hora, o quizás algo antes, cuando el simón llegó con su madre. Se apeó apoyándose en su brazo e hizo el camino con dificultad, porque estaba agotada. Su aspecto era exangüe y escuálido, parecía treinta años mayor de lo que era. Aún no había rebasado los cincuenta. Basima Umrán se había quedado reducida a la mínima expresión. Volvía a casa de su hijo —o a la casa que había preparado para su hijo— después de pasar cinco años en la cárcel.

—Tu madre se acabó, Sábir —se quejó.

—Tonterías. Aún estás en plena juventud —repuso él mientras la llevaba en brazos sin esfuerzo.

Se echó en la cama sin quitarse nada. Luego volvió la cara hacia el espejo del ropero.

—Tu madre se acabó, Sábir —dijo con tristeza y resollando—. ¡Quién creería que esta cara es la cara de Basima Umrán!

Ya lo creo. Plenitud de luna tenía, las mejillas puro rosicler… ¿Y el cuerpo? Macizo, tremendo, sin nada que le retemblara cuando reía a carcajadas, unas carcajadas que estremecían a la concurrencia.

—Maldita de Dios la enfermedad…

—No ha sido solo la enfermedad, también la cárcel —repuso mientras se enjugaba la cara con la manga, aunque la temperatura era suave—. La enfermedad vino por la cárcel. Tu madre no fue

creada para eso. Decían que si el hígado, que si la tensión, que si el corazón… ¡Dios les enferme la vida! ¿No podré reponerme?

—Te pondrás mejor que antes. Con reposo y medicación…

—¿Y el dinero?

La pregunta le sobresaltó, y no dijo nada.

—¿Cuánto te queda? —le interrogó.

—Una cantidad insignificante.

—Hice bien en poner la casa de Rasatín a tu nombre. Si no, la habrían incautado con mis demás bienes.

—Pero, ya te lo dije en su momento, la vendí cuando se me agotó el dinero.

—Ay, mi cabeza —se quejó, llevándose las manos a las sienes—. Ojalá la hubieras conservado. El dinero que tenías era mucho. Pero he sido yo quien te ha acostumbrado a la buena vida. Quería que vivieras como los grandes. Quería dejarte tanta riqueza que no cupiera en la mar. Y luego…

—Luego todo se perdió de golpe.

—Sí, por Dios. Fue una venganza miserable de un hombre miserable, un hombre que disponía de mi dinero y que luego me tomó ojeriza por una chica que no valía tres monedas. Entonces se acordó de repente del deber, de la ley y del honor y me echó abajo, el hijo de puta. Por eso le escupí a la cara en el juzgado.

Pidió un cigarrillo con un ademán de la mano y él se lo encendió diciendo:

—Mejor que no fumes por ahora… ¿Fumabas allí?

—Tabaco, hachís y opio. Pero siempre estaba inquieta por ti.

A pesar de su postración fumó, mientras con la otra mano se enjugaba la cara y el cuello.

—¿Y tu futuro, hijo?

—¿Y yo qué sé? Solo tengo a mi alcance meterme de chulo, de rufián o de alcahuete.

—¡Tú!

—La vida que tú me has enseñado es más bonita, pero me temo que no está a mi alcance.

—¡Tú no has sido creado para la cárcel!

—En este mundo solo hay trabajos como esos.

Se corrigió inmediatamente, y con vehemencia:

—¡Cómo se han alegrado los enemigos de que tú no estuvieras!

—Sábir… deja a un lado la rabia. Yo fui a la cárcel por eso. ¡Y me hubiera sido tan fácil tener contento al pendejo que me traicionó!

—Yo encuentro por todas partes gente digna de la cárcel.

—Déjales que digan lo que quieran, pero no uses los puños.

Él los apretó.

—De no ser por los puños en todas partes me hubieran abrumado a indirectas. Nadie se ha atrevido delante de mí a mencionarte para mal mientras estabas en la cárcel.

—Tu madre es la más honrada de las madres —dijo, expulsando el humo irritada—. Y sé lo que me digo. ¿O no se han enterado de que, a no ser por sus madres, habría quebrado mi negocio?

Sábir sonrió a pesar de la desolación que le embargaba.

—Son expertos en engañar a la gente con la apariencia —añadió Basima—. Su excelencia Fulano, el director Mengano, el míster Zutano… Coches, trajes, cigarrillos. Buenas palabras. Colonias estupendas. Pero yo sé lo que de verdad son. Los conozco en la alcoba. Sin otra cosa que sus defectos y sus vergüenzas encima. Tengo anécdotas chistosas para no parar. Niños malos, sucios, miserables. Cuando iba a empezar el proceso muchos se pusieron en contacto conmigo, me suplicaron que no citase su nombre y me prometieron la absolución. Gente así no puede hablarte mal de tu madre, porque tu madre es más honrada que sus madres, sus mujeres y sus hijas. Créeme: a no ser por ellas mi negocio habría quebrado.

Sábir volvió a sonreír.

—¿Dónde han ido a parar los días risueños, dónde? —se lamentó Basima—. Tu madre te quiere con todas sus fuerzas. Esta casa tan bonita te la preparé lejos de mi ambiente y te mandé el dinero que se te iba de las manos. Y si algo malo te ha venido por mí es porque no he tenido medio de evitarlo, no tengo la culpa. No hay hombre la mitad de guapo y de gallardo que tú. Lo único que te falta es dejar de lado la rabia, para que no te pase lo que a mí.

Consideró tristemente lo maltrecha que estaba y balbuceó:

—Todo volverá a ser como era.

—¿Como era? Yo estoy acabada. Para Basima aquellos tiempos no volverán. Ya no hay modo de que yo trabaje. Ni mi salud ni la policía lo permiten.

Sábir miró al suelo y dijo:

—De lo que me dieron por la casa queda poco…

—¿Y qué podemos hacer? Tú tienes que vivir como yo te he acostumbrado a vivir.

—Nunca te había visto desanimada.

—Solo esta vez.

—Entonces tengo que trabajar o que matar.

Apagó el cigarrillo y cerró los ojos fatigada o para concentrarse.

—Tiene que haber una salida —dijo Sábir.

—Sí. Cuando estaba en la cárcel siempre pensaba en eso.

Por primera vez en su vida la confianza en su madre flaqueó.

—Pensé mucho, sí —prosiguió la mujer—, y acabé por convencerme de que no estaba bien que yo me empeñara en retenerte si no te beneficiaba.

Sábir clavó en ella sus ojos negros con una mirada interrogante y Basima balbuceó en tono derrotado, de confesión:

—No comprendes nada, y con razón. El gobierno te incautó también a ti cuando me incautó los bienes. Ya tampoco tengo derecho a ser dueña tuya, lo comprendí el día en que se dictó la sentencia…

Guardó silencio, agobiada por la desesperanza.

—Eso significa que tienes que abandonarme —continuó por fin.

—¿Y adónde voy? —preguntó alterado.

—Con tu padre —le contestó con voz apenas audible.

—¿Con mi padre? —exclamó frunciendo las cejas desconcertado.

Basima meneó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero mi padre ha muerto. Tú me dijiste que murió antes de nacer yo.

—Te dije eso, pero no es la verdad.

—¡Mi padre está vivo! ¡Increíble! ¡Mi padre vivo!

Basima le escrutaba con mirada de desaprobación.

—Mi padre vivo. ¿Por qué me lo has ocultado?

—Ay, ha llegado el momento de rendir cuentas.

—Eso no, pero ¿no tengo derecho a preguntar?

—No hay padre en el mundo capaz de proporcionarte las razones para ser feliz que yo te he proporcionado.

—Y no lo niego.

—Entonces no me pidas cuentas y prepárate a buscarle.

—¿Buscarle?

—Sí. Y te estoy hablando de un hombre de quien fui mujer hace treinta años y de quien no he vuelto a saber nada.

Sábir arrugó la frente desorientado e inclinó el torso a impulsos de la impresión.

—¿Qué significa todo esto, madre?

—Significa que te pongo en camino de la única salida a la dificultad en que te encuentras.

—¿Y si ha muerto?

—¿Y si vive?

—¿Cómo voy a perder el tiempo buscando algo si no estoy seguro de que existe?

—Solo buscándolo te asegurarás de si existe. Y de todos modos eso es mejor que quedarte aquí sin dinero ni esperanza.

—Qué situación tan rara y tan poco envidiable.

—La única alternativa es ponerte de chulo, de rufián, de alcahuete o de asesino a sueldo. Lo que tiene que ser tiene que ser.

—¿Cómo puedo dar con él?

Basima suspiró de muy adentro; volver al pasado la desalentaba aún más.

—El nombre figura en tu partida de nacimiento: Sáyid Sáyid Arrahimi. Me amó hace treinta años, en El Cairo.

—En El Cairo. Ni siquiera puedo quedarme en Alejandría.

—Sé que tu único problema real es dar con él.

—¿Por qué no me ha buscado él a mí?

—Él no sabe de ti.

Sábir arrugó la frente y en sus ojos se instaló una sombría mirada de protesta.

—Espera —dijo Basima—. No me mires así y oye lo que me queda por decir. Es un gran señor en toda la extensión de la palabra. Su caudal y su influencia son ilimitados. Entonces era un simple estudiante universitario y, sin embargo, el mundo se estremecía ante su presencia.

La siguió con una mirada donde el interés brillaba fundido con la desgana.

—Me amó —continuó Basima—. Yo era una muchacha hermosa y perdida y él me guardó en secreto en una jaula de oro.

—Se casó contigo.

—Sí, aún conservo el certificado.

—¿Y luego se divorció?

—Yo me escapé —suspiró Basima.

—¿Te escapaste?

—Me escapé después de haber convivido con él varios años y encinta. Me escapé con un hombre que salió de lo más hondo del barro.

—¡Increíble! —dijo consternado, meneando la cabeza.

—Dentro de poco me acusarás de ser responsable de tu aprieto.

—No te acusaré de nada porque ya tenemos bastante… ¿No te buscó?

—No sé. Me vine a Alejandría y no volví a saber de él. Cómo esperaba encontrarme con él algún día en una de mis casas. Pero nunca he vuelto a verle.

Sábir rio con desgana.

—Y a los treinta años me empujas a que le busque.

—A cosas más raras nos vemos empujados. Contarás con el certificado de boda y con una foto de la ceremonia. Ya verás que eres su vivo retrato.

—Es sorprendente que hayas conservado ese documento y la foto.

—Lo hice pensando en tu futuro. Yo era una chica pobre que vivía a expensas de un rufián, pero cuando triunfé tomé la decisión de conservarte.

—No has conseguido deshacerte de los recuerdos.

Basima se enjugó la cara y el cuello con ademán brusco y dijo:

—Lo intenté muchas veces y luego cambié de opinión. Era como si algún rincón de mí me anunciara lo que había de ocurrir.

Sábir empezó a ir y venir por la alcoba sin saber qué hacer. Por último se paró frente a la cama.

—¿Y si después del esfuerzo y la fatiga me rechaza?

—¡Quién puede rechazarte con el aspecto que tienes!

—El Cairo es una ciudad grande y yo nunca he estado allí —dijo Sábir volviendo a sentarse.

—¿Y quién ha dicho que está en El Cairo? ¿Por qué no va a estar en Alejandría o en Asiut o en Damanhur? La verdad es que nunca me dijo nada de él. ¿Dónde está ahora? ¿Sigue solo? ¿Se ha casado?

Solo Dios lo sabe.

—¿Cómo puede exigírseme que dé con él? —exclamó Sábir esgrimiendo furioso una mano.

—No es cosa fácil, naturalmente; pero tampoco descabellada. Además, tú tienes conocidos que son policías y abogados. Y no hay personalidad fuerte que carezca de un puesto en El Cairo.

—Me asusta que se me acabe el dinero antes de dar con él.

—Razón de más para que busques con empeño.

—¿Merecerá el esfuerzo? —preguntó Sábir tras reflexionar.

—No te quepa duda, hijo mío. A su sombra encontrarás respeto y dignidad. Él te librará de la humillación de depender de otros, porque te facilitará alguna actividad que no sea el proxenetismo o el crimen. Al final conseguirás la seguridad.

—¿Y si me encuentro que es pobre? ¿No has sido tú ilimitadamente rica?

—Te aseguro que el dinero no es el único beneficio que puede hacerte. Yo he sido rica, sí, pero nunca te he proporcionado dignidad ni trabajo ni seguridad. Has tenido que ir por ahí esgrimiendo los puños para acallar las lenguas dispuestas a calumniarte a ti y a calumniar a tu madre.

Sábir volvió a reflexionar. Tenía la impresión de que aquello era un sueño.

—¿De verdad crees que puedo dar con él? —preguntó por fin.

—Algo me dice que sigue vivo y que si no desesperas ni flojeas darás con él.

Entre desconcertado y desanimado meneó la cabeza.

—Pero ¿cómo voy a irme a buscarle? Si mis enemigos se enteran me convertirán en el hazmerreír.

—¿Y qué harán si al final ven que te quedas en alcahuete? La verdad es que el camino que llevas no es nada bueno.

Dicho esto cerró los ojos y gangueó:

—Estoy muy cansada.

Sábir le dijo que durmiera, que al día siguiente continuarían la conversación. Luego le quitó los zapatos y la tapó, pero ella se retiró el cobertor del pecho con ademán nervioso y él desistió. En seguida se oyó la respiración acompasada de Basima.

Sábir se despertó al día siguiente a eso de las nueve, tras una noche de desvelo desgarrada por las cavilaciones. Cuando fue a la

alcoba de su madre para despertarla la encontró muerta. ¿Habría muerto sin despertarse o le habría llamado de madrugada y él no la había oído? Sea como fuere, la encontró muerta y vestida aún con la ropa que llevaba al salir de la cárcel. Atento y admirado, examinó la foto de boda, la foto donde sus padres estaban juntos desde hacía treinta años. Fijó la vista en la imagen de su padre, en su cara particularmente: un muchacho francamente guapo, lleno de juventud y de viveza; la mirada toda seguridad en sí mismo, la cara tirando a blanca, alargada y firme; la frente alta; el fez echado hacia la derecha. Su madre no había mentido al decir que él era su vivo retrato, pero con la proporción que hay entre la luna en el papel de una foto y la luna en medio del cielo.

Empezaron a llegar invitados al piso de los vecinos y a sonar la música. Esto es que recitan el Corán en la alcoba de la difunta. ¿Dónde está la realidad y dónde el sueño ahora? El timbre de voz de tu madre sigue sonándote en los oídos, pero ella ha muerto; tu padre muerto ha resucitado a la vida. Estás sin dinero, te persigue un pasado sucio de vicio y de crimen y tú esperas que por milagro te lleguen la dignidad, la libertad y la seguridad.

2

Mantendría el asunto en secreto, y solo si sus esfuerzos fallaban pediría ayuda a sus conocidos. Empezaría por Alejandría, que era lo más natural, aunque resultara inverosímil que una persona como su padre residiera en la ciudad y que su madre no estuviera enterada. Tomó como guía la de teléfonos, letra S, Sáyid, Sáyid, Sáyid, hasta que sus ojos dieron con Sáyid Sáyid Arrahimi. Ah, si la suerte le dispensara de fatigas que nadie sabía hasta dónde podían llegar. Sáyid Sáyid Arrahimi, propietario de la librería Almanxía. ¿Dónde había ido a parar la posición de su padre? Almanxía había sido feudo de su madre durante un cuarto de siglo, y puede que en aquel nombre estuviera la clave del enigma. Se encontró con que el propietario de la librería era un cincuentón y con que su aspecto no casaba con el de su padre en la foto. Le informó de que buscaba a un tocayo suyo y le enseñó la foto de su padre ocultando la imagen de su madre.

—No conozco al hombre de esta foto —respondió el librero.

Cuando le aclaró que la foto había sido tomada treinta años antes, dijo:

—No recuerdo haberle visto.

—¿No podría ser pariente lejano suyo?

—Nosotros somos originarios de Alejandría y toda la familia reside aquí a excepción de unos parientes campesinos de por Alum… Pero ¿por qué causa le busca?

—Es un viejo amigo de mi difunto padre. ¿No tienen ramas los Arrahimi en otros lugares? —tardó apenas en contestar, aunque por un momento no supo qué decir.

El hombre le examinó con una mirada no exenta de prevención.

—Arrahimi es mi abuelo —dijo—. De la familia solo mi hermana y yo llevamos su nombre y por su lado no hay ramas fuera de Alejandría.

No hay manera de que una persona a la que ya solo le quedan 200 guineas esté tranquila o tenga paciencia. Las 200 guineas merman a medida que pasan las horas y una vez se acaben no habrá esperanza de una vida digna. Los ojos se le habían puesto enfermos de concentrarse en examinar caras y la angustia le tenía agotado. Recurrió a consultar a un abogado conocido suyo.

—Quizá tenga un número de teléfono reservado —le dijo, y cooperó con él en la investigación sin resultado.

—Pregunta a las autoridades barrio a barrio —le sugirió entonces.

—Es una personalidad en toda la extensión de la palabra —opuso Sábir.

—Treinta años son capaces de hacer maravillas. Por mi parte tengo intención de encargar a un amigo inspector de policía que haga pesquisas en las cárceles.

—¡En las cárceles!

—¿Y por qué no? La cárcel y la mezquita están abiertas a todos y hay personas que van a la cárcel por integridad en vez de por delinquir.

Y soltó una risita.

—Empecemos por el registro civil, a lo mejor es un prohombre emboscado.

No figuraba en el índice de las cárceles ni en el registro de propietarios y no le quedó otro remedio que recurrir a las autoridades municipales. Por el momento pospuso la idea de publicar un anuncio en los periódicos, idea que le sugirió el abogado, porque de tal modo todo el mundo se enteraría del caso y sus numerosos enemigos de Alejandría podrían tomarle a chacota. Aplazó el poner en práctica esta idea hasta que abandonara la ciudad y recorrió los ayuntamientos, del barrio de Alatarín hasta el de Karmós, del de Rasatín al de Muhárram Bey. En cuanto mencionaba el nombre de Sáyid Sáyid Arrahimi le preguntaban:

—¿A qué se dedica?

—Lo único que sé es que se trata de una persona importante. Aquí tengo una foto suya de hace treinta años.

—¿Por qué le busca?

—Es un viejo amigo de mi padre y mi padre me ha encargado que le busque.

Los ojos le escrutaban con extrañeza.

—¿Y está seguro de que vive?

—No estoy seguro de nada.

—¿Cómo supo que está en Alejandría?

—No lo sé, lo espero nada más.

Entonces le llegaba la última respuesta, inexpugnable como los muros de la cárcel:

—No le conocemos.

Sus ojos devoraban caras incansablemente. En el torbellino de la pesquisa no notó que el otoño avanzaba hasta que un chaparrón súbito le despertó en la Lengua de la Cornisa y tuvo que retroceder con premura hacia Miramar. Cuando alzó los ojos al cielo la luz de la tarde estaba ensombrecida con pedazos de noche y entonces oyó que una voz le llamaba:

—¡Oye!

Le dio la mano y se sentó con ella.

—No he tenido ocasión de darte el pésame. Esperaba que pasaras por el cabaré.

—¿No guardas luto?

—El Canario es buen sitio para personas que sufren. Todos preguntan dónde te metes.

Escampó y Sábir se puso en marcha sin pérdida de tiempo, pretextando ocupaciones.

—Si tienes apuros económicos, dímelo —susurró ella.

¡Ah, conque habían empezado a levantar infundios!

—Uno como tú nunca anda escaso de dinero, si quiere —le incitó.

Volvió a estrecharle la mano con frialdad y se fue. Uno como tú nunca anda escaso de dinero. Sométete a la llamada de la alcahuetería, sí. Eso es lo que desean tus enemigos, pero antes la muerte. «¿Qué me queda en Alejandría?», se preguntó.

Presentó la mano a uno que leía las rayas, pero no le dijo nada nuevo. También visitó al adivino por la gracia de Dios Sidi Zanadi, en el callejón de Alfarraxa. Se sentó con las piernas cruzadas ante él, en una habitación del piso bajo que siempre tenía cerradas las

celosías y vivía en un ocaso perpetuo, en cuyo ámbito se retorcía el humo de los sahumerios. El adivino olió su pañuelo e inclinó la cabeza embebecido. Luego dijo:

—Perseverar es llegar.

Oyó el rugido de las olas de Alanfuxi. «Buen principio», se dijo esperanzado.

—Y un cansancio como noche de invierno —añadió el adivino.

De hoy en un año y cueste lo que cueste.

—Hallarás lo que buscas.

—¿Cómo lo que busco? —le preguntó sobresaltado.

—Te espera impaciente.

—¿Me conoce?

—Te espera.

Su madre no le había dicho todo tal vez.

—Entonces vive.

—A Dios gracias.

—¿Dónde puedo encontrarle? Eso es lo que de verdad me importa.

—Paciencia.

—No se puede tener paciencia indefinidamente.

—Estás empezando.

—¿Está en Alejandría?

El adivino cerró los párpados y balbuceó:

—Lo que yo te anuncio es paciencia.

Sábir frunció el ceño irritado.

—Eso es como no decir nada.

El adivino volvió la cabeza a otro lado.

Salió a un clima de tormenta por donde las nubes corrían preñadas de tinieblas. «Los embusteros, las putas y el dinero se gastan sin medida», se dijo, y decidió vender los muebles del piso como preámbulo de su viaje a El Cairo. Como ya había tenido apuros y había vendido algunas prendas para hacer frente a los gastos de su fantasiosa vida, le dio repugnancia acudir a profesionales y recurrió a la doña Nabauiya, amiga íntima de su madre y la única persona de aquel medio que no le asqueaba.

—Te compraré los muebles de mil amores —le dijo ella, acercándose la boquilla del narguile—. Pero ¿por qué te vas de tu pueblo?

—En El Cairo, lejos de esta fauna, podré abrirme camino.

—Dios tenga en Su gloria a tu madre. Cómo te quería y cómo te mimaba. Cuántas maneras de hacer dinero malgastó por ti.

—Ya no valgo para estas cosas. —Había comprendido adónde iba a parar.

—Y en El Cairo, ¿qué harás?

—Tengo allí un amigo que me hechó buenos augurios.

—Solo los ilusos afean nuestras actividades, ¿estamos? —sonrió descubriendo una boca de oro.

Sábir escupió en un brasero grande que exhalaba perfumes de la India.

Fijó la mirada en Alejandría mientras el tren se alejaba traqueteando y le pareció una ciudad fantasma hundida en un sueño otoñal bajo el imponente dosel de las nubes. Un ambiente frío y fragante de primeros de noviembre se enseñoreaba de sus hermosas calles semidesiertas. Se despidió de ella, de su madre y de recuerdos de un cuarto de siglo con un suspiro largo y ardiente. ¿Qué pasará si has dejado atrás sin darte cuenta a la persona que buscas, en cualquier rincón de Alejandría adonde no han llegado tus esfuerzos? ¿Cuántas olas hay en el mar, cuántas estrellas hay en el cielo? Es asombroso que la persona cuya alma y cuyo cuerpo llevas en ti esté tan lejos. Lo que te alejó de él fue una pasión ciega que te arrancó de sus brazos y te hizo nacer en un burdel.

—Era un respetable funcionario y un buen hombre, pero murió en plena juventud —le contestaba ella cuando le preguntaba por su padre.

—¿Y su familia? ¿Es que no tenía familia?

—¡Yo no se la conozco! —le contestaba.

Por eso creyó durante mucho tiempo que era hijo de un hombre cualquiera de la regentadora de prostíbulos e ilegítimo. Ahora estás solo. No tienes familia ni amigos. Es como si pertenecieras a una especie extraña. El gentío de la estación de El Cairo le aterró y su sensación de soledad se hizo acuciante.

Íntimamente se urgía a volver en el primer tren; sin embargo, dejó la maleta en la consigna y salió a la plaza. El sol declinaba por el lado de la tarde. Coches, autobuses y viandantes le hacían volver la cabeza. La plaza era inmensa e impersonal. En su ámbito se oponían rayos de sol y aire suave, calles florecientes y calles

desoladas. Pasó una hora buscando un hotel barato por la plaza y los alrededores hasta que en una calle con soportales se encontró frente al hotel El Cairo. Se paró en la acera porticada opuesta a la del hotel, junto a un mendigo echado en el suelo al filo de la pared y que cantaba alabanzas del Profeta. La calle le dejó una impresión de tráfago, de fealdad, de desazón por la cantidad de tiendas que tenía a ambos lados, por los carritos de mano, por las mercancías amontonadas, pero también la esperanza de encontrar el hotel más barato de aquella zona. Era un edificio antiguo, de paredes terrosas, que constaba de cuatro plantas y una caseta en la azotea. La puerta era alta y de arco, parecía una cara llorosa y daba a un vestíbulo rectangular que acababa en la escalera y que en el medio tenía una mesa de escritorio a la que estaban sentados codo con codo un hombre y una mujer. El hombre era viejísimo, la mujer… ¡Dios!, era una muchacha en plena juventud que atrajo su mirada con una intensidad no carente de motivo, despertando emociones dormidas y avivando recuerdos enterrados en la niebla. El callejón adoquinado que subía desde Alanfuxi impregnado de aire marino y humedad salada y excitaciones frenéticas arropadas en la oscuridad. Inmediatamente se entablaron relaciones tácitas entre él y el hotel, como si hubiera llegado allí para una cita. Se encontró cruzando la calle impulsado por un deseo de saber y descubrir, creyendo a duras penas lo que pensaba. La voz del mendigo entonaba estos versos con un timbre que le agradó:

Es bonita mi canción Para el del rostro bonito
Que hizo creer a cristianos
Y a judíos, por sus manos.

La piel morena transparente y pura, los ojos almendrados, grandes y negrísimos, de un fulgor luminoso, lleno de ardor e incitación. ¿Dónde tiene las uñas crueles esta gata de aspecto deslumbrante, impar? Le recordó a ella con violencia, haciéndole imaginar lo que el tiempo hizo en poco más de diez años. El viejo nombre, perdido; como su padre. Pero el olor del mar le llena los orificios de la nariz y tiembla al recordar la noche oscura. Aunque, a pesar de todo, sigue muy lejos de la certeza. La chica del callejón es un recuerdo pasajero, sin valor, pero que ahora resucita de un modo único, imponente, grave, lo mismo que resucitó su padre y le

hizo venir del mar a esta ciudad perturbadora. La muchacha recibió al recién llegado con una mirada rápida pero penetrante y a continuación volvió la cara hacia la sala de estar del hotel, que estaba a su derecha. Sábir quedó parado frente al escritorio mientras el viejo se dedicaba a un registro que examinaba con una lupa cuyo pequeño mango metálico sostenía con mano temblona.

Al parecer, los decrépitos sentidos no permitían al viejo advertir la presencia del recién llegado. Sábir fijó la mirada en el rostro que le preocupaba y descubrió signos que confirmaban sus ideas y otros que las disipaban. Después volvió la cara hacia él con un gesto que reprobaba su inoportunidad y le dio unos golpecitos en el reloj para llamarle la atención.

—Buenas tardes, papá —dijo acto seguido para abordarle.

El hombre alzó la cara hacia Sábir y la mano siguió temblando. Era una cara cuya forma original resultaba difícil adivinar. La piel había desaparecido bajo una máscara de surcos y arrugas; la nariz ganchuda, afilada, con los poros dilatados, sobresalía exageradamente; en los ojos rabiosos vagaba una mirada de pasmo universal, como si ya no le incumbiera ver el mundo.

—Quiero saber cuánto cuesta una habitación —dijo Sábir.

—A real la noche.

—¿Y si se queda uno más de dos semanas?

—El real es como nada hoy en día.

—Puedo pasar un mes o tal vez más, como Dios quiera.

El hombre dejó de hablar para evitar el regateo, y Sábir vio por primera vez el fez alto y oscuro.

—Lo que usted diga —rezongó.

Y le dio el nombre y el lugar de procedencia, y cuando el otro le preguntó por la ocupación contestó:

—Rentista.

A continuación le entregó el documento de identidad y mientras el viejo se entretenía con él observó disimuladamente a la muchacha.

Por un instante sus ojos se encontraron, pero no leyó en ellos lo que ansiaba y solo por lo excitado que se sentía trató de convencerse de que era ella. Llegó una ráfaga de brisa marina al rincón oscuro y semidesnudo, y el olor a clavel que despedía el pelo de ella le llenó la nariz. Le embriagó una maravillosa sensación de

optimismo y se dijo que si todo iba así encontraría a su padre. En cualquier caso no cabía duda de que aquella muchacha esperaba algo. Mantenía ante él una actitud indiferente, cierto, y sin embargo se comunicaba de mil maneras con su pasado y su intimidad.

Estaba seguro de que bajo aquella cáscara blanda, callada, indiferente, había una ciudad encantada. Y a no ser por las conveniencias la habría invitado a bailar, la habría tomado entre sus brazos y le habría dicho con la mayor audacia que cómo podía vivir en aquel sótano una persona con el cuerpo húmedo de brisa del mar.

—Así que es usted de Alejandría —le dijo el anciano mientras le devolvía el documento.

Lo confirmó risueño, sacudiendo la cabeza, y el viejo refunfuñó unas palabras incomprensibles.

—Apuesto a que a usted le gusta Alejandría —dijo con malicia, echando una veloz mirada a la chica.

El viejo sonrió de medio lado y, en contra de lo que esperaba, la muchacha se abstuvo de cualquier comentario, lo cual le decepcionó.

—¿Conoce usted a un tal Sáyid Sáyid Arrahimi?

—He oído hablar de él —contestó el viejo entornando los ojos.

Sábir se centró en aquello con una atención que le hizo olvidarlo todo, incluso a la chica.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—No me acuerdo. No estoy seguro.

—¡Pero si es una personalidad!

—He conocido tantas personalidades que ya no recuerdo a ninguna.

Y a pesar de que optó por no insistir, su optimismo persistió y se dijo que un día u otro daría con su padre. Y en el momento justo captó una mirada de la muchacha, precisamente antes de que la apartara. En esa mirada leyó una duda y algo parecido a mofa; quizá se preguntaba por qué había ido a alojarse en su modesto hotel, si era importante. No le molestó, porque se dijo que la verdad se aclararía cuando ella se enterara de su misión; y tarde o temprano se enteraría. ¿Le recordaba? Sintió cómo se le clavaban las uñas en el brazo al final de la extraordinaria persecución que había empezado en el muelle de pescadores de Alanfuxi y había

cesado en el rincón oscuro del callejón, donde la brisa del mar le había acariciado el torso desnudo con su ruda suavidad. ¿Dónde estaba entonces el padre de ella? ¿Cuándo se había hecho cargo de la administración del hotel?

—¡Muhámmad! ¡Eh, señor Sawi! —llamó la mujer.

Un viejo abandonó el sitio que ocupaba junto a la puerta. Era muy moreno, más bien bajo y menudo. Llevaba un gorro blanco, una túnica gris a rayas y zapatos de cuero colorado.

—Habitación número 13 —dijo la mujer señalando a Sábir.

Sábir sonrió al oír el número e inmediatamente dijo que perdonaran un momento, que iba a buscar su maleta. Cuando volvió siguió al señor Muhámmad Sawi hasta el cuarto, que estaba en la tercera planta. El criado llegó luego con la maleta. Era un criado a medio camino entre la juventud y la madurez y se volvió con una rapidez que no concordaba con su empleo. Tenía los ojos tan redondos que parecían chiquitísimos. La cabeza era pequeña y el aspecto general de candidez.

—Alí Saricos —contestó cuando Sábir le preguntó cómo se llamaba. Y Sábir percibió en el tono tal benevolencia, que quedó convencido de que podría utilizar a aquel hombre cuando le viniera en gana.

—¿Es dueño del hotel el viejo del escritorio? —le preguntó.

—Sí. Se llama Jalil Abulnaga.

Iba a preguntarle por la muchacha, pero por prudencia contuvo las ganas hasta otra ocasión. «La candidez es un arma de doble filo», se advirtió.

Una vez quedó solo en el cuarto, lo abarcó de una mirada rápida. La impresión que le dejó fue de vejez. El techo era alto y la cama tenía columnas y dosel. Se dijo que a su padre tenían que gustarle cosas así cuando estaba enamorado de su madre. Se asomó por una ventana alta que daba a una placita que había en el lado norte de la calle. En medio de la plaza se alzaba un surtidor; el chorro salpicaba a unos niños, que gritaban entusiasmados. Encendió la luz y se sentó en un viejo sofá turco. Le asediaron fantasías sexuales. Le perturbaron ilusiones de que encontraba a su padre. La llamada de los ojos almendrados y luminosos era irresistible. Quizás estuviera pensando en él y preguntándose, aunque eso no garantizaba que fuera la misma. En medio de las

apreturas de la fiesta del nacimiento del Profeta le había afeado que se acercara a ella de esa manera. «Eres la primera que me lo dice», había respondido él, dándoselas de superior. «Pues yo lo digo y lo repito», había replicado ella con un aire de superioridad aún más fuerte que el de él, y se había ido con una mala mujer mientras el aire jugaba con sus trenzas. ¿Dónde estaría entonces el señor Jalil? Tus ojos se han encontrado hoy con los de ella más de una vez y de un modo muy significativo, pero al encontrarse las miradas no ha saltado ninguna chispa que haya alumbrado recuerdos igualmente queridos para los dos. Los ojos de ella no han dicho que recuerda el encuentro en el parapeto de la cornisa, junto a las barcas de pesca puestas boca abajo. Ni las conversaciones artificiosas para disimular el deseo desbocado. Ni el beso furtivo tras la pelea sin contemplaciones, cuando, agotados todos los recursos, gritaste: «Un día te arrancaré las uñas». El día de la extraordinaria persecución y la pelea en el rincón oscuro y el olor a clavel y la brisa henchida del aroma del mar fue, sin embargo, una franca victoria, aunque seguida por la ausencia y el silencio. Sin ella y sin la mala madre. Una pena que había durado mucho tiempo, hasta que tu madre pasó de una situación a otra y se fue contigo al piso de Profeta Daniel. Es claro que este hotel está ligado a aquel callejón, que esta mujer tan incitante es aquella chica con olor a clavel. De todos modos esta mujer hace que te descarguen tormentas en la sangre; en la negrura de sus ojos ves aquellas noches turbulentas en que cantaba con frenesí. Lo que tú necesitas es que un deseo confortador te caliente la sangre cuando te tomes un descanso en la busca. Una persona sola, sin familia ni amigos, lo agradece el doble. Y cuando llegue el milagro le dirás:

—Soy Sábir, Sábir Sáyid Sáyid Arrahimi. Esta es la partida de nacimiento. Este es el certificado de boda. Y fíjate bien en la foto.

Entonces él te abrirá los brazos y ya nunca más tendrás inquietudes. Se ha hecho una mujer hermosa en todo el sentido de la palabra. ¿Dónde ha ido a parar la chica llena de sal del mar? ¿Dónde el olor a inconsciencia de doncella?

3

Se despertó temprano, aunque solo había dormido tres horas en toda la noche. A pesar de la hora encontró una actividad que no se le había ocurrido suponer. Cuando abrió la ventana no vio el espectáculo que en su inconsciencia había esperado, el espectáculo de los grandes edificios de Profeta Daniel y Sáad Zaglul, el azul del mar al alcance de la vista y el ambiente lleno de seducciones de Alejandría. Lo que vio fue el cielo cubierto de nubes brunas que por el horizonte este dejaban entrever otras de un blanco impoluto. Abajo se afanaba una turbamulta de trajineros y vendedores. Por un instante relumbraron en su imaginación la imagen de su padre y el cálido rostro lleno de incitación. Alí Saricos le llevó el desayuno al cuarto y comió con muchas ganas. Cuando el criado volvió para retirar la bandeja vacía, Sábir le preguntó:

—¿Quién es la muchacha que ayer estaba sentada con el señor Jalil?

—Su esposa.

Tenía que reconocer que no se le había pasado por la cabeza. Y qué turbador le pareció.

—¿Es de Alejandría?

—No sé.

—¿Desde cuándo tiene el señor Jalil este hotel?

—No sé. Yo solo trabajo aquí desde hace cinco años.

—¿Estaba ya casado entonces?

—Sí.

La chica del callejón. El viejo se la compró allí a la mala pécora e hizo de ella una mujer hermosa y dominante. Pero él debía cumplir su tarea antes de que se le agotara el dinero que aún tenía.

El señor Jalil Abulnaga estaba en su sitio al otro lado del escritorio y hablaba con el señor Muhámmad Sawi, sentado a su derecha. De camino vio a unos cuantos huéspedes instalados en el salón, desayunando algunos y leyendo el periódico otros. Puso una silla frente al escritorio, saludó alzando la mano y dijo:

—¿Me permite la guía telefónica?

Pasó las páginas hasta llegar a la letra S. Sáyid. Sáyid. Sáyid. ¡Sáyid Sáyid Arrahimi! El corazón le latió fuerte. Este era de la propia ciudad, no como el propietario de la librería Almanxía. ¿A qué se dedicaba? Médico con consulta en la plaza de Alázhar y profesor en la Facultad de Medicina. Cosas de personas distinguidas e hijos de personas distinguidas. Se arrebató de alegría y musitó:

—Está claro que nuestro Señor me aprueba.

Miró al señor Jalil con los ojos puestos en la otra vida y dijo:

—Ya es seguro que llevaré a término la tarea que me trajo aquí desde Alejandría.

—Buena cosa que las personas triunfen —gangueó el viejo.

¡Cómo tú cuando compraste a esa sirena! Vio que aún le miraba, esperando explicaciones.

—Busco a un hombre que lo es todo en mi vida —dijo.

—Nuestro Señor haga que se cumplan tus intenciones —le deseó el señor Muhámmad Sawi.

—En este hotel nunca se hospeda nadie por gusto —dijo el señor Jalil Abulnaga—, sino por algún trámite que le lleva un día, una semana o un mes a lo sumo. Y luego se va.

—Es de lo más natural.

—Por eso es raro que entablen relaciones, aunque se codean en la habitación, el salón y la mesa.

—Me parece que su trabajo es muy ameno.

—En absoluto. Nada lo es.

¿Ni las diferencias de edad siquiera? Oyó el taconeo de unos zapatos de mujer cuando ya iba a levantarse y esperó. Era la esposa del señor Jalil. Llevaba una falda negra y una blusa roja, frente y mejillas enmarcadas por flecos blancos. Se le ocurrió pensar que estaba entrada en carnes en todo menos la cintura, modélica en la proporción de esbeltez y grosor. Su olfato captó en el acto el intenso perfume femenino, que le arrebató las ideas y el alma. La mujer no sonrió, pero sus ojos reflejaron una mirada reveladora. Era como

una tierra fértil sin sembrar todavía. El señor Muhámmad Sawi se levantó; llevaba al brazo un viejo abrigo gris. Por su parte, el señor Jalil alzó la cara y gangueó:

—Me alegro de verte guapa.

—Y yo a ti bueno —contestó ella con expresiva voz gutural. Y salió fuera seguida por el señor Muhámmad Sawi.

Es usted un secreto impenetrable, señor Jalil. Su cara es tan buen símbolo de la muerte como la bandera negra de los piratas. ¿Por qué hay personas que cometen errores por irreflexión? Sábir se levantó aparentando calma, saludó al señor Jalil y salió del hotel. Sus ojos se adelantaron a escrutar todos los rincones de la calle. Vio a la mujer y al viejo en el momento en que empezaban a bordear la plaza y apretó el paso hasta alcanzarlos. El señor Muhámmad se volvió hacia él, que, sonriendo como si pidiera disculpas, dijo:

—Usted dispense, señor Muhámmad, pero quiero saber cómo se llega a la plaza de Alázhar.

La mujer le miró un tanto sorprendida mientras que el señor Muhámmad se detuvo para indicarle el camino y ella se vio forzada a esperar. Sábir fingió escuchar lo que le decía el señor Muhámmad sin retener en realidad ni una sola palabra y, en cuanto se le ofreció ocasión segura, clavó en la mujer una mirada que ella aceptó con tranquila satisfacción, cosa que a él le provocó mayor codicia, aunque no lo trasluciera. El señor Muhámmad terminó la explicación y Sábir le dio las gracias y se fue. ¿Dónde iría ella con el perro guardián? ¿No había sido prematuro su atrevimiento? Él siempre era atrevido, aunque esta vez el atrevimiento podía frustrar o dificultar la busca. Llegó a la plaza de Alázhar recurriendo a los viandantes, pero en la consulta solo encontró al enfermero. Este le dijo que el médico solía llegar a eso de las 12 y Sábir se sentó a esperar. ¿Contenía aquel piso el aliento de su padre? La inquietud y el desasosiego le asaltaron. Y también la esperanza y la desesperación. A medida que avanzaba la hora disminuía su perseverancia. Si de verdad era su padre, ¿qué actitud adoptaría frente a él? ¿Cómo se comportaría si le rechazaba o le echaba? En defensa de sus derechos afrontaría la muerte y por eso mismo había cuidado tanto la apariencia. Que el enfermero le hubiese mirado con deferencia y admiración no le afectaba. Entonces recordó que en su precipitación y su agitación había olvidado enterarse de la

especialidad del médico. Salió de la sala de espera al vestíbulo, se sentó frente al enfermero y le preguntó:

—Por favor, dígame en qué es especialista este médico.

—En cardiología. Usted, naturalmente…

—Quería asegurarme. Vengo de Alejandría.

Se dio cuenta de que todo lo que decía era estúpido, pero no le importó. Insistió, por el contrario.

—¿Qué edad tiene este médico, más o menos?

—No tengo la menor idea —respondió el enfermero sorprendido.

—Por lo menos sabrá decirme si es joven o maduro.

—Pues… es catedrático de Universidad.

—¿Está casado?

El enfermero expresó hasta dónde llegaba su extrañeza riéndose.

—Está casado y es padre —contestó a continuación.

Una dificultad, y qué dificultad, para su esperanza de ser aceptado. La familia tendría su opinión sobre el nuevo miembro surgido del burdel sin otro mérito que la gallardía empleada en libertinajes. Sin embargo, su obstinación se extremó. Fueron llegando pacientes y las salas de espera se llenaron. Hasta que por fin el enfermero le invitó a pasar al despacho del doctor. Sábir disipó las nubes de inquietud y cuidados y entró. Vio un rostro que de ningún modo podía relacionarse con el de la foto que llevaba consigo. Y, sin embargo, ¿quién habría imaginado que su madre le iba a revelar todo aquello su última noche? Se sentó frente a la mesa del médico y empezó a responder a sus preguntas. El médico registraba las respuestas en un cuaderno grande.

—Me llamo Sábir Sáyid Sáyid Arrahimi.

—¡Estupendo! —comentó el médico riendo—. Entonces es usted hijo mío. ¿Edad?

—La realidad es que, si he venido, no es porque padezca ninguna enfermedad.

El médico fijó en él una mirada interrogante.

—Estoy buscando a Sáyid Sáyid Arrahimi —agregó Sábir.

—¿A mí?

—No lo sé. Hágame el favor de mirar esta foto.

El médico la examinó y a continuación meneó la cabeza, negando.

—¿No es usted el de la foto?

—Seguro que no —contestó riendo—. ¿Y quién es esta joven tan guapa?

—¿No será algún pariente suyo? Tenga en cuenta que es de hace treinta años.

—No es ningún pariente mío.

—Usted pertenece a la familia Arrahimi, ¿verdad?

—Mi padre es Sáyid Arrahimi, funcionario de Correos.

—¿No tiene la familia otras ramas, que usted sepa?

—Mi familia no es amplia, ni en origen ni por derivaciones.

Sábir se levantó desanimado.

—Siento haberle molestado —dijo—. ¿No tendrá usted noticia de alguna personalidad que se llame así?

—No sé de ninguna que lleve el nombre. Pero… ¿qué se propone usted exactamente?

—Busco a un señor que se llama Sáyid Sáyid Arrahimi, el que aparece en esa foto de hace treinta años.

—Tanto puede estar aquí como allá. De todos modos yo no soy autoridad en estos temas.

Su tono indicaba que la conversación había terminado, y Sábir se despidió y se fue. Entró en el primer café que le salió al paso, se instaló en el bar y pidió un coñac. Otra vez a empezar. La guía telefónica era un engaño estúpido. El optimismo ilusorio que le había invadido al ver a la esposa del señor Jalil se esfumó. Recordó los diferentes pasos que había dado en Alejandría: el registro civil, las autoridades de los distintos barrios, las personas con fama de santidad. Para repetirlo necesitaba a alguien que le orientara, y en El Cairo no tenía a nadie. En consecuencia decidió que lo mejor y tal vez lo más barato, lo más fácil y lo más fructífero sería poner un anuncio. Miró al viejo camarero y le preguntó:

—¿Ha oído nombrar alguna vez a Sáyid Sáyid Arrahimi?

—Es un médico que tiene la consulta en el otro edificio.

—No, me refiero al que es una personalidad.

El camarero (extranjero de origen, como tantos del gremio) repitió el nombre como si lo estuviera moliendo en su memoria.

—No recuerdo a ningún cliente que se llame así —dijo por fin.

—¿Ha tenido usted que buscar alguna vez a alguien cuyo paradero desconocía?

—A un hijo que perdí durante la guerra —contestó mirando al vacío.

—Pero cuando la guerra terminó se supo qué suerte habían corrido todos los que participaron en ella —dijo Sábir meneando la cabeza con expresión de condolencia.

—Pero creerle perdido era mejor que tener que aceptar su muerte.

Sábir preguntó al camarero cómo podía llegar a las oficinas del diario *La Esfinge* y el camarero le indicó dónde estaba la plaza de la Liberación y le habló del edificio blanco y en forma de cubo y de la villa de un griego rico, con un surtidor centrando el patio. Sábir se dirigió hacia la puerta interior y vio a una muchacha parada en el umbral. Inmediatamente la chica le hizo una seña y, como le extrañó, la miró fijo. Pero entretanto un recadero pasó por su lado y Sábir comprendió que la seña no iba dirigida a él. El recadero se llegó hasta donde estaba la chica, le entregó algo y desapareció al otro lado de la puerta. Sábir quedó frente a la muchacha, que era grácil y delgada, y fijó la atención en su rostro adorablemente contradictorio, ya que en él coincidían piel morena y ojos azules, y luego en la forma de cabeza y cara, en extremo bellas y bien formadas, y que infundieron en él un sentimiento de atracción reposada. Luego rememoró la embriaguez del licor en una taberna donde sonaba un violín. La saludó sonriendo y a continuación le preguntó por la sección de anuncios.

—Yo voy allí —contestó la mujer con voz delicada, que, sin embargo, infundía una impresión de confianza en sí misma.

La examinó en busca de razones de rechazo, pero su mirada retrocedió llena solo de admiración. Entraron en la administración y ella le señaló un hombre que estaba en la parte frontera y en cuyo escritorio había un rótulo con su nombre, Ihsán Atantaui. Sábir le saludó y a continuación el hombre le invitó a sentarse en una silla que quedaba entre su escritorio y el de la muchacha con la que Sábir había llegado. Sábir expuso lo que quería diciendo que deseaba encontrar a una persona llamada Sáyid Sáyid Arrahimi.

—¿El cardiólogo? —le preguntó el hombre.

Sábir contestó que no y quedó esperando que mencionara más personas que se llamaran así. Pero no lo hizo y Sábir dijo:

—La verdad es que solo sé su nombre.

—¿No tienes idea de en qué trabaja o dónde puede estar?

—En absoluto. El único dato suyo que tengo es que es persona importante. Es probable que la ocupación esté en consonancia, pero en la guía nada más figura el doctor.

—Su número será reservado y él, terrateniente. De todas formas el anuncio es el medio más directo.

—A ser posible lo prefiero breve y a diario, toda una semana, en forma de invitación a ponerse en contacto conmigo por carta o por teléfono.

—En el anuncio hay que indicar tu nombre.

—Sábir Sáyid —contestó después de pensarlo rápidamente y con inquietud.

Sus miedos no se confirmaron y el hombre empezó a dar forma al anuncio. Sábir notó que la muchacha seguía la conversación y lo atribuyó a lo extraño del anuncio. Vio también que había otras mesas y sentados a ellas empleados de ambos sexos y se enteró de que la muchacha se llamaba Ilham hablando con ella.

—¿No indicas la finalidad de la petición que haces en el anuncio? —oyó preguntar a Ihsán Atantaui.

—No —hizo una pausa y agregó—: Es una lástima. Yo pensaba que en El Cairo le conocerían muchos, pero hasta ahora no he encontrado a ninguno que le conozca.

—Es raro que solo sepas el nombre. Si alguien se pone en contacto contigo afirmando que es Sáyid Sáyid Arrahimi, ¿cómo comprobarás la identidad?

—Tengo medios.

—En esto tuyo debe haber un gran secreto —intervino Ilham, subyugada por la curiosidad—. Un secreto como los de las películas.

—Pues entonces quien sea capaz de descubrir los de las películas también descubrirá fácilmente este secreto mío —dijo Sábir sonriendo y dando interiormente la bienvenida a la intervención de Ilham en el diálogo.

—Dices que sabes que es una personalidad y ya es algo, pero… ¿cómo lo supiste?

Sábir calló un momento e Ihsán Atantaui intervino en tono serio:

—Esa es una pregunta que ya está al nivel de un interrogatorio.

Ah, la niña grande. Quizás estaba preparándose para enamorarse de él. Tenía tanta fuerza como esos perfumes suaves que invitan a

hacer confidencias. No se parecía en nada al fuego que le había abrasado en el hotel.

—Yo soy un intruso en vuestra ciudad, Ilham.

—¿Un intruso?

—Sí. He vivido siempre en Alejandría y llegué a El Cairo ayer. Porque soy un intruso aquí me urge dar con ese hombre y haberte conocido es un buen augurio.

Ilham sonrió con la franqueza de la muchacha independiente y Sábir revivió otra vez la embriaguez del licor en una taberna donde sonaba un violín.

4

Se fue de las oficinas del periódico cuando ya casi era la hora de salir los empleados de la administración. Se le ocurrió esperar un poco para echar una última mirada a Ilham y se quedó entre los que esperaban bajo la marquesina de la parada del autobús. La suave irradiación de Ilham seguía aún adherida a su fantasía. Provisionalmente había quedado libre de la carga de la búsqueda, al depositar toda su confianza en el anuncio. Soplaba un aire bastante frío en el ámbito blanco, que captaba su color de las nubes impolutas y lo proyectaba en el mundo como si fuera un sueño hermoso. Vio a Ilham en medio de un grupo de jóvenes de ambos sexos parado ante el edificio del periódico e intercambiando rápidas frases y sonrisas de despedida. La muchacha cruzó luego una calle lateral en dirección a un pequeño local llamado Votre coin, en cuyo interior desapareció. Fue tras ella sin dudarlo. Miró el interior a través de la barrera de cristal y la vio sentada a una mesa. Entonces comprendió que el establecimiento era un merendero de los que expenden bocadillos, zumos y café. Entró fingiendo que se dirigía al mostrador y que la veía por casualidad. Alegró entonces la expresión y se dirigió a la mesa, que estaba en un extremo del local, mientras el camarero depositaba ante Ilham un plato de emparedados y un vaso de zumo de naranja.

—Qué casualidad tan agradable. ¿Te importa que me siente contigo?

—De ningún modo —le invitó sin calor ni contrariedad. Pidió lo mismo que ella y la irradiación de Ilham, que alcanzaba un nivel infrecuente en las personas con que hasta entonces había tratado, le reanimó y le hizo sentir una alegría extraña.

—Estoy seguro de que resulto pesado, pero es inevitable que ocurra con los recién llegados.

—Yo acojo bien a los recién llegados.

—Gracias. A lo que me refiero es a que la propia impaciencia del recién llegado por entablar relaciones le aísla.

—Un encuentro casual como el nuestro no tiene ningún inconveniente.

Volvió a darle las gracias y tomó su primer emparedado.

—¿Vas al cine, quizá?

—No. Reanudamos el trabajo en el periódico dentro de dos horas largas y, como vivo en la parte más extrema de Guiza y los transportes ya sabes cómo son, prefiero con mucho comer aquí.

—¿Pasas todo el rato en el merendero?

—Solo parte. También doy un paseo por la orilla del Nilo.

Empezaron a comer. Sin dejar de masticar, Sábir le examinaba disimuladamente la boca, los dedos, y gozaba cuando le era posible del azul de los ojos contra la piel morena.

—¿Qué te parece el anuncio? ¿Será eficaz?

—Siempre lo es.

Pretendía despertarle la curiosidad, pero ella no se extendió en comentarios.

—Me importa mucho el resultado —dijo Sábir.

—¿De verdad no sabes nada del hombre a quien buscas?

—Tengo una foto y algún dato insignificante.

Y después de pensárselo añadió:

—Mi anciano padre le trató hace mucho tiempo y me ha encargado que le busque.

Leyó una interrogación en los límpidos ojos de ella y dijo:

—Viejos compromisos.

—¿Económicos?

—También económicos.

Que se realicen sueños que nunca has tenido te hace anhelar lo imposible. La chica era de un metal que inducía al éxtasis.

—Es la primera vez que experimento esto.

Alzó las cejas, en forma de arco y separadas, formulando una interrogación desaprobadora.

—El destierro, la esperanza, tu agradable compañía —precisó Sábir.

—En lo referente a mi compañía te ruego que no repitas afirmaciones que he oído muchas veces y a las que no encuentro sentido.

—¿Dónde las has oído? ¿En la oficina?

—Por ejemplo.

—¿Estás contenta con el trabajo?

—Sí.

—¿Lo dejarías llegado el momento para quedarte en casa?

—Para mí es el trabajo, no una estación.

Sábir tenía una idea inamovible sobre el sexo opuesto. A su parecer, un conjunto de criaturas inusitadas y seductoras que buscan el amor de cualquier manera. Su madre y sus compañeras, las chicas del club nocturno y del callejón. Ni siquiera la embriaguez creciente podía alterar idea tan arraigada. No obstante, a Ilham no la desnudó mentalmente, según costumbre inveterada en él, que nunca había dejado de observar. Desnudar a Ilham no tenía gracia, porque su seducción no estaba localizada en ningún lugar concreto; era difusa, como la luz de la luna, y tenía un lado ignoto, relacionado con las esperanzas. Como el paradero de su padre. La satisfacción de estar con ella no se manifestaba como se había manifestado su satisfacción de estar con otras, esto es, con payasadas, frases atrevidas, actitudes intencionadas y un descaro brutal e impúdico. Ella era algo único y en pocas horas había alumbrado otra naturaleza en él y un sabor que nunca había percibido en las cosas.

—Mira cómo te cuidas las uñas, sin embargo.

De un modo natural y serio el rostro de Ilham traslució una queja.

—Y el que tú te cuides el pelo no tiene nada que ver con eso, ¿verdad?

—Considera que lo que he dicho es una manera indirecta de expresar mi admiración —y en seguida agregó en son de disculpa, mientras observaba la almendra rosa escondida en la punta de los dedos de Ilham—: Cuando vuelva a Alejandría los tuyos serán mis mejores recuerdos de El Cairo.

—¿Por qué no pusiste el anuncio en la sucursal que el periódico tiene en Alejandría?

Intentó pagarle la consumición, pero ella se empeñó en que no

lo hiciera y Sábir acabó por conformarse:

—Si hubieras querido invitarme tú, yo habría aceptado.

—¿Y si hubiera sido esta? —le preguntó riendo.

Sábir vio la imagen de Ilham en el espejo que había en la pared de la izquierda, en tanto que ella le observaba atentamente; cosa que le agradó mucho. Su atracción por Ilham tenía que ser como su atracción por las demás. Pensó en los secretos que había descubierto en su corto pasado y sonrió. Ventanas, selvas, seductores aromas naturales. Ilham se levantó para irse y Sábir la despidió con un apretón de manos y no la siguió, a pesar de las ganas enormes que tenía de hacerlo. Se dio cuenta entonces de que era muy probable que los huéspedes y el propietario del hotel vieran el anuncio y que dedujeran la relación que le unía al hombre que buscaba. Cuando avisó a Jalil Abulnaga y a Muhámmad Sawi de que esperaba una llamada telefónica, el viejo exclamó:

—Así que estás buscando a tu padre.

Sábir se ruborizó e inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo fue para separarte de él?

—Cosas. Pero aquí estoy, buscándole.

—¡Qué historia tan extraordinaria!

—Yo diría que es de lo más normal —dijo Sábir harto de comentarios indiscretos—. No deje de avisarme cuando llame.

«Un hombre joven busca a su padre», con una fórmula así le definirían y hablarían y fantasearían. Se encogió de hombros desdeñoso. Optó por pasar casi todo el tiempo en la sala y cada vez que sonaba el teléfono su mirada quedaba fija en él. Se produjeron llamadas inútiles. Se pusieron en contacto con él un Sáyid Sáyid Arrahimi que era barbero en el barrio de Bulac, otro que era profesor de árabe y un tercero tranviario. Se entrevistó con ellos como antes se había entrevistado con el cardiólogo, pero ninguno de los tres tenía la menor relación con la persona que buscaba. ¿Dónde podía estar? ¿Por qué no se ponía en contacto con él como habían hecho los otros? Si había muerto, quedaría algún hijo o algún pariente suyo. Veía con desasosiego que el dinero disminuía inexorablemente. Los otros huéspedes se daban gustos y el olor a café y a tabaco flotaba en el aire. Ninguno le prestaba atención, al parecer ninguno tenía noticia del anuncio, gracias a Dios. ¿Qué podía hacer si seguían pasando los días sin resultado? ¿Qué pasaría

si se le acababa el dinero antes de encontrar al padre? ¿Te pondrás de alcahuete o de rufián? La época de Profeta Daniel había pasado como un perfume que se diluye en el aire. Había sabido lo que es el amor de la madre y recibir de ella dinero a manos llenas; había conocido los goces de la vida sin miedo ni remordimiento. Ella le decía: «La vida es hermosa y tú su mejor adorno». Incluso una vez enterado de la verdad te supeditaste a ella porque ella te lo daba todo. Una vez estabas bailando en El Canario Noctámbulo y un borracho con el corazón devorado por la rabia te gritó:

—¡Prepárate, hijo de Basima!

La pelea fue sangrienta y hubo muchos vidrios rotos, porque lo único que protege de la mala reputación son unos puños de hierro. Una vez enterrada Basima, la única esperanza era que apareciese el padre.

—El algodón. Todo depende del algodón —oyó comentar a uno en la sala.

¿Por qué? ¿Sería otro Arrahimi? A no ser por el anuncio Sábir nunca hubiera hojeado un periódico. Incluso de los descubrimientos sobre el átomo y de la conquista del espacio se había enterado en El Canario, a través de los borrachos.

—Y esas guerras que amenazan al mundo, ¿no son una garantía para el algodón? —preguntó otro.

—Las guerras que haya ahora no serán como las de antes.

—Después de estas no quedará nada.

—¿Ni el algodón ni las habas ni los animales ni las personas?

—¿Dónde anda Dios, Creador y Conservador de todo? —preguntó la voz que había hablado en primer lugar.

¿Dónde anda Dios, sí? Él conocía la palabra, pero nunca se había preocupado del concepto. Sus relaciones con la religión siempre habían sido insignificantes. La casa de Profeta Daniel no había presenciado nunca la menor práctica religiosa, porque él vivía en una época anterior a la religión. Le había tocado pasarse lo mejor del día entre habladores, en su mayoría campesinos, y el olor del tabaco siempre iba mezclado al olor a cebolleta. Cuando la espera le resultaba demasiado amarga se distraía imaginándose a Ilham o a la mujer del señor Jalil Abulnaga. El aire es imprescindible, pero el fuego no. ¿Y si callaba para siempre en vez de dar una respuesta que le sacara del apuro? Y si su padre no acudía al llamamiento,

¿no era mejor que tiraran la bomba atómica y que todo desapareciera? El miedo, el hambre, el sucio pasado. Una vez miró casualmente el teléfono y vio que la esposa del señor Jalil estaba donde la había visto por primera vez. ¡Había vuelto! El corazón le latió fuerte, suministrando un calor febril a todos los centros susceptibles. El cuerpo estridente y la mirada conspirando con los instintos. Se olvidó del teléfono, de Arrahimi y de Ilham. Subió a su cuarto, en la tercera planta, y esperó al otro lado de la puerta. Por fin oyó ruido de pasos subiendo y salió al pasillo. Se encontraron a la mitad.

—Me alegro de que haya hecho buen viaje —dijo Sábir simulando sorpresa.

La mujer le dio las gracias con una sonrisa.

—Nos tenía realmente desolados —añadió Sábir.

La mujer se echó para atrás unos mechones de la negra mata sacudiendo la cabeza y siguió su camino en dirección a la escalera que llevaba al cuarto piso. No obstante, Sábir se atrevió a susurrar:

—¡Alejandría!

La mujer aflojó el paso hasta casi pararse a poca distancia de él, interrogante.

—¡Alejandría!

—No comprendo —dijo la mujer frunciendo el ceño.

—Tú quizás hayas olvidado —insistió Sábir—. Yo no he podido.

—¿Está usted loco?

Lo dijo con tal firmeza que la seguridad de Sábir vaciló.

—¿No eres…?

Pero ella le cortó, reemprendiendo el camino:

—Es un truco viejo y estúpido.

—De cualquier forma acepte mi admiración —se corrigió Sábir antes de que la mujer se hubiera alejado mucho. Y se apoyó en la barandilla hasta que se le reguló la respiración, hasta que aquel fuego se enfrió un poco. Pero aún le dominó por un momento el frenesí y deseó aniquilar a todos los que estaban en el hotel para quedarse a solas con ella. Era el mismo frenesí que le había arrastrado la noche de la persecución que se desencadenó en la playa de los pescadores de Alanfuxi. Apareció Alí Saricos, que bajaba las escaleras tarareando una canción de amor del alto Egipto. Le hizo acercarse con una seña y le dijo malicioso:

—He oído una voz llamándote. A lo mejor era esa dama.

—¿Qué dama?

—La señora de Jalil.

—Quiá. Será de la habitación 16. Acabo de ver a la señora entrando en su piso.

—No te digo que no, pero ya te convencerás. ¿Tiene un piso la señora?

—En la azotea.

—¿Y dónde ha estado estos días?

—En casa de su madre. Va a verla todos los meses.

Una vez abajo miró con desprecio y odio la espalda del señor Jalil. La idea de volver a su sitio en la sala le asqueaba y salió del hotel. El sol radiante en un cielo límpido le produjo placer. El ambiente era agradablemente fresco y le entraron unas ganas tremendas de andar. Vagó sin rumbo fijo, lamentando no haber tenido tranquilidad para ver El Cairo. Recordó que solo quedaba un día del plazo por el que había puesto el anuncio y se encaminó hacia el edificio de *La Esfinge*. En realidad había estado pendiente del momento de ir al periódico porque quería volver a ver a Ilham. Encontró a Ihsán Atantaui ocupado con un cliente. Dio la mano a Ilham y se sentó en la silla que había entre las dos mesas.

—¿Alguna novedad? —le preguntó interrumpiendo el tecleo de la máquina de escribir.

—Conversaciones y entrevistas inútiles.

—Paciencia.

Siguió el movimiento de los dedos de Ilham sobre las teclas con una tranquilidad que le alivió las preocupaciones. Estaba sin chaqueta y el cuello parecía más largo; en el lado izquierdo destacaba un lunar. A pesar de que verla le alegraba, le vino de pronto una tristeza inesperada e inexplicable. Dedujo que Ihsán Atantaui estaba preparando una esquela y los recuerdos de la última noche de su madre le asediaron. Vio claro cuánta miseria se acumula en la existencia, que se basa totalmente en que parece un espejismo. En ese mismo instante Ilham le miró y Sábir recobró el aliento y olvidó sus penas. Ihsán Atantaui acabó la esquela y le saludó diciendo de manera un tanto pérfida:

—¿Renovar?

Sábir se echó a reír y bajó la cabeza concediendo.

—Han venido muchos, pero él parece que es insensible a las llamadas. ¿Cómo lo explicas?

—Un anuncio de ese tipo requiere constancia.

—Pero dado que el hombre es conocidísimo…

—Lo único que sabes es cómo se llama. Por lo demás solo le conoces de oídas y así no puedes hacerte una idea definida. Yo soy un hombre que vive en El Cairo desde hace treinta años, en distintos medios, y nunca he oído hablar de él.

—Pero yo tengo plena confianza en la persona que me ha encomendado buscarle.

—Entonces es que en el caso hay algún secreto que ya descubrirás en su momento.

—También tengo una fotografía antigua —dijo Sábir tras reflexionar un instante—. Se la tomaron hace treinta años.

—Si quieres la ponemos con el anuncio. Así será doblemente eficaz.

Le enseñó la foto e Ihsán la examinó.

—¡Qué personalidad! —musitó admirado.

Sábir esperó con ansiedad que Ihsán señalara algún parecido entre él y el hombre de la foto, pero Ihsán no comentó nada y siguió hablando de la renovación del anuncio y de lo que costaría. Sábir dio su acuerdo a la propuesta de mala gana y salió del periódico pensando que cada día le quedaba menos dinero y que cuando se le acabara sería tan pobre como un mendigo. Entró en Votre coin y se sentó a esperar en la mesa de Ilham. Al verle la muchacha vaciló un tanto apurada, pero él acabó con la duda levantándose para recibirla. Una vez se sentó ella, pidió la ración de emparedados y zumo. Sábir se comportó sin envaramiento para disipar la sorpresa.

—He visto la foto —dijo por fin Ilham.

—¿Y qué?

—Te pareces a él.

—¿Te refieres a ese hombre?

Ilham asintió con la cabeza, fija en Sábir la mirada suspicaz. Y Sábir no vio más solución que inventar una nueva mentira.

—Es mi hermano —dijo.

—¿Tu hermano? No tiene nada de particular. ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

Sábir sonrió sin contestar nada.

—¿Y quién es esa chica tan guapa?

—Su mujer, Dios la tenga en Su gloria.

—Ah. ¿Y qué…? Me refiero a tu hermano… ¿Cómo…?

—Desapareció antes de que yo naciera. Hubo una diferencia y desapareció. Ocurre a veces. Mi padre ha acabado por encargarme que le busque, aunque haya tardado treinta años en hacerlo.

—Es una historia emocionante de verdad. ¿No dijiste que era una personalidad conocida?

—Eso afirma mi padre, pero puede ser una simple deducción. Me sorprende que Ihsán Atantaui no haya advertido la semejanza entre nosotros. ¿Te ha dicho algo al irme yo?

—Nada. Y sin embargo el parecido es claro. Lo que pasa es que el señor Ihsán tiene la cabeza ocupada con la contabilidad.

Llegaron los platos de emparedados y empezó la comida.

—Me perdonarás la intromisión —se disculpó entonces Sábir—, pero es que estoy solo en El Cairo y casi me muero de aburrimiento.

Ilham aceptó la disculpa con una sonrisa y luego le preguntó:

—¿Cómo pasas el tiempo?

—Esperando.

—¡Qué hartura! Tienes que buscar, no que esperar.

—Incluso cuando se busca hay ratos de espera.

—¿Qué haces durante esos ratos?

—Nada.

—No puede ser.

—Comprenderás cuánto necesito un amigo —dijo esperanzado.

La indirecta estaba tan clara, que el rubor embelleció las mejillas a Ilham.

—Y ese amigo puedes ser tú —se animó a decir Sábir.

Ilham tomó un sorbo de zumo y siguió comiendo.

—¿Qué te parece? —insistió Sábir.

—Que has ido demasiado lejos.

—Son cosas que sabe el corazón.

—Dejémoslo en vernos cuando vengas a renovar el anuncio.

—¿Quieres que siga poniendo el anuncio siempre? —dijo riendo.

—Solo mientras siga importándote encontrarle.

—Eso es. Pero si se demuestra que el anuncio es estéril buscaré de otro modo.

Ilham levantó el vaso de zumo de naranja.

—¡A tu salud! —dijo Sábir alzando el suyo.

—Me alientas a que tome precauciones contigo.

Y bebieron sonriéndose. Sábir se dijo que si en la playa de los pescadores hubiera estado ella y no la otra no la habría perseguido. También se dijo que era una joya y que la quería. «¿Y quién es esa chica tan guapa?». Qué rara te ha sonado la pregunta. Si no la hubieras visto la última noche… Si no hubieras visto qué poco abultaba el sudario…

—Te estoy muy agradecido —dijo por pura táctica.

Ilham vio que la frase era una trampa, pero no protestó. Se produjo un silencio armonioso y las semillas de la mutua comprensión quedaron sembradas. El camino de su búsqueda era penoso, abrupto y largo, y necesitaba el alivio de una sombra acogedora.

5

Tenía la vista cansada de examinar caras. Las calles de El Cairo se desbordan en la corriente de personas y automóviles. Son como las olas del mar en día de tormenta. Las nubes otoñales del cielo de Alejandría se disipan antes de llegar al cielo de El Cairo. Los recuerdos, sin embargo, siguen ardiendo en el corazón que espera. Desde el regreso de la mujer la sala del hotel ha dejado de parecerte agobiante y ha empezado a tornarse agradable. No es infrecuente verla en su sitio, al lado del esposo, ni que puedas observarla desde el fondo de la sala. Tiene una mirada expresiva, sugerente, y los murmullos de esa mirada saltan como chispas. Cuántos esfuerzos fallidos para quedar a solas con ella en los rellanos de la escalera. La acechas desde lejos y ella vuelve burlona a su sitio después de haberte maltratado. No devuelve las sonrisas e ignora cualquier seña. Entre la neblina del desconcierto brillan los destellos inalámbricos de la incitación. Cada vez que la agitación llegaba al colmo deseaba aniquilar a cuantos había en el hotel para caer sobre ella en la oquedad callada. Cuando se daban esas situaciones demenciales Ilham se replegaba a un rincón, como el remordimiento en el ápice del crimen. A veces sentía olor a tabaco y cebolla, oía conversaciones sobre el algodón, el trigo y la guerra final. A lo mejor los demás corren tras una esperanza como tú corres tras la promesa de un padre ausente. Una vez le sacó del fondo de su estupor la voz de Muhámmad Sawi, que gritaba:

—¡El teléfono, Sábir efendi!

Saltó a la plena conciencia y corrió hacia la mesa. ¿Sería que por fin…? Todos sus sentidos se aprestaban a oír la palabra esperada.

—Diga.

—¿Ha puesto usted un anuncio?

—Sí. ¿Con quién hablo? —repuso, sintiendo el hormigueo de unas lágrimas reparadoras en los más hondos caminos de los ojos.

—Soy el hombre que usted busca, creo…

—¿Es usted Sáyid Sáyid Arrahimi?

—Sí.

—¿El de la foto?

—Sí.

Tragó saliva con dificultad y luego dijo con voz trémula:

—¿Cómo puedo entrevistarme con usted? ¿Dónde?

—Pero ¿por qué me busca?

—Dejemos eso para la entrevista.

—Es mejor que me dé una idea antes.

—Por teléfono es imposible. Que nos entrevistemos no le causará el menor perjuicio.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Mi nombre figura en el anuncio.

—Me refiero a la profesión o la actividad que usted desempeña.

—Soy rentista.

—¿Para qué me busca?

—Lo sabrá en el momento que usted fije. Pero es para algo bueno.

La voz calló un momento.

—Venga ahora mismo —dijo a continuación—. La dirección es: villa número 15, calle Atalbana, Xubra.

Sábir preguntó al señor Jalil y al señor Muhámmad por aquella dirección, pero ninguno de los dos la conocía.

—Los nombres de las calles cambian de un momento a otro —le dijo Sawi—. Lo mejor es que vayas a Xubra y que una vez allí preguntes por la calle.

Se fue a Xubra y quemó todas las horas del día buscando y preguntando, empujado por una obstinación febril. Pero nadie había oído hablar de aquella calle. Harto de dar vueltas se personó en la comisaría de Xubra y allí le confirmaron que no había ninguna calle de ese nombre. Cayó en un desánimo hueco. ¿Habría oído mal? ¿Se habría burlado de él?

Cuando llegó al hotel la voz del mendigo cantaba las alabanzas del Profeta y él sentía un asco enfermizo hacia todo. Cuando vio a

la mujer en su sitio de siempre el asco se mezcló con un deseo áspero y sangriento. Sawi le comunicó que alguien le había llamado por teléfono varias veces y él supuso que habría sido la misma persona que le había llamado por la mañana. La esperanza volvió, y Sábir se dijo que tenía que haber oído mal, ya que el hombre se había cansado de esperar y había vuelto a llamarle.

—Dios quiera que todo te salga bien —dijo el señor Jalil a media voz.

—Voy camino de ello —repuso fingiéndose alegre. Miró de reojo a la mujer y se fue a su sitio en el salón. Estaba agotado. La tristeza de la tarde otoñal se infiltró en el lugar y se encendieron las luces. La mujer desapareció y la desolación se hizo más densa. El hombre tenía que volver a llamar. Sawi le hizo de pronto señas con el auricular del teléfono y él se apresuró a cogerlo.

—Diga.

—¿Sábir? ¿Por qué no has venido? Ya es muy tarde.

—Es que no he encontrado la calle.

—¿La has buscado bien?

—Me he pasado prácticamente todo el día. Atalbana número 15, Xubra.

—Qué burro eres, de verdad.

Y antes de colgar soltó una larga carcajada. Sábir dejó el auricular y salió del hotel agitado por la rabia. Era un bromista. Perro miserable. Estaba otra vez al principio y sin ningún indicio esperanzador. Se llegó a la mantequería La Libertad, en Clot Bey, se compró una botella de coñac y el dependiente le puso un plato de pescado para la cena. Qué menos que un día absurdo y desesperante se cierre con una velada de exceso. Bebió de prisa y sin preocuparse del dinero que gastaba, como en los tiempos de Profeta Daniel, cuando ella le decía: «El mundo es hermoso y tú su mejor adorno». Ay, el ambiente alborotado y lleno de seducciones de Alejandría. En esta ciudad, sin embargo, solo preocupaciones. Cada hora que pasaba estaba más cerca del temible final. ¿En qué acabaría después de tanto esperar y de correr a ciegas tras lo desconocido? Si se le ocurría dedicarse al oficio de su madre sería el hazmerreír de la fauna nocturna de Alejandría. Los puños que les habían llamado al orden transformados en mano mendicante y subalterna. Antes el crimen que eso, patanes. A lo mejor el bromista del teléfono es uno

de los vuestros. Ya podéis prepararos. La mujer del hotel era un placer que llevaba deseando desde la época de Alanfuxi e Ilham un perfume, pero todo carecía de valor si no daba con su padre. Sonrió satisfecho, aunque el olor a pescado no le agradaba, y echó a andar bajo los soportales. Le hubiera gustado ir a bailar a El Canario Noctámbulo. Las calles grises estaban lavadas por la lluvia. El aire aullaba y lo cubría todo con una capa oscura. Su sangre sufría el mismo ataque de locura que la noche de la persecución. Su madre fumaba el narguile y dominaba a los hombres. Cuando se sentaba a hablar con él parecía una reina. Le decía: «Haz lo que quieras, pero no derroches, que nuestro único enemigo es la pobreza». Le decía también: «Quiere cada día a una mujer distinta y no dejes que ninguna tenga poder sobre ti». Y él iba noche adelante, como un toro. En el club nocturno El Canario las manos jugaban a juegos indecentes por debajo de la mesa. ¿Dónde podía estar Sáyid Sáyid Arrahimi? «¡Arrahimi!», gritó a pleno pulmón y luego se puso a tararear una canción alejandrina, *Deja las penas, ven con nosotros*. El coñac, el pescado y la tristeza desnudaron a la mujer y Sábir abusó brutalmente de ella. Llegó al hotel a medianoche y lo encontró sumergido en el sueño. Se fumó un cigarrillo en el arqueológico cuarto y se durmió. Al despertar notó que le había despertado un ruido y abrió los ojos. Había una oscuridad profunda; por la ventana no entraba luz. En seguida oyó que llamaban a la puerta suavemente y a intervalos. Se sentó y aguzó el oído. El toque suave y cauto se repitió. Alargó la mano hasta la llave de la luz. La bombilla desnuda se encendió. A continuación fue a la puerta y la abrió de golpe. Apenas la hoja se separó del marco alguien la atravesó y encajó la hoja tras sí a toda velocidad. Ya despierto del todo, la miró fijo y barbotó ebrio de estupor:

—¡Tú!

Ella miró en torno con un ademán histrión y cómico, como si de pronto hubiera notado algún error relacionado con la puerta.

—¿Dónde estoy? —musitó—. ¿Me he equivocado de sitio?

Se cerró la bata sobre el pecho semidesnudo y se mordió los labios para reprimir una sonrisa. Sábir la atrajo hacia su pecho, hacia su pijama desastrado y su vello hirsuto y la estrechó con la fuerza de la interminable y torturadora constancia.

—¡Llevo esperando cien años!

Se llegaron a la cama abrazados y de camino Sábir apagó la luz.

—¿Te ha resultado difícil…?

—No.

Ella sabía lo que hacía y a él no le importaba nada. Apartó los labios de la boca de la mujer, para decirle:

—No sé cómo te llamas.

—Fausta.

—Ya lo creo —le susurró Sábir al oído entre ardores de respiración.

—Así que eres del tipo decidido. Nunca lo hubiera dicho, qué buena maña tienes. Ya llegará el momento de que poseas lo que quieres sin obstáculos. —Sábir materializó su sueño febril en un vórtice de asombro. La reflexión se fundió en una llama devoradora. La oleada de fuego barrió la oscuridad cerrada y reinaron momentos de total olvido, absorbiendo pasado, presente y futuro.

—Ya decía yo que eres Fausta, y muy Fausta.

—¿Y tú?

Sábir percibió un suave aroma que suscitó en él muchos recuerdos. Esperó oír el rumor del mar prolongando el ritmo de su respiración como el eco la vibración de las cuerdas de un instrumento que acaban de tocar. Vio otra vez la oscuridad. Tanto si abría los ojos por curiosidad como si los cerraba satisfecho y tranquilo.

—En el mundo hay cosas por las que debemos felicitarnos —afirmó con una voz que parecía cantar.

—Un cigarrillo, por favor.

—Creí que no fumabas —le dijo mientras se lo encendía.

—Fumo muy poco.

Dejó que el fósforo le iluminara el cuerpo, pero ella sopló, reinaron las tinieblas y se propagó un ligero olor a azufre.

—Entonces solo pude tocarte empeñándome mucho.

—¡Ni empeñándote! Ya me guardaba de que se me notase.

—Yo, sin embargo, fui franco contigo desde el primer día.

—Cuando te vi llegar hace diez días —comentó riendo—, me dije: «Es él…».

—¡Alejandría! —exclamó Sábir triunfalmente.

—No, no es eso. Es que me dije: «Este es mi hombre».

—¿Y Alejandría?

—Urdes cosas sin fundamento.

—¿De verdad?

—No te miento.

—Es asombroso que seáis dos.

—Debemos tener cuidado con el tiempo para que no haya incidentes.

—¿Cómo has podido venir?

—Le entró sueño y se quedó dormido. Todo el cansancio se le acumula a la hora de dormir.

—Lo que sí has hecho ha sido desengañarme de una ilusión que tenía. Pensaba: «Si es la de Alejandría, significa que lograré lo que busco…».

—¿Te refieres a tu padre?

—Sí.

—Cuéntame cuál es tu caso exactamente.

—Me crie creyendo que mi padre había muerto y después he sabido con toda certeza que vive. En pocas palabras ese es mi caso.

—¿Vas detrás del dinero?

—Pero no es solo eso. Lo que ahora me importa más que nada es que vengas todas las noches.

—Siempre que pueda.

Sábir la besó largamente y sin prisas, y ella dijo al acabar:

—Siempre que tenga la suerte de poder.

—No repudies a Alejandría —rogó Sábir aspirando con intensidad el aroma de su pecho.

—La imaginación te engaña. Cuida que no te pase lo mismo en lo de tu padre.

—Pues a mí me gustaría que sí. Descansaría —dijo taciturno.

—Estás más preocupado de lo que pensaba.

—Sí. Y desde esta noche tengo una preocupación más: cómo quedarme aquí mucho tiempo.

—¿Te lo impide algo?

—Si se me acaba el dinero antes de dar con mi padre, tendré que volver a Alejandría —contestó Sábir después de pensárselo.

—Y en tal caso, ¿cuándo volveríamos a verte?

—Cuando encontrara trabajo allí.

—No —dijo la mujer enlazando sus dedos con los dedos de Sábir.

Sábir prestó atención.

—¿Por qué no buscas trabajo aquí? —preguntó ella.

—No puede ser.

—¡Qué misterioso eres! Pero desde ahora te digo que el dinero no es problema.

—Se ve que eres millonaria —dijo adoptando los aires que privaban en El Canario Noctámbulo. Sin embargo, el corazón le latió más de prisa.

—Este hotel… El dinero… Todo está a mi nombre —lo dijo con orgullo.

—Y a él le tienes de empleado…

—No. Él tiene el usufructo del dinero mientras viva.

—Sea como quiera no veo qué relación tiene conmigo todo eso.

A pesar de que estaban a oscuras la simpleza de su astucia le ruborizó.

—Pidamos a Dios que te guíe hasta tu padre, que es la solución más sencilla.

—Es imprescindible, aunque a partir de ahora voy a pasarme el tiempo esperándote.

La rodeó con sus brazos, pero ella se deslizó hacia el borde de la cama.

—Va a amanecer. Tengo que irme —dijo.

Una vez cerró la puerta, Sábir volvió a la cama con su abrazo adherido al cuerpo igual que un olor. Cuando se echó estaba profundamente relajado, pero en seguida le asaltó la desconfianza. Se dijo que por primera vez se daba cuenta de que podía prescindir de su padre. Sin embargo, cuando Sawi le hizo señas con el auricular del teléfono fue a cogerlo con la velocidad del viento y el desasosiego le hizo hablar demasiado alto.

—Diga.

—¿Es usted Sábir Sáyid, el del anuncio? —le preguntó una voz seria.

—Sí. Soy yo.

—Soy Sáyid Sáyid Arrahimi. ¿Qué quiere?

—Verle, desde luego.

—Le espero en un local llamado Votre coin. ¿Lo conoce?

—Sí. Estaré con usted dentro de unos minutos.

Recorrió el interior del local con los ojos y vio a un hombre

sentado a la mesa de Ilham. No dudó ni un instante de que era el de la foto. Apenas había cambiado en treinta años, a excepción del pelo canoso en las sienes y de las arrugas, imperceptibles salvo fijándose mucho, que se le habían marcado en torno a la boca y debajo de los ojos. Sábir le miró con auténtico pavor, porque le pareció más grande y más impresionante de lo que había supuesto. Avanzó hacia él y el hombre dedujo quién era y se levantó para recibirle. Se dieron la mano. Sábir había tenido todo el tiempo los ojos fijos en él.

—¿Sábir efendi?

—Sí. Y usted es, desde luego, el hombre de la foto.

Mientras se sentaban el hombre dijo:

—Está usted en plena juventud. Tengo la impresión de haberle visto antes, pero ¿dónde?

—Procedo de Alejandría y aquí me alojo en un hotel que está en la calle Surtidor. Paso con frecuencia por Clot Bey y por la plaza de la estación. He estado sentado un par de veces a esta mesa.

—He tenido que verle en alguno de esos sitios: a Alejandría voy de cuando en cuando y por la plaza de la estación paso a diario. Tampoco es raro que venga a comer aquí.

—¡Qué curioso! —dijo Sábir—. Yo, sin embargo, no puedo decir que le haya visto salvo en mi imaginación. ¿Cuándo ha leído usted el anuncio?

—El primer día que apareció.

—¿Es eso cierto? ¿Y por qué no se ha puesto usted en contacto conmigo hasta hoy?

—Pues verá, ha sido porque el anuncio demostraba que usted no ha podido llegar hasta mí por medios más corrientes, a pesar de que soy hombre muy conocido y de que no hay nada más fácil que contactar conmigo en mi domicilio o en mi lugar de trabajo. Por eso ignoré su llamada, y solo al percibir su urgencia dejó de parecerme impropio presentarme a usted.

—Es verdaderamente asombroso, porque yo no he coincidido con nadie que le conociera a usted. Su número tampoco figura en la guía.

—Dejemos eso ahora y dígame lo que quiere.

—La verdad es que lo que quiero es a usted… Pero ¿no ha advertido usted nada?

Y le miró a la cara esperando que notara el parecido entre él y su imagen de la foto. Su expectativa quedó defraudada, sin embargo.

—Míreme la cara —dijo angustiado.

—¿Qué le pasa a su cara?

En ese punto oyó que alguien le llamaba a media voz:

—Sábir.

Se volvió y vio a Ilham parada. Se levantó, la saludó y, cuando iba a presentársela a su padre, el hombre tendió la mano a la muchacha diciendo:

—¿Cómo estás, Ilham?

Ilham recibió la mano respetuosamente en tanto que Sábir exclamaba:

—Entonces, ¿le conoces?

—Dígame desde cuándo conoce usted a mi hija —le preguntó el hombre sin fijarse en su sorpresa.

—¿Su hija? —gritó Sábir—. ¡Dios mío!

Con inesperada rapidez Ilham abandonó el local antes de que Sábir pudiera impedirlo.

—Con cierta frecuencia oigo afirmaciones sin sentido —dijo Arrahimi con la calma que le había caracterizado todo el tiempo—. Algunas me afectan personalmente, pero no les hago el menor caso. Dígame ahora lo que quiere.

Sábir se sentó en un estado de total abatimiento y con ademán maquinal le presentó la foto donde aparecía con su madre y que había visto en parte en el anuncio; luego, el documento que certificaba el matrimonio con su madre; su partida de nacimiento; la verificación de identidad. El hombre los examinó uno tras otro, tan imperturbable como una estatua, y con toda frialdad puso uno encima del otro y con un ademán rápido y decidido los hizo pedazos. Sábir lanzó una exclamación y se echó sobre él, tratando de impedirlo, pero demasiado tarde. Le agarró de la chaqueta por espacio de un segundo y le gritó:

—Ha borrado usted mi existencia. Aténgase a las consecuencias.

—Fuera —dijo el hombre sin perder su calma impresionante—. No me obligues a verte la cara. Un embaucador, como tu madre. No tengo nada que ver contigo. Vete.

Y le apartó de sí y le hizo recular hasta que la cabeza de Sábir

chocó contra el filo del mostrador.

Volvió en sí. Abrió los ojos. Respiraba con dificultad. Era el cuarto arqueológico con luz diurna, que se filtraba por la celosía. Notó que estaba desnudo bajo la ropa de la cama y recordó la noche anterior con todos sus atributos. Suspiró aliviado, aunque notó que, de tanto como le había impresionado el sueño, estaba cansado y triste.

6

El sueño se reiteró. Le tenía inquieto e irritado. Se despertaba fatigado y confuso, y a veces le parecía que el silencio asfixiaba al mundo. Aquel silencio le recordaba casi siempre el silencio que acompaña a las olas cuando se forman y crecen, antes de romper, rugientes y espumosas. En el sueño siempre veía la cara de su padre, a pesar de que el amor había pasado a ser el eje en torno al cual giraba su vida; el amor, que fluía en el regazo de la oscuridad. Aborrecía aquel sueño, porque le retrotraía a una etapa de su vida en que había sufrido con insistencia ataques epilépticos, que habían estado a punto de acabar con él. Los recuerdos de la enfermedad le habían perseguido durante mucho tiempo una vez curado. La epilepsia fue una de las causas que le llevaron al camino de la desesperación y la violencia; otra igualmente decisiva fue la reputación de su madre. La pelea que sostenía en el sueño le dejaba agotado y triste al despertar, lleno de ideas de muerte; y si le llegaba a los oídos la llamada a la oración de la mezquita próxima cuando se encontraba en ese estado, su tristeza aumentaba.

Cuando entró en la sección de publicidad de *La Esfinge*, un grupito de empleados se quedó mirándole con curiosidad. Que Ilham fuera uno de los que le miraban, le llenó de una satisfacción más agradable que la que produce la primera sonrisa del alba en el Mediterráneo. Le dio la mano con el calor propio de un amigo y ella le preguntó:

—¿Hay novedades?

—Vengo a renovar el anuncio, aunque esta vez lo he dudado mucho —contestó llenándose los ojos de su rostro.

—¿Tienes pensada alguna otra cosa?

Sábir sonrió, pero no le dijo que su afán de encontrar a Arrahimi ya no era lo más importante.

—Tenemos una sorpresa para ti —le dijo Ihsán Atantaui.

Sábir tomó asiento y le preguntó de qué se trataba.

—Te ha llamado por teléfono una mujer —contestó el otro.

—¿Una mujer?

—Preguntó qué sentido tenía tu anuncio.

—¿De verdad? ¿Y quién es?

—No lo dijo, y nosotros no quedamos satisfechos, como es natural.

—¿No puede ser que esté en relación con Arrahimi?

—Así así —contestó Ilham.

—¿Y cuál es el otro así?

—Que esté en relación contigo —respondió Atantaui riendo.

Aquel repaso de probabilidades le interesó profundamente.

—O que sea una bromista —dijo—. Ya ha habido otro que se rio de mí de una manera estúpida.

¿Podía estar relacionada con Arrahimi aquella mujer? ¿Ser su esposa o su viuda? ¿O quizá una hija, que se habría lanzado a hacerlo por curiosidad? Una mujer con experiencia, que no se cree las cosas así como así. Tan taimada como atrevida, tan atrevida como urgente sea el placer. Se sentó a la mesa en Votre coin y rememoró los distintos pasos del asombroso sueño. Llegó Ilham y se sentó. Sábir pidió la comida y se sonrieron amigablemente.

—Ya no das tanta importancia al anuncio —dijo Ilham—. Así es mejor.

—¡No puedes figurarte por qué ahora me importa menos!

—¿Seguro?

—Sí. A tu búsqueda hay que darle tiempo.

—¿No vas a dejarme pagar la comida ni una vez?

—Si hay un invitado aquí eres tú, no yo.

—¡Qué simpática eres, Ilham! ¿Te parece bien que te llame Ilham a secas?

—Me parece perfecto.

—¡Qué amable eres!

Comieron tranquilos y contentos, y Sábir leyó en los ojos azules de Ilham que algo que la inquietaba iba a traducirse en palabras sin tardar mucho. Impaciente esperó a que hablara, con la esperanza de

descubrir en lo que dijera la realidad de los sentimientos de la muchacha. Recordó la profunda oscuridad de la madrugada y cómo se diluía en sus arrebatos. Le admiró estar tan drásticamente dividido entre las dos mujeres.

—Has pedido la excedencia para dedicarte a esta tarea, ¿me equivoco? —dijo Ilham.

Tanteaba para saber más de él. Sábir se inquietó, pero de todas maneras contestó:

—Yo no soy funcionario, soy rentista.

—¿Tienes tierras de labor?

—Mi padre es un gran propietario.

Resultaba claro que Ilham reprimía un sentimiento de malestar.

—Yo administro sus bienes —añadió Sábir—. Es un trabajo más pesado que el de cualquier funcionario.

Era la segunda mentira que decía a Ilham, aunque se las decía con repugnancia. A la otra, sin embargo, no le había mentido aún.

—Lo importante es que no vivas de vacío, que es lo peor para las personas.

—Precisamente. Llevo dos semanas soportándolo. ¿Cómo lo sabes?

—No me resulta difícil imaginarlo. Además, he leído sobre el tema.

—Para mí las cosas que no vivo son como si no existieran.

—Una opinión muy respetable.

—A tu edad serán pocas las realidades que conozcas como las conozco yo.

—Quítate de la cabeza que soy como una niña.

¡Cómo la quiero, Señor, y qué feliz me hace estar a su lado!

—Más o menos ya lo sabes todo sobre mí —empezó Sábir dando un nuevo paso adelante—. Pero… ¿me conoces a mí?

—¿Qué es lo que sé de ti?

—Como me llamo, a qué me dedico, quién es mi padre, por qué estoy en El Cairo, que me gustas.

—No mezcles la realidad con la fantasía —dijo Ilham riendo en silencio, y Sábir se dijo que esa era la única verdad de la que estaba seguro.

En el local se produjo una corriente de aire, como si las ventanas se hubieran cerrado de golpe. El esplendor de la tarde, que lo

llenaba todo al otro lado de la barrera de cristal, se redujo; la nube que había ocultado el sol debía de ser enorme.

—Por mi parte, yo también sé cómo te llamas y cuál es tu profesión —dijo Sábir para inducirla a confesar.

—¿Y qué más quieres saber?

—Qué cosas haces bien; desde cuándo trabajas.

—Desde hace tres años, que es cuando terminé los estudios secundarios en Comercio. De todos modos sigo estudiando.

Sábir se inquietó. ¡No me preguntes qué títulos tengo, mentir ahí no serviría de nada! Pero tienes demasiado tacto y eres demasiado educada.

—Y tu familia vive en Guiza, ¿no?

—Estoy sola con mi madre. Nuestra familia es de Qalyub. Y tengo un tío por parte de madre que vive en El Cairo Nuevo. Aunque lo importante es que en mi familia hemos perdido a alguien fundamental, lo mismo que tú.

—¿A quién? —preguntó Sábir sobresaltado.

—A mi padre.

A Sábir se le dilataron de asombro los hermosos ojos; se acordó del sueño y le contó a Ilham lo que iba bien con la primera mentira; desaparecen más padres de los que uno imagina; a lo mejor estaban buscando al mismo.

—¿Cómo desapareció tu padre?

—De manera diferente a como desapareció tu hermano. Pero… ¿no te parece que divulgo intimidades familiares irresponsablemente?

La miró con reproche en seguida suplantado por una mirada brillante por la intensísima curiosidad.

—La verdad es que mi padre se separó de mi madre siendo yo recién nacida.

—¿Huyó?

Ilham rompió a reír y Sábir cayó en la cuenta de su poco tacto.

—Quiero decir que si se fue.

—Era un conocido abogado de Asiut; a lo mejor has oído hablar de él. Se llamaba Amr Zayd.

La tensión de la incertidumbre se relajó, y Sábir dijo para remacharlo.

—Pensaba que iba a ser Sáyid Sáyid Arrahimi.

—¿Te gustaría ser mi tío? —le preguntó riendo.

—En absoluto —contestó Sábir convencido.

—Desde el primer momento mi madre pensó quedarse conmigo —prosiguió Ilham en tanto su rostro moreno se ruborizaba—, y mi padre lo aceptó porque iba a casarse con otra. Fijaron una pensión y mi madre volvió a casa del abuelo, en El Cairo. Desde que este murió vivimos solas.

Sábir había seguido el relato con una actitud a medias positiva, la habitual en él con respecto a las mujeres y, en especial, a las madres. No importaba que Ilham no tuviese nada que ver con alcahuetas, chulos y rufianes. ¿Puedes tú contar tu historia con tanto detalle? El alma de Sábir se nubló lo mismo que se había nublado el cielo.

—Un día mi tío dijo que debía conocer a mi padre, y mi madre le contestó que no se lo merecía, porque no había hecho nada por verme ni una sola vez. Yo, desde luego, en ningún momento tuve la impresión de que había un padre. Mi tío insistió, dijo que cada día iba haciéndome mayor y que no me convenía estar sin padre.

—Libertad, dignidad, seguridad —bisbiseó Sábir casi sin darse cuenta.

—Mi madre persistió en la negativa por miedo a que a mi padre se le ocurriera reclamarme —siguió Ilham encogiéndose de hombros con desdén—, y yo la apoyé con reservas. Estábamos de acuerdo en que el trabajo es más importante y dura más que un padre.

Ay, qué cosas dice esta belleza. ¿Qué trabajo excusa de tener libertad, dignidad y seguridad?

—Me esforcé en terminar los estudios y luego conseguí un empleo pasando un examen que se anunció en el periódico. Después ingresé en la Escuela Superior de Comercio.

—¿Nunca piensas en tu padre?

—Es como si no existiera y ha sido él quien lo ha querido así.

—Porque no le necesitas.

—Ni muchos menos. A mi madre tampoco la necesito; sin embargo la quiero y no me hago a la idea de vivir sin ella.

Ella no está al borde de un precipicio, como tú, ni está hambrienta de libertad, dignidad y seguridad. A ella no la amenaza un pasado turbio que en cualquier momento puede emerger, y su

futuro está claro.

—Yo no soy rica, como tú, pero estoy contenta con mi trabajo.

Sin saberlo le había apuñalado. El amor, sin embargo, pudo más que cualquier otro sentimiento y, a no ser por el miedo que sentía, le habría confesado la verdad. Cuando Ilham se fue, Sábir sintió angustia en su soledad. Lo elevado de sus sentimientos hacia ella le incitaba a someterla a su animalidad, aunque se trataba de un deseo mental y no físico. Cuando imaginaba la situación veía a Ilham horrorizada por la sorpresa y a sí mismo defraudado, derrotado. Lo que inducía en él aquel deseo no era solo su mente, eran también sus costumbres en el trato con las mujeres y el arraigado afán de burlarse de eso que llaman moral. Porque igual que disimulaba su degradación a base de fuerza, la disimulaba transgrediendo valores, para hacer de su pasado una regla sin excepción. Por eso, aunque Ilham había surgido en su vida como una llamarada, también había reavivado sus miedos y sus complejos, y había hecho tambalearse los cimientos del mundo que se había fabricado y donde se sentía protegido. Lo único que de verdad le hacía olvidar su tormento era el ardor de Fausta brillando en las tinieblas de la madrugada.

Anduvo por las calles dejándose penetrar por el agradable y estimulante aire de noviembre y llegó al hotel El Cairo a eso del mediodía. Vio al señor Jalil dando cabezadas bajo el alto fez. El señor Muhámmad Sawi estaba sentado en su silla y con los brazos enlazados en torno al respaldo. Sábir se instaló un rato en el salón. Luego fue al teléfono, llamó a Ilham y le dijo:

—Mañana iré a verte en Votre coin, ¿te importa?

—Encantada, pero ¿para qué?

—Para nada malo. Es simplemente que quiero estar contigo todo lo que pueda.

7

El verdadero consuelo se lo daba la oscuridad de la madrugada, cuando el ritmo de la respiración tocaba cantos selváticos, cuando el olvido total reinaba en la tierra y las esferas. Alimento enjundioso es y reposo eterno, no como la angustia que intoxica o el tormento de la soledad que Ilham deja tras de sí. Ninguna noche le había fallado desde aquella vez, cuando sus golpes cautelosos le sacaron del sueño de borracho. El dominio de la mujer empezaba a afirmarse sobre él, tan fatal como el tiempo. Gracias a experiencias previas Sábir podía hacerse el dominado sumiso sin traicionarse en ningún momento. Pero ninguna mujer le había captado con tanta fuerza anteriormente, ni le había sujetado con tales cadenas. Nunca le había dado dos veces la misma respuesta y Sábir no se había hecho aún idea de cómo era.

—Sin ti mi vida no es vida —le confesó al oído una noche después de disolverse entre sus brazos.

Era como los recuerdos de El Canario Noctámbulo; la música del mar; aquellas noches plenamente satisfactorias. Le acarició la mejilla tierno y dominante y se sumergió decidido en la ola que le arrastraba hacia las profundidades del sometimiento. Ella lo era todo. El amor y las esperanzas que le hacían correr detrás del padre perdido. Otra noche percibió en ella una reserva distraída, un abandono inerte, sin intimidad ni calor ni rechazo. Esa vez se quedó despierto hasta el alba, reflexionando. El malestar le hizo volverse a Ilham, invocar el espíritu delicado que emanaba de ella igual que un perfume cautivador y sin nombre. Se decía: «Si quiere tenerme preso que lo haga y en paz. Cuando dominas tú eres el infierno. Podrías contar tantas tragedias debidas al dominio… pero es que la

vida no tiene sabor sin eso; es una náusea, indiferencia de ceniza; o si no, locura y sangre. En la playa de los pescadores era natural y un poco agresiva, como un talento oculto que no ha madurado aún. Ya estás otra vez acechándola en tus recuerdos de Alanfuxi con una terquedad injustificable. Aquello desapareció como una ola en el mar. Ella no es solo el amor, también es una manera mágica de olvidar el tormento de la búsqueda estéril, el desánimo». Huía del torbellino de angustia que había creado Ilham, aunque no faltaban en él una o más ventajas características de Ilham y del padre.

—No estás como siempre —le dijo, atormentado por su transformación.

—¿Me encuentras diferente a veces? —le preguntó ella cándidamente.

¿Era astuta o ingenua? ¿Había olvidado el frenético y violento ritmo de la confesión?

Tu madre te dejó ver una vez que tenía dos caras. Un amigo fue a visitarla en la casa de Profeta Daniel. No le dejó entrar y se mostró dura, brutal; pero cuando se quedó sola blasfemó y echó maldiciones y luego cerró los ojos agotada, se derrumbó y rompió a llorar.

—¿Estás indispuesta? —le preguntó aparentando indiferencia.

—Estoy estupendamente.

—Me alegro.

—¿Sabes que te quiero más que a la propia vida? —le dijo serenamente, acariciándole la mejilla con la palma de la mano.

Tú no te relacionas con las palabras, pero todo cuanto te rodea te anuncia fatigas y que esto tendrá un precio.

—Más que eso —dijo arteramente—. Esa es la razón de que me afecte tanto que el momento de partir esté cada vez más cerca.

—¿Hablas de irte?

—Callar no evitará que me vaya.

—Lo haremos mientras podamos, pero no podremos mucho, porque el instinto del dinero es el único que mantiene indefinidamente en el hombre todo su vigor.

—Y además, no es la solución.

—Pero cuando no queda otro remedio ayuda.

—¿Es espabilado el viejo en ese tema?

—Mucho. Lo que a él le importa no es tanto el dinero que gasto

como en qué lo gasto.

—¿Es celoso?

—No puedes imaginar hasta qué punto. Tenemos un acuerdo y debo respetarlo para que no se estropee todo… Y tú, ¿qué haces? ¿No tienes más obligación que esperar una llamada telefónica?

—Si llega se acabarán las fatigas.

—Mi padre estaba al margen de la vida.

—El mío no.

—¿Cómo le perdiste?

—Es una vieja historia que te contaré en otra ocasión.

—¿Por qué no quiere ponerse en contacto contigo?

He ahí el tormento, el enigmático tormento. ¡Eran tantas las explicaciones posibles!

—Dime en qué situación quedas si no aparece.

—Pues figúrate: sin dinero, sin familia y sin trabajo.

—¿De qué vivías antes?

—No me faltaban los billetes de mil, pero ahora solo van quedándome los de diez.

—¿En qué trabajabas?

—En nada.

—¿Por qué no buscas trabajo?

—Porque el trabajo que me llegue por un medio distinto de mi padre carecerá de valor.

—No comprendo.

—Pues créeme.

—Dedícate al comercio.

—No tengo capital ni experiencia.

—¿Y un empleo?

—No tengo ningún título y tampoco quien me recomiende —y tras una pausa prosiguió—: La verdad es que no valgo para nada.

—Solo para el amor —musitó ella internando los dedos en la jungla de su pecho.

—¿Adónde nos llevará la vida? —preguntó Sábir sonriendo a la oscuridad.

—Las cosas están complicadas y mi marido desconfiado.

—¡Con lo viejo que es!

—Así es su carácter. Te digo que es de esa clase de personas de edad avanzada de las que llega a decirse que la muerte se ha

olvidado de ellas.

—De todos modos durará más que el dinero que me queda.

—Si se huele algo tendremos que dejar de vernos.

—A la desesperada huimos —dijo Sábir apretando la mano de Fausta contra su pecho.

—Por mí encantada, pero luego, ¿qué haremos?

—Ni siquiera nuestro amor vale nada sin mi padre —repuso Sábir acremente.

—Piensa y no sueñes.

—¿Quiere decir eso que debemos esperar?

—¿Esperar? Pero ¿cómo? ¿Y en qué acabará la espera?

—En la muerte.

—No hay que descartar que nos vayamos antes que él. A veces tengo la impresión de que me enterrará: no tiene el menor achaque, mientras que yo sufro del hígado y de las amígdalas.

—¡Qué cómico!

—Di mejor qué trágico. A la menor sospecha me quedaré sin poder venir.

—Si eso pasara me volvería loco.

—Y yo también. ¿Podemos permitirlo?

—Esperar es inútil, huir estéril, el teléfono un sueño… ¿Qué queda?

—¿Qué queda, sí?

—Huir es, a pesar de todo, la mejor solución.

—Nunca.

—Entonces, a esperar.

—Esperar tampoco.

—¿Queda algo más?

—Romper.

—¡Antes la muerte! —exclamó Sábir llevándose la mano a la boca.

—La muerte —suspiró Fausta. Y añadió como hablando consigo misma—: La muerte, sí.

El tono en que lo dijo estremeció a Sábir muy adentro; sus emociones se exacerbaron y el corazón le latió más de prisa. Pero el silencio duraba tanto que se le hizo opresivo. Y habló:

—¿Por qué te has callado?

—Estoy cansada. No me preguntes.

—Nuestro problema apenas está esbozado.

—Déjalo.

—¡Pero tiene que haber una solución!

—¿Cuál?

—Eso es lo que me pregunto.

—Y yo también.

—Por un momento me pareció que ibas a decir algo importante.

—No tengo nada que decir. Pensar que herede dentro de poco el hotel y el dinero que está a mi nombre es un sueño. Lo mismo que tu teléfono. Como pensar que alguna vez podamos vivir juntos para siempre.

—¡Ay!

—Es un error soñar cuando nada podemos hacer.

—Pero hay sueños que de pronto se realizan.

—¿Cómo?

—Solos.

—Lo dices sin firmeza en la voz; se ve que no te lo crees.

—Es verdad. Pero ¿entonces…?

—Entonces se hará de día y seguiremos sin saber, a pesar de haber dicho todo cuanto puede decirse.

Fausta se vistió en la oscuridad mientras Sábir observaba el bulto móvil. Luego se dieron un beso junto a la puerta y Fausta se fue.

Cuando Sábir volvió a meterse bajo la ropa de la cama se sentía acongojado. La tiniebla es el color de la muerte. La tiniebla de la tumba puede ver a tu madre con un aspecto que nadie ha visto ni verá. Cuando el juez dictó la sentencia quisiste estrangularle. Cuando estaba en la cárcel tu madre te dijo:

—Conozco al miserable que ha tramado esto. Le mataré.

Eras hermosa y fuerte. Lo que sufrió tu salud en la cárcel no tiene nombre. Tu amor por mí tampoco. Lo que no puedo es imaginar el aspecto que tendrás ahora. Cuántas preocupaciones se esfumarían si se lo confesaras todo a Ilham. Todo lo que ella te da es auténtico, mientras que tú solo le das un puñado de mentiras. Padre… ¿por qué te empeñas en ocultarte?

—Tu madre cree que me ha matado y en realidad he sido yo quien la ha matado a ella —dijo.

Entonces eres terrible porque eres un asesino. «Pero yo sabré

cómo llegar hasta ti». Quieres violar a Ilham, pero ella se resiste con firmeza. Gritas y ella trata de disimular su vestido desgarrado. «Te mataré». Te mataré y ocultaré mi crimen. La voz del almuédano se elevó llamando a la oración del alba. A Sábir le aterró no haber dormido un solo minuto, pero el recordar la violación y el asesinato le tranquilizó un poco y pudo llegar a la conclusión de que había dormido un rato sin advertirlo. A lo mejor lo que había soñado lo había soñado despierto. A las siete despertó otra vez, abrió la ventana y vio que la niebla se esfumaba en el horizonte y que el cielo era una sucesión de franjas de colores sombríos. Llegó hasta él la voz del mendigo:

Es bonita mi canción Para el del rostro bonito.

Apenas había llegado a la puerta del salón vio que el señor Jalil bajaba apoyado en el brazo de Alí Saricos, envuelto en la capa. Se sentó mirando hacia él, su mano seca y temblona, el pañuelo negro que disimulaba la escualidez del cuello. Lo mejor que puede hacer es morirse, señor Jalil. Sé de usted mucho más de lo que supone. Solo puede dormir tomando somníferos y después de que Fausta le sobe durante mucho rato. Su felicidad reside en un cariño estéril, en el placer imaginario que obtiene desnudándola y haciendo que se pasee delante de usted y amándola luego con la mano. Tanto me da que aparezca mi padre como que desaparezca usted. Una vez, en El Canario, estuvo a punto de matar. Un oficial de la marina le cerró el paso en el pasillo de los servicios y le dijo:

—¡Deja en paz a Alia Fanar, que si no…!

Y se enzarzaron en una pelea terrible. Recibió golpes y los devolvió brutales, y no paró hasta que su adversario quedó inmóvil en el suelo. No había utilizado la táctica solo para vencer a su enemigo; también impulsado por un deseo frenético de acabar con él. Y lo habría hecho si el camarero no le hubiera sujetado gritando:

—¿Quieres que te ahorquen?

—¡Qué pena tan grande haber tenido que oír que te había perdido! —le dijo su madre ya en las primeras luces del día. Y también—: Si algún sinvergüenza te molesta, dímelo, y yo me encargo de mandarlo a la tumba.

Ya lo había hecho con una rival. Uno de sus hombres se encargó de matarla y luego se refugió en Libia. Todo Alejandría comentó

que Basima Umrán había sido la inductora, pero ¿y las pruebas? Y usted, señor Jalil, no cambiará tanto una vez muerto.

8

Creo que es inútil seguir con el anuncio —dijo Sábir a Ihsán Atantaui.

—Me parece que sí —admitió el hombre.

—Ha tenido que verlo ya. O si no él en persona, alguien de su familia.

—Es lo que yo considero.

—Entonces es que no quiere volver —intervino Ilham.

—O que vive en algún lugar remoto, o fuera del país —dijo Sábir.

—Sea como sea, seguir poniendo el anuncio es inútil, como tú has dicho —y añadió, entusiasmada por la idea—: Todo depende de él, y el tiempo es el que soluciona los problemas de este tipo. Volverá cuando quiera. Más de una vez habréis leído que las personas desaparecidas vuelven así.

Lo que Ilham no sabía es que era él quien necesitaba al desaparecido, y no a la inversa. Y no le necesitaba solo por amor a la libertad, la dignidad y la seguridad; también le necesitaba por miedo a caer en el crimen. Tampoco sabía nada de la idea criminal que le acosaba ni del aprieto que pasaría cuando se le agotara el dinero, en seguida. Ya no encontraba energía para pedir la colaboración de abogados, autoridades municipales y otros guías del mismo tipo. Pensaba mucho en desentenderse del asunto; sin embargo, no le resultaba fácil dejar de buscar definitivamente. Pero algún día había de decidirse a abandonar la búsqueda y entonces se lanzaría como un toro ciego por otro camino.

—Vamos a renovar el anuncio por última vez.

Luego fue a esperar a Ilham en Votre coin; se veían

prácticamente a diario. Sus encuentros resultaban agradables para ambas partes. Luego, de madrugada, lo olvidaba todo, pero apenas clareaba el día volvía a sentir ansias y anhelo de Ilham. Cuando estaba con ella sus emociones se elevaban hasta horizontes de felicidad, de intimidad serena, de limpidez, pero su deseo desordenado por Fausta no moría; se mitigaba, mas no moría. El atractivo de Ilham no menguaba, pero el imperio de la otra era como el destino: insoslayable. Por la enorme presión de ese imperio la aborrecía a veces tanto como la deseaba. Con frecuencia había llamado a Ilham en su interior para que le salvara, pero era la llamada de la desesperación. Esquivaba con todas sus fuerzas la inquietante pregunta: «¿A cuál elegirías si te dieran a escoger?»; no obstante, la pregunta seguía latente en sus sentidos como un tumor que aún no se ha manifestado. Otras veces aborrecía estar preso de la espera. Ilham era el cielo despejado bajo el cual se camina seguro; Fausta era el cielo cubierto de nubes, que anuncia tempestades; pero también el amado cielo de Alejandría. En Profeta Daniel bebía poco a poco el vino oyendo el retumbar del trueno y se calentaba el corazón con besos. No quiere reconocer que es la chica del callejón. ¿Por qué ocultas el secreto? Porque eres diabólica, un tormento. En su imaginación estaba fundida con el rugido del mar y el olor a agua salada y yodo, a la añoranza y a las aventuras nocturnas, todas pasión y peleas bestiales. Como a él, a Fausta le hervía en las venas la exigencia del instinto, de la sinrazón y la impudicia; no era como Ilham, brisa de una cumbre que nadie escala. Miró a Ilham a los ojos, fijos en él mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa.

—Cuando agote los medios y abandone la búsqueda ya no tendré pretexto para seguir en El Cairo —dijo Sábir para manifestar su preocupación.

—¿Has decidido la fecha del viaje? —le preguntó ella bajando los párpados.

—No concibo vivir fuera de El Cairo.

—Espero que pongas en obra esas buenas palabras —repuso Ilham con seductora franqueza.

—Pienso constantemente en ello.

—¿Y tu familia? ¿Y tu trabajo?

—Todos los problemas tienen solución. Me parece que… —y

prosiguió tras una breve interrupción—: Me parece que no he venido a El Cairo para buscar a Sáyid Sáyid Arrahimi, sino para encontrarte a ti. A veces corremos tras un objetivo y en el camino damos con algo que luego consideramos el objetivo verdadero.

—Por mi parte estoy en deuda con Sáyid Sáyid Arrahimi —dijo Ilham con franqueza aún más seductora que la primera vez, pero ruborizándose.

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermoso es amar! —exclamó Sábir con inesperado entusiasmo—. El amor es lo que cada día me une un poco más a ti, es lo que se esconde detrás de cada palabra que te digo, sea cual sea su tema superficial. Es la primera vez que lo nombro, pero sin él nada de lo que he venido diciendo tendría justificación ni sentido.

Los labios de Ilham balbucearon palabras inaudibles.

—¿No te parece? —le preguntó Sábir.

—Sí y aún más que eso —contestó otra vez atrevida.

Sábir se entusiasmó hasta el éxtasis y expresó su entusiasmo rozando suave a Ilham el dorso de la mano. Inmediatamente después recordó que pocas horas más tarde Fausta estaría en sus brazos y se angustió, y los ojos azules llenos de felicidad le asustaron. Le asaltaron fantasías turbias que le corrieron por los nervios bestiales, misteriosas. Tantas veces como había querido a más de una mujer al mismo tiempo sin sufrir ni angustiarse. Pero ahora, cuando estaba con Ilham, le torturaba Fausta y, cuando estaba con Fausta, le torturaba Ilham. Identificar a las dos en una era un deseo que no se atrevía a desear.

—Dime —le preguntó para huir de sus ideas—, ¿habías querido antes a alguien?

—No, seguro que no —respondió Ilham sonriendo y sin dudar—. Los sentimientos de la infancia son imaginarios y además, ¿en qué quedan? En nada, no dejan huella. Yo dediqué los míos a un gran actor que murió hace ya tiempo. No, nunca he querido a nadie antes de ahora, aunque estuve prometida una vez. Rompí el compromiso cuando él me pidió que dejara el trabajo. Algún compañero del periódico me ha hablado de amor al estilo de la última página; no pasa de ser un entretenimiento agradable sin mayor trascendencia. Ya te hablaré de todo ello más tarde a condición de que no te vayas o, por lo menos, de que no olvides El

Cairo.

—¡Ni aunque me fuera al fin del mundo olvidaría El Cairo!

—Me alegra oírlo. Pero… ¿qué has tenido que ver tú con el amor?

—A lo que yo he conocido hay que llamarlo de otra manera.

—Entonces dejémoslo de lado. Yo conozco bastante bien la vida y cuando te miro a la cara no me queda duda de que es la cara de un hombre bueno.

Sábir controló el asombro lo más de prisa que pudo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó luego, atento.

—No sé. Tú… tú… Ahórrame la definición. Es algo que te brilla en los ojos y que me ha convencido. Ese algo es el responsable… es el responsable de mis sentimientos. Pero mejor que hables tú.

Los ojos de Ilham son puros, pero no ven. ¿De verdad convencía su cara de que él era un hombre bueno? ¿Dónde quedaban la vida airada y la corrupción brutal? ¿Dónde quedaba su madre con todos sus mitos, dónde los espantosos impulsos nocturnos? Su padre tenía que aparecer para sacarle del aprieto y acabar con las mentiras.

—No es por presumir —dijo—, pero mi amor es prueba de que soy mejor persona de lo que pensaba.

—Es más que eso. Mira cómo te esfuerzas en buscar a tu hermano, y… ¿le conociste acaso?

—No.

—Y a pesar de todo corres tras él como si hubierais pasado juntos toda la vida. ¿No es prueba de nobleza?

Maldita de Dios la mentira. Por ella perdían el sentido las palabras de Ilham y quedaban reducidas a silencio.

—Es una tarea de la que me he hecho cargo, y nada más.

—Ni mucho menos. Por otra parte, realizarla no te beneficia desde el punto de vista material… Conque no digas que no es nobleza.

Como él, Fausta se había revolcado en el polvo durante mucho tiempo; por eso se comprendían incluso a distancia. En los más profundos y tórridos instantes del amor era capaz de dominar los jadeos para decirle al oído:

—¿Cuándo desaparecerá el obstáculo que amenaza nuestro amor?

Y a él le alcanzaba el horror de la conciencia como una bofetada

por sorpresa y los repliegues de las tinieblas cantaban el crimen a media voz. Ilham, por el contrario, no veía en su rostro la menor marca del crimen. Ni se le ocurría que él fuera capaz de matar incitado por otra mujer. Pero él hacía ya tiempo que olía la sangre vertida. El señor Jalil se aferraba a la vida con el solo propósito de empujarle al destino que tenía marcado. Tú, Ilham, no puedes salvarme del abismo, porque me quieres y no te das cuenta de que soy un asesino. Si sigo mintiéndote me volveré loco. ¿Por qué te asusta la verdad si has luchado hasta matar casi y has pensado tanto en matar? Di, soy pobre, no tengo nada, y Arrahimi es mi padre, no mi hermano, y si no me reconoce valdré menos que un puñado de polvo. Un pasado hundido en el vicio y el escándalo. Ay… gritarías de espanto. Se apagaría el brillo que el amor te pone en los ojos y verías la cara que de verdad tiene el hombre bueno.

Si tu madre te hubiera criado como debía hoy podrías ser un alcahuete feliz; pero te escondió en Profeta Daniel para que sufrieras por siempre jamás y para no privarte del goce de la desesperación revivió a tu padre.

—Mamá piensa una cosa. Sabe mucho de ti y dice que por qué no te pones a trabajar en El Cairo.

¡Mamá! ¡Qué miedo le daban las madres, porque, como la suya, podían hacerse cargo de la verdad con una mirada!

—¿En qué?

—Depende de tu preparación —contestó tras vacilar.

Dile que lo único que haces bien es emborracharte, bailar, pelearte y amar.

—Solo tengo experiencia en la administración de bienes.

—No te enfades, es que no tengo idea de los estudios que has hecho.

Recordó las escuelas nacionales y extranjeras por donde había pasado como espectador.

—Mi padre no me dejó terminar estudios de ninguna clase, porque me necesitaba. Sobre todo después de su enfermedad.

—Considera algún proyecto comercial. Yo tengo compañeros con cualificaciones muy variadas.

—Bueno, lo pensaré. Pero después de consultarlo con mi padre.

—Es una lástima que en este sitio no pueda besarte —le dijo a Ilham al despedirse.

La razón le aconsejaba dejar a Ilham, pero no podía. Para él Ilham era como su padre: un sueño difícil de realizar. Fausta, sin embargo, era prolongación viva de su madre, porque le daba placer y crimen. Vuelve a Alejandría y trabaja de alcahuete para tus enemigos. Mata y hazte con Fausta y su dinero. Saca a Arrahimi de las tinieblas y cásate con Ilham. El invierno de El Cairo es duro, no depara sorpresas ni tiene música celestial. Las calles y los comercios están llenos de gente; es un zoco donde cuerpos y coches se amontonan. Más de una mujer ha encontrado en ti lo que buscaba a la primera mirada, mientras que tú te agotas inútilmente buscando a Arrahimi. A lo mejor era un fresco que se rio de tu madre haciéndola creer que era un gran señor. Entre los cientos de caras anónimas encontraba en este o en aquel hombre algún parecido con la imagen ideal de su padre. Le rechazaba o quizá le temía, pero también podía haber muerto. Durante el invierno el sol llega en seguida al ocaso y las olas de la oscuridad crecen. Cuando vio al señor Sawi le preguntó qué hombres de Dios que practicaran la adivinación conocía. Sawi le indicó uno en Darb Alamar. Se llamaba Dama Zahara. Cuando llegó a la casa la encontró cerrada y precintada con lacre rojo. Le dijeron que la policía la había detenido a causa de una denuncia por engaño, y Sábir se preguntó desde cuándo era el engaño objeto de denuncia. Cuando al volver vio el hotel le produjo sensación de monotonía doméstica y sufrimiento carcelario. Se instaló en el salón, que estaba lleno, ruidoso de voces y sofocante de humo. Era sorprendente que en aquel salón las conversaciones apenas cambiaran, aunque las caras cambiaban todos los días. Oyó que un hombre preguntaba:

—¿Y no significa eso el fin del mundo?

—Felizmente —dijo sin darse cuenta.

Las risas le hicieron volver en sí.

—¿Usted está con el Este o con el Oeste? —le preguntó alguien.

—Ni con uno ni con otro —contestó lamentando verse envuelto en una conversación que no le interesaba. Y recordando sus fatigas añadió fastidiado—: Estoy con la guerra.

9

Aquella noche Fausta no acudió a la cita. Sábir esperó en la oscuridad con la cabeza llena de fantasías del vino. En el vacío materializó formas que eran transmutación de su deseo. Pasó toda una hora después de la medianoche y ella siguió sin aparecer. Sábir no sabía nada de lo que sucedía en la azotea, pero Fausta no se había retrasado ni una sola noche desde que llamó a la puerta por primera vez. El tiempo avanzó una hora más, destrozándole los nervios, haciéndole desesperar de que la noche fuera como deseaba y procurándole la certeza de que después de aquello era absurdo pensar que llegara. Miraba la puerta y aguzaba el oído, pero la desesperanza espesaba la oscuridad. Permaneció desvelado hasta que sonó la voz del almuédano. Entonces se dijo que lo que anunciaba era que la noche había perecido. Se despertó a eso de las diez de la mañana y empezó por burlarse de sí mismo: «Ya me será difícil hacer cuentas». Bajó al salón, tomó un desayuno ligero y luego se quedó observando de lejos la afectuosa relación que hermanaba al señor Jalil y a Sawi, su ayudante. Se preguntó si al bajar se encontraría alguna vez vacío el sitio del señor Jalil y cómo preguntaría a Fausta la causa de su ausencia. De pronto se produjo un enfrentamiento verbal entre dos huéspedes y, aunque no captó la causa, siguió con interés el nervioso movimiento de manos y las vehementes frases y amenazas que en ningún momento llevaron a la práctica. Después se sumió en un aburrimiento insoportable.

Durante la comida leyó en el rostro de Ilham un interés que agregaba a su atractivo una visible expresión de seriedad. Muchas de sus preocupaciones se disiparon y hasta cierto punto se puso contento.

—Tengo que confesarte —dijo— que solo cuando estoy contigo le veo sentido a mi vida.

—Por mi parte te diré —repuso Ilham fijando en él una mirada voluntariosa— que me paso el tiempo pensando en nuestra vida.

Íntimamente Sábir le reprochó que apenas hiciera nada para dominarle y poseerle y por las injustas derrotas que sufría ante su despótica rival. Eres responsable de lo que ocurra.

—Me alegra oírte decir eso; yo también me paso el tiempo pensando.

—¿En qué, a ver?

—En dos cosas: trabajo y boda —contestó maldiciéndose y maldiciendo sus mentiras.

—¿Has decidido seguir por fin mi consejo?

—Efectivamente. Pero antes tengo que acabar como sea lo que me trajo aquí y regresar a Alejandría para aclarar las cosas con mi padre.

Se aborreció hasta la muerte y deseó borrar sus mentiras de una vez pasara lo que pasase. Se dijo que antes nunca había sentido un dolor tan desconcertante como aquel.

—¿Por qué no vamos al cine esta tarde? —propuso en un impulso que fue como pedir socorro.

En la oscuridad del cine le cogió la mano. Siempre la oscuridad. Alzó la mano hasta su boca y la besó con una felicidad indescriptible. Y por un instante sintió que la mano olía bien. Se dijo que ya estaba bien de abrasarse y de pensar en el crimen y arrojó de su mente la idea del tormento que le esperaba aquella madrugada.

—¿No te parece eso una injusticia flagrante? —le preguntó Ilham.

Sábir no había seguido la película en ningún momento y susurró una broma:

—Que pasemos separados un solo minuto, eso sí que es una injusticia.

A partir de entonces se concentró en la pantalla y vio a un hombre maltratando a una mujer o escuchó un diálogo violentísimo y, como no había seguido la acción desde el principio, la escena le pareció una sucesión de movimientos y palabras absurdos, igual que cuando somos testigos de momentos de la vida de otras personas;

como para nosotros están despojados de su sentido íntimo, pasamos a su lado sin prestarles atención y a veces, incluso, riéndonos de algo por lo que deberíamos llorar. Qué cómica debe parecer la búsqueda de tu padre en el anuncio. ¿Acudiría Fausta a la cita aquella noche o tendría que sufrir hasta el alba? ¡Cómo se esfuman todas estas penas en el amor y la busca! Observó a Ilham durante las escenas más intensas y comprobó que estaba embebida, cosa que le irritó y le hizo dejar de acariciarle la mano; quiso incluso soltársela, pero Ilham le apretó más los dedos y entonces él volvió a estrechársela con más fuerza. Cuando salieron del cine la noche estaba fría y el cielo despejado y con miles de estrellas. La acompañó hasta la parada del autobús y luego se fue a la mantequería La Libertad, en Clot Bey. Tomó mojama de vaca, sardinas y medio coñac. A medianoche estaba en su cuarto. Esperó en la oscuridad temiéndose otra ausencia. Fuera, el silencio se hizo tan denso que le pareció estar sordo.

Los minutos pasaron dolorosos, irritantes. No. Nunca había conocido tamaña humillación, la humillación del deseo hambriento, la humillación de la búsqueda frustrada, la humillación del miedo a la humillación. Aquella noche pasó como la anterior: insomne, desdichada, abrumadora. Decidió permanecer en el hotel la tarde siguiente para ver a Fausta instalada en su sitio al lado de su esposo, como la había visto la primera vez. El tormento del deseo se propagó a todo su ser y le aterró que aquella mujer le afectase hasta tal punto. Evitó mirar hacia ese lado todo el tiempo que él pasó en su rincón de la sala acechando. Como no conoce mi furor no teme sus consecuencias. Cuando Fausta se levantó para subir a su vivienda sus ojos se encontraron por un instante, al girar ella. La mirada que le lanzó fue de aviso. Y se fue. ¿A qué se refería el aviso? El viejo no había modificado el comportamiento con ella y a su edad no podía tener el control de nervios necesario para disimular las emociones. Pensó alcanzarla en la segunda planta o en la tercera, pero se dio cuenta de que había subido a toda velocidad, como adelantándose a esa idea. Era otra forma de avisarle. Los días pasaban, el dinero disminuía y la historia de su padre se había transformado en una especie de leyenda estúpida de la que no cabía esperar nada. Y ahora ya no podía prescindir de la mujer, que era su vida y la esperanza que le quedaba en la vida. Aquella noche

volvió a vagar por Clot Bey, a emborracharse y a esperar en la oscuridad. Y luego otra, otra y otra. Al regresar a medianoche Muhámmad Sawi le dijo con voz soñolienta:

—Esta tarde te llamó alguien.

Las llamadas telefónicas ya no le hacían vibrar, pero ¡ah, si su certeza quedase defraudada y llegara el milagro en aquel momento de desesperación y dolor!

—Era voz de mujer —añadió Sawi.

—¿En relación con el anuncio?

—No, preguntó si estabas y cuando contesté que no habías vuelto aún, colgó.

¿Ilham? Estaba tan fuera de sí que no la había visto durante los dos últimos días. Una vez se hubo quitado el traje y apagado la luz oyó un golpe en la puerta. Dio un salto demencial y abrió. La agarró con fuerza de los brazos, lanzó exclamaciones feroces y, a pesar de su indignación, sintió un alivio agradable. La arrastró hacia la cama.

—Tú —decía—, me las vas a pagar.

—Me destrozas la carne.

—Igual que tú me has destrozado los nervios.

—¿Y qué sabes tú lo que yo sufro?

Iba a despojarla de la bata, pero ella se la sujetó con los brazos.

—No. Quedarme sería una imprudencia temeraria. Solo te digo una palabra y me voy.

—Llama al diablo para que te defienda.

—Estás borracho, pero contrólate. Un simple movimiento ha deshecho lo que tú y yo habíamos forjado.

La hizo sentarse a su lado en el borde de la cama y preguntó:

—¿Qué ha sido?

—Al regresar la última vez que estuve contigo se despertó, algo desacostumbrado, y me preguntó si había pasado todo el tiempo allí, a su lado. Yo hice las protestas de costumbre, pero me pareció que Alí Saricos me miraba y, aunque no estoy segura, tengo muchísimo miedo.

—Serán imaginaciones.

—Serán… serán… No podemos tener ningún desliz, porque perderíamos el amor y la esperanza. Una sola palabra mía supondría la pobreza para siempre, no lo olvides —suspiró y

añadió—: Por eso he dejado de venir y, naturalmente, tampoco podía explicarte la razón de mi proceder. Por lo que yo sufría me hacía idea de cómo estarías tú y de lo que pensarías…, pero es que él solo puso las cosas a mi nombre una vez le hice promesa de serle fiel. Entonces dijo: «Eres mis manos, mis ojos, mi hija y mi esposa. No enturbies la tranquilidad del tiempo que me queda».

—¿Entonces?

—Entonces es absolutamente imprescindible que deje de venir, porque es lo más seguro.

—¡Estás loca!

—Estoy cuerda.

—Y yo, ¿cómo espero? ¿Y hasta cuándo?

—Ya puedes figurarte que no sé la respuesta. —Fausta suspiró.

—Se me acabará el dinero y tendré que irme.

—Yo puedo pasarte pequeñas cantidades para que prolongues tu estancia aquí cuanto sea posible.

—Acabaremos en lo mismo.

—Lo sé, pero ¿qué puede hacerse? Yo lo paso tan mal como tú.

—Para mí es peor: no solo está la amenaza del sufrimiento, también la de quedarme insolvente.

—Yo sufro por ti y por mí, ¿es que no te das cuenta?

—¿Cuándo se morirá ese hombre? —preguntó como hablando consigo mismo.

—Lo preguntas como si yo pudiera adivinar el futuro.

—¿Qué puedes hacer tú entonces?

—Yo soy una pobre mujer, mucho más desdichada de lo que supones.

—La muerte puede chasquear nuestros miedos y llevárselo en seguida.

—¿Por qué no?

—Es un hombre viejísimo y no puede vivir mucho más.

—Igual se muere esta noche que dentro de veinte años, a la edad de una hermana suya que falleció hace dos.

—¡Maldita sea!

—No podemos hacer nada. Y tengo que irme.

—¿Y no volveré a estar contigo hasta que se muera?

—Te he dicho que no hay nada que hacer.

—Sí que lo hay.

Quedaron callados en la oscuridad hasta que oyeron el ruido del silencio.

—Estás recordándome todo el rato otra conversación —dijo entonces Sábir—, una conversación en la que me hiciste algunas sugerencias y de la cual es testigo esta oscuridad. Hablemos francamente esta vez… ¿Tengo que matarle?

—Tú no estás dispuesto, por eso no he vuelto a mencionarlo. Yo no soy dura ni desalmada, mi único defecto es que te quiero con locura… Es mejor que esperemos.

—¿Hasta que se muera a la edad de su hermana?

—Hasta que Dios decida lo que quiera.

Se apoderó de él una decisión frenética y se levantó a oscuras, totalmente desesperado. Pero en seguida volvió a sentarse. Se abrasaba, aunque hacía frío.

—¿Qué pasará después del crimen? —preguntó.

Fausta no dijo nada; Sábir sintió la oscuridad como si fuera una densa humareda.

—No pierdas el tiempo inútilmente. ¿Qué pasará después del crimen?

Oyó un murmullo confuso, como si Fausta quisiera hablar y se lo impidiera algún sofoco. Su voz llegó por fin como salida de la piedra:

—Esperaremos un poco… por seguridad. Podremos vernos a escondidas… Luego el dinero y yo seremos para ti.

—El coraje no nos deja otro camino ni tiempo para elegir —dijo Sábir apretando los puños en la oscuridad.

—Por desgracia.

—¿Preparo algo?

—Estudia el edificio que está pegado al hotel —le contestó Fausta tras una pausa mucho más breve de lo que a él le pareció.

Ah, lo tiene todo calculado. El crimen está ya dispuesto en su cabecita. Pero puede perdonársele todo, porque lo hace por su amor.

—Lo tienen alquilado sastres y vendedores. Están allí durante el horario de trabajo y por la noche se queda vacío. No resulta difícil entrar y salir.

—Ya veo de qué se trata.

—Las azoteas están pegadas.

—O sea, que es fácil pasar de uno a otro.

—Tú le esperarás en la vivienda de nuestra azotea.

—Me parece que sube entre ocho y nueve.

—Lo harás cuando yo vaya a visitar a mi madre; todos los meses voy por las mismas fechas.

—Me cuesta trabajo creer que apenas llevo un mes en el hotel —dijo Sábir sorprendido.

—Una vez lo hayas hecho, te será fácil irte por el otro edificio, que será por donde hayas llegado.

—Este tipo de crimen suele descubrirse —dijo Sábir inseguro.

—¿Sabes acaso cuántos quedan impunes? —repuso Fausta fríamente.

Es una déspota. Tanto o más que tu madre.

—¿Es eso todo?

—No. Tiene que haber un robo que justifique el crimen.

—¿Y qué robo?

—Eso déjamelo a mí. Y cuidado con las huellas, es lo primero que buscan esos perros.

—Parece que todo está previsto.

—A partir de ahora nuestras vidas están entrelazadas. Que te cojan a ti supone que me cojan a mí. Pero no encontraremos otro medio de librarnos del dolor y la locura.

—Locura. Locura —dijo Sábir meneando la cabeza confuso—. ¿De verdad crees que lo haremos?

—Estudia bien el edificio —repuso fría—. Tienes varios días por delante para hacerlo. Y cuidado con que te vean pasar de una azotea a otra. Si tú no eres valiente es que yo no comprendo nada en el mundo.

Sábir reflexionaba. Ella insistió:

—Repasémoslo desde el principio; punto por punto, para que nada se nos pase por alto…

10

Estaba tomando leche, huevos y fruta, y observaba atentamente a las personas que había en el salón, porque muy pronto iba a ser del todo diferente a ellas. Al llegar la noche adquiriría un carácter sanguinario poco común e ingresaría en el grupo de los criminales. Ahí estaba el señor Jalil Abulnaga recibiendo la fría mañana con sus manos incansablemente temblonas y sin pensar en la muerte. Tu vida se detendrá a las diez de la noche, tú no lo sabes pero yo sí, conque no te preocupes por asuntos precisos y a largo plazo, acepta el consejo de un hermano desesperado. En este momento quizá pueda equipararme a Dios, porque conozco una pequeña parte del futuro desde que acepté ser asesino. Sonó el timbre del teléfono y soltó una carcajada que oyeron los que estaban más cerca, alrededor de él. ¿Sería Sáyid Sáyid Arrahimi, que se presentaba en el instante decisivo para cambiar lo que ya parecía destino inevitable? Muhámmad Sawi levantó el auricular.

—No, no señor —dijo luego.

No. No. Yo también diré no, no, señor Arrahimi, usted rechaza a su hijo y su hijo le rechaza a usted. No le necesita, buscará la libertad, la dignidad y la seguridad en algún otro. ¿Bosteza usted, señor Jalil? ¿Es que ya le vence el sueño eterno? ¿Por qué se empeña en correr hacia un destino fatal? ¿Qué sentido tiene que disfrute usted de un capital que le costará la vida, que mi madre caiga sin razón, que mi padre calle sin piedad, que mis esperanzas dependan de acabar con una vida? Dígame qué sentido tiene todo eso. Había pasado una semana y él pensando solo en el crimen. Cuántos sueños al salir el tren de la estación de Alejandría. ¿No habrá cometido un crimen alguno de esos hombres? Palabras vanas

y sin fin sobre el dinero, sobre la guerra, sobre la suerte. Suposiciones sobre hipotéticos crímenes; ignorancia completa del crimen que se prepara allí mismo.

A eso de las diez Sábir se fue del salón, saludó al señor Jalil y salió a la calle diciéndose:

—Yo salí del hotel a las diez y no volví hasta la una de la mañana.

Echó una mirada a la puerta del edificio contiguo. Entraba y salía tanta gente que parecía un zoco.

«La azotea está disponible —se dijo—. No se ve desde ningún lugar próximo y a partir de las cinco de la tarde se queda sin luz».

Se le ocurrió hacer una visita a Ilham en el periódico, pero le faltaba la concentración necesaria para una visita. Y además le asquearía hablar con ella cuando estaba a punto de derramar sangre. ¿Y qué le diría, si iba a desaparecer de su camino para siempre? Cuando pasó por delante del periódico estaba verdaderamente triste. Se imaginó a Ilham en su sitio, su mirada, su acostumbrada pregunta por Arrahimi, sus delicados gestos, su propia incapacidad para estar a la altura del amor de ella. Mató el tiempo caminando sin rumbo. Comió en la mantequería La Libertad, en Clot Bey, y se tomó dos vasos.

—Qué tiempo tan malo —comentó el dependiente.

—Soy un criminal y de una dinastía de criminales —dijo cuando se iba.

Al salir la risa del hombre le dijo adiós. Súbitamente decidió encontrarse con Ilham en Votre coin, pero no estaba. Le dijeron que se había ido nada más comer. Volvió sobre su precipitada decisión y rechazó la idea de entrar en el periódico. Se quedó en el local hasta las cinco y luego regresó a la calle Surtidor. Permaneció parado en la penumbra de los soportales, frente al edificio contiguo al hotel, examinándolo. Oyó la voz del mendigo que cantaba las alabanzas del Profeta no lejos de donde estaba y se sobresaltó. Aprovechando que el portero estaba entretenido haciendo tratos con un vendedor de lechugas, cruzó la calle y entró en el edificio. Se abrió camino en el vestíbulo abarrotado y subió las escaleras, abarrotadas también y llenas de ruido. Pasó por delante de puertas abiertas a pisos sobrecargados de empleados y clientes. Muchos ojos le miraron, pero sin verle. Por su parte, se fijaba subrepticiamente en las caras,

por si andaba por allí algún huésped del hotel que le conociera. Y al fin llegó a salvo a la azotea. En el espacio abierto la oscuridad no era tan densa. La azotea estaba cubierta de desechos y despejada de seres humanos. Se tranquilizó hasta cierto punto y a continuación examinó lo que había alrededor: ningún edificio daba directamente a la azotea. Después se fijó en la azotea del hotel y vio con sorpresa a Fausta, que recogía la ropa. Le esperaba, no cabía duda. Tal vez le había visto cruzar la calle hasta el portal del edificio. Las manos de Fausta estaban concentradas en quitar las pinzas, pero su atención estaba fija en el rabillo del ojo, que inquiría. Por fin le vio a la entrada de la azotea y le hizo señas de que se acercara. Sábir se aproximó al muro fijando la atención en mostrarse resuelto y decidido y en hacer a un lado sus temores e inquietudes. Fausta se quedó dándole la espalda, como si no supiera que estaba allí.

—¿Te ha visto alguien que te conozca? —le preguntó.

—No.

—Alí Saricos está abajo. Me quedaré al principio de la escalera hasta que saltes el muro.

Echó a andar llevándose la ropa y desapareció al otro lado de la pared de la vivienda, que dividía en dos la azotea. Sábir miró en torno cauteloso. A continuación saltó el muro y pasó a la azotea del hotel. Avanzó como lo había hecho Fausta y se detuvo a la puerta de la vivienda. La cabeza de ella asomó por la puerta de la azotea.

—La puerta está abierta. Empújala y entra —susurró.

Sábir presionó la puerta con la mano y la puerta se abrió. Fausta se reunió con él, cerró la puerta y encendió la luz. Vio que estaba pálida y que le brillaban los ojos; de su atrayente vitalidad no quedaba rastro. Sin preámbulos se abrazaron, pero nerviosos, alterados, sin alma ni sensualidad. Se desenlazaron en seguida y se miraron consternados.

—Quisiera saber cuál es el error que nos delatará —dijo Sábir.

—Cálmate —repuso seca—. Todo va bien y las cosas saldrán como tenemos planeado.

Le enseñó la vivienda. Era chica y constaba de un pasillo que daba a un cuarto grande (lo usaban de alcoba) y a otro más chico para huéspedes y sala de estar. Aparte de esto solo había el servicio. Sábir echó una mirada al moblaje de la alcoba y tuvo la impresión de que la cama, el ropero y el sofá turco eran ojos que le miraban

con frialdad y desinterés. Casi llegó a manifestar su sensación, pero en el último momento le dio vergüenza y se contentó con decir:

—¡Qué triste!

—Puede ser —respondió Fausta, que empezaba a reponerse de la impresión del encuentro y de la actividad furtiva—, pero lo que importa es que estarás esperando aquí, en la alcoba, y que tendrás que esconderte debajo de la cama en cuanto oigas abrirse la puerta de fuera.

—¿Es de madera el suelo?

—Sí. Y tiene alcatifa, una alcatifa que lo cubre por completo.

—Como es natural, cerrará la puerta de fuera.

—Desde luego. Sawi suele acompañarle, sobre todo cuando no estoy yo, pero Jalil cierra personalmente la puerta. Casi siempre deja la llave en la cerradura o la pone en la mesilla. Podrás abrir e irte.

—¿No me encontraré con nadie en la azotea?

—No. Una vez está aquí él, Alí Saricos baja a dormir en la tercera planta.

—Se preguntarán cómo entró el…

—Las ventanas estarán cerradas. Así que, o se olvidó de cerrar la puerta al irse Sawi, o abrió a alguien.

—No creo que abriera a nadie sin preguntar antes.

—Conocería la voz.

—Entonces las sospechas recaerán sobre los conocidos que tiene en el hotel.

—Eso es bueno —dijo Fausta con frialdad—, porque no creo que caiga un inocente, y lo importante es que te salves tú —y señalando la maleta agregó—: El robo ya está hecho: algunas joyas y un poco de dinero; he forzado la puerta del ropero con un cuchillo y he desordenado la ropa. ¿Has traído los guantes?

—Sí.

—Muy bien. Ahí tienes la barra de hierro —estaba encima de la mesilla—. La he traído de Ataquisi —precisó—. Es la pata de una vieja silla de maternidad. No la toques sin guantes. Y cuidado con que se te caiga algo mientras estás debajo de la cama.

Le brillaban de tal modo los ojos que a Sábir le pareció que la cara se le había marchitado.

—Tengo que irme —dijo Fausta.

Se abrazaron como la primera vez.

—Quédate un poco más —pidió Sábir después.

—Ya es hora de irme.

—¿No te olvidas de decir nada?

—Obra con calma y actúa pensando en el paso que viene después. Y v…

—¿Y qué?

Le clavó una mirada extraña.

—Nada —susurró—. Métete debajo de la cama.

Se abrazaron por tercera vez. Sábir pareció aferrarse a ella. A continuación Fausta echó a andar llamando a voces a Alí Saricos, en tanto que Sábir se apresuraba a meterse debajo de la cama. Fausta regresó seguida por el criado, a quien mandó que cerrara las ventanas abiertas y que comprobara que estaban bien las ya cerradas. Fausta esperó a que el hombre efectuara la tarea y apagara la luz. Después salieron juntos. Sábir salió de debajo de la cama y se puso de pie con cautela en medio de la completa oscuridad. La oscuridad es una especie de asfixia, es abandono, es nada. Se puso meticulosamente los guantes y luego fue palpando con la mano hasta dar con la mesilla. Cogió la barra y la apretó con fuerza. Volvió a donde estaba antes y se sentó en el borde de la cama. El mundo se esfumó. Solo quedaron el tacto del colchón y el olor del silencio, que provocaba horror. Era imprescindible que el golpe diera exactamente donde debía. Conseguirlo de un golpe era mejor que agobiarse e insistir. La espera inútil, la búsqueda fallida. El amor de Ilham era una nube diáfana, pero más laborioso que matar. Se oían las alabanzas del Profeta que cantaba el mendigo; aún no se había recogido en su cubil. Petición sin respuesta, como el anuncio. La riqueza incautada de su madre. ¿Cuándo había abrazado a Fausta con verdadero calor y confianza? Los nervios derritiéndose en la oscuridad hacen sufrir, pero tú tienes una voluntad de hierro y un corazón que va directo como una centella a sus deseos infernales.

Oyó la voz de Alí Saricos, que cantaba en la azotea.

Hay días de miel
Y los hay de hiel

Luego, nada; solo la oscuridad y el ruido del silencio.

Por último oyó la llave girando en la cerradura. Se echó al suelo y reptó hasta quedar debajo de la cama. Oyó ruido de pasos aproximándose; en seguida se abrió la puerta de la alcoba y se encendió la luz. Se encogió inquieto y se removió. En el suelo vio seis pies. Se oyó la voz del señor Jalil.

—Ahora vete, Alí; y no te olvides de traer al fontanero.

Desaparecieron dos pies. El señor Jalil se sentó en el borde de la cama y sus pies quedaron a un codo de los ojos de Sábir.

—Te veré mañana, pero no toleraré más regateo.

—Está bien.

—Ese hombre es un sinvergüenza. Cuatro veces ha visto la muerte y aún no ha aprendido.

—Dios te dé muchos años.

Reinó el silencio.

—¿Cómo estás de salud? —preguntó Muhámmad Sawi.

—Pues mal —se quejó el otro—. Me duele la espalda y tengo jaqueca.

¿Cuánto tiempo se quedaría allí con él? ¿Iría a pasar la noche con Jalil? Le recorrió el cuerpo un escalofrío de angustia. El señor Jalil se puso a rezar sentado. Por un momento se oyó clara su voz:

—Fija tengo la mirada en Tu alquibla. Impetro Tu perdón y Tu misericordia. Oh Clemente entre los clementes, hazme entrar en Tu paraíso.

Y siguió la oración hasta el último paso.

—Ayúdame a quitarme la capa y a descalzarme, Muhámmad —pidió acto seguido—. Tráeme el frasco del somnífero de la gaveta —añadió al momento.

¿Qué gaveta sería esa? Si estaba en el ropero se descubriría el falso robo. Esperó como si aguardara la explosión de una bomba de relojería oyendo el tic tac. Hasta que notó que Jalil tomaba un sorbo de agua. Acto seguido sintió que se echaba sobre la cama.

—No podré levantarme a cerrar la puerta cuando te vayas —le oyó decir—. Ciérrala tú desde fuera y mañana la abres a su hora. Adiós.

Sawi se despidió y apagó la luz. Luego encendió el velador y se fue. Cuando por la mañana abriera la puerta encontraría muerto a su señor. ¿Cómo había entrado el asesino? ¿Cómo había salido después de cometer el crimen? ¡Ah, desconcertante! Lo que

importaba era hacerlo, no conjeturar lo que pensarían los responsables de la investigación. Los latidos del corazón te impiden pensar. Todo muy bien estudiado de antemano, pero siempre hay imprevistos. ¿Se dormirá antes de que te estallen los nervios?

La respiración de Jalil se acompasó. Como la de tu madre su última noche. El sudario es como leña seca. El llanto del cielo a través del cristal del balcón en Profeta Daniel. Frunció el ceño decidido a expulsar las ideas penosas y reptó, reptó hasta sacar todo el cuerpo de debajo del lecho. Se irguió con suma cautela, empuñando la barra de hierro. Vio el bulto del hombre, tapado de pies a cabeza con la ropa de la cama; distinguió la forma de la cabeza, que destacaba en la almohada, bajo el embozo. Le alivió mucho que estuviera cubierto y se propagaron por todo él ánimos nuevos. Dio un paso hacia la cama y alzó la barra estirando todo el brazo, pero entonces el otro se quitó el embozo de la cara y se volvió hacia donde él estaba. Sábir se estremeció y todo su cuerpo, con el brazo en alto, quedó paralizado. El hombre abrió los ojos, que se encontraron con los ojos de Sábir. Pero no dio muestras de haberle visto ni de sobresalto. Sábir se recuperó frenético de la impresión y descargo la barra con toda su fuerza en la cabeza, exactamente encima del gorro. Retrocedió sin saber si repetir el golpe. El hombre dejó escapar un sonido cuya naturaleza resultaba difícil determinar. Sábir trató de definirlo en vano. ¿Era un lamento? ¿Un grito? ¿La respiración? ¿Un estertor? Bajo la ropa el cuerpo se agitó ligeramente, por lo que Sábir pudo ver, y después quedó inmóvil. Sábir apartó a toda prisa los ojos de él y los fijó en la ventana. Ni por un momento se le ocurrió que Jalil estaba muerto de verdad. Se acercó a la ventana y la abrió. Pasó por ella, sujetándose con los brazos, y después la ajustó y tragó saliva por primera vez, aunque estaba seca. ¿Estaría la barra manchada de sangre? La azotea de al lado estaba vacía, como esperaba. ¿Qué hora sería? Saltó el muro. ¿Por qué no había lavado la barra en el baño? ¿Se deshacía de ella allí mismo? Qué locura. ¿La tiraba en la trasera del edificio? Una locura también, y además una tontería, porque de los bajos de la escalera llegaban voces humanas. Se asomó por encima de la barandilla y comprobó que la tercera planta estaba sumida en la oscuridad, pero que de un piso de la segunda salía luz y se reflejaba en la barandilla y en la pared que había

detrás. Frotó la barra con el guante izquierdo y después la sostuvo en esa mano. Bajó las escaleras. Pasó por delante del piso abierto sin hacer caso a nada. Dos o tres hombres salieron entonces del piso y empezaron a bajar detrás de él. Aminoró el paso para que le alcanzaran y le pasaran y bajó detrás de ellos hasta el vestíbulo. Salió del edificio aparentando que iban juntos. Vio que el portero estaba en un cuchitril que había detrás de la puerta. Una vez en la calle respiró aliviado. ¿Le habría reconocido alguien? ¿Se habrían dado cuenta de que llevaba la barra en la mano? ¿Tendría manchas de sangre en el traje? Vio un taxi parado junto a la acera de enfrente, pero le dio miedo que pudieran verle desde el hotel si cruzaba tan desprotegido. Avanzó calle adelante y, una vez lejos, cruzó al otro lado y por los soportales volvió hasta el taxi. Llegó en el momento en que el mendigo se levantaba y echaba a andar en dirección a donde él estaba tanteando el camino con la garrota. Sábir tuvo que pararse a dos metros del taxi para dejar paso al mendigo, a quien por primera vez vio con claridad a la luz de un farol. El asco que le provocó fue tal que llegó a la náusea. Una cara escuálida, el color perdido y las facciones sumidas en una barba cubierta de suciedad; huesos prominentes, mejillas hundidas, nariz mútila; en la cabeza un gorro negro calado hasta las cejas y debajo dos ojos inyectados en sangre que lagrimeaban fijos en el suelo. ¿De dónde sacaba la hermosa voz con que cantaba las alabanzas? Mientras pasaba por su lado contuvo el aliento para no sentir el olor, y la expresión de repugnancia y espanto le mantuvo contraída la cara hasta que el mendigo se perdió de vista. Entonces corrió al taxi y dijo al taxista que le llevara a la parte del Nilo donde hay un embarcadero. ¿Habría quien sintiera piedad por aquel mendigo? ¿Le habría visto alguien al salir del edificio? ¿Habrían reparado en los guantes y la barra? ¿Podría ser aquel taxista testigo de cargo en el futuro? El taxi no quería arrancar. El taxista le incomodaba con sus comentarios incomprensibles.

—¿No le parece?

—¿Cómo?

—Que para no volverme loco me digo que la paciencia es una virtud.

Mejor que el silencio solo la locura. La orilla del Nilo duerme envuelta en la oscuridad. ¿Quién verá la barra o los guantes o la

sangre? Remar en esta época del año es raro, aunque de lo más normal si se compara con otras actividades. Ahora te librarás de la barra y de los guantes y te lavarás las manos. Lávatelas bien en las pesadas olas que se forman en la noche. Solo de pensar en el descanso se impuso la fatiga en forma de invencibles ganas de dormir. Dejó que la corriente arrastrara la barca. En tierra no hay nada que importe y en cerrar los ojos y abandonarse a la corriente hay un placer extraño. En borrar el pensamiento y la memoria. Solo el momento en que los ojos se encontraron a la luz del velador es inolvidable. El ruido que le salía de dentro. ¿Lo que le sale al mendigo de los ojos es sangre o son lágrimas? Ahora ni que le acechen importa. Pero ¿dónde te ha llevado la corriente?

Y de repente el cielo se cerró sobre la tierra. Sobresaltado Sábir dio un salto y la barca osciló. Un momento después comprendió que la sirena de un vapor había fracturado el aire. El oleaje aumentó de frecuencia y de fuerza y la barca se bamboleó. Sábir cogió los remos y remó con vigor, de vuelta al embarcadero. Al no ver ni una estrella en el cielo recordó que era invierno y en el acto le recorrió el cuerpo un estremecimiento de frío. Atravesó la isla a toda prisa y con movimientos enérgicos para defenderse de la baja temperatura. Así llegó al puente del Nilo. Había un cochazo parado junto al semáforo y dentro un hombre que le llamó la atención desde el primer momento. Era mayor, pero impresionante, y la cara… ¡Cómo era posible que…! La luz cambió y el coche se puso en marcha en tanto que Sábir gritaba a voz en cuello:

—¡Sáyid Arrahimi!

Echó a correr detrás del automóvil todo lo veloz que podía, pero la distancia que los separaba fue aumentando inexorablemente y de pronto el coche ya no estaba allí. Ni se había fijado en la matrícula. Dejó de correr. Jadeaba. ¡Era Arrahimi! ¡El que aparecía en la foto tomada treinta años antes! Si hubiera dado unos pasos más y más vivo habría podido saltar a la trasera del auto. Pero no se había fijado en la matrícula ni en la marca. Lamentarlo era ocioso y dada su situación, cómico además. ¿Cómo fiarse de sus ojos si cuando iba por el Nilo no había sentido el frío? ¿Y qué significaba Arrahimi para él después de lo que había pasado? La única esperanza que le quedaba era Fausta. Ella también estaría despierta y cavilando. A pesar de la distancia una misma verdad los unía. Sin embargo,

cómo anhelaba ver a Ilham para confesárselo todo. El reloj de la plaza le hizo saber que ya era medianoche y, aunque la idea le asqueaba, decidió regresar al hotel, porque esa era su hora. Al pasar por delante del edificio se estremeció. Recordó el aspecto repugnante del mendigo y se preguntó cómo sería el cubil donde se recogía. El señor Muhámmad Sawi estaba en el sitio del señor Jalil, aunque ya era su hora de acostarse. Sábir se acordó de que no había comido ni bebido y de que le vendría bien tomar un poco de coñac, pero rechazó la idea de volver a salir por si al día siguiente no podía dar al hecho una explicación satisfactoria.

—Se te ve cansado —le dijo el viejo.

—Es que en la calle hace frío —respondió cauto.

—Ha vuelto a llamarte —lo dijo risueño.

—¿Quién?

—Ya sabes.

¡Ilham! Otra fantasía descabellada, como Arrahimi.

—Al final esta ciudad solo da cansancio.

—La vida es cansada de por sí. ¿Ha habido algo?

Sábir comprendió que se refería al asunto de Arrahimi.

—Mañana saldré a buscarle en el cementerio de Alcarafa —contestó mientras echaba a andar y le decía adiós con la mano.

11

Se levantó a las seis de la mañana. ¿Habría pegado ojo en algún momento? Él solo se recordaba desvelado.

Pero no, porque había soñado.

Había soñado, sí, aunque lo único que recordaba del sueño era el momento en que Fausta y él disputaban en presencia del señor Jalil, totalmente ajeno a lo que ocurría. Pero era prueba suficiente para demostrar que había dormido, por poco que fuera. Hace frío de verdad, pero sé hombre hasta el final, porque si no esa pretensión tuya de ser un criminal y de una dinastía de criminales no tiene sentido. Encendió la luz y le sobresaltó ver que tenía puesto el guante de la mano derecha. Lo miró con los ojos dilatados por el estupor y el horror. ¡Conque había tirado la barra y el guante izquierdo y se había olvidado de este! ¡Había vuelto al embarcadero con él puesto! ¡Había atravesado la isla, había corrido detrás del cochazo, había cruzado la calle y lo había exhibido ante Sawi mientras hablaba con él! Lo miró fijo, más aterrorizado cada vez. Una mancha de sangre destacaba en medio del guante color café, en el lado de la palma. ¿De dónde había salido? Tienes que revisarlo todo, tienes que examinar el colchón, la manta, las sábanas, el suelo del cuarto, los zapatos, los calcetines, el traje, la camisa, el pañuelo… todo, meticulosamente. Pero no se tranquilizaba. Le rondaban la cabeza toda clase de suposiciones. ¡Y eso que sus ojos no veían nada en comparación con los de esos demonios de policías, que lo registran todo! Decidió deshacerse de él. Se metió al baño con la toalla y el jabón y unas tijeras pequeñas en el bolsillo del pijama. Troceó el guante y fue tirando los pedazos con rabia. Luego dejó correr el agua de la cisterna. Mientras hacía estas cosas se le

cayó una vez al suelo; lo recogió y continuó la tarea. Una vez acabó se lavó la cara y salió del baño. En el pasillo coincidió con Alí Saricos, que le saludó así:

—Buenos días, Si Sábir. Qué temprano se ha despertado hoy.

¡Maldita sea! ¿Por qué has tenido que encontrarte conmigo? El huésped de la habitación número 13 se despertó pronto en contra de su costumbre. Esto es lo único fuera de lo común, señor inspector. ¡Maldita sea! Mala señal, no cabe duda. ¿Había limpiado el sitio donde cayó el guante? ¡Ese desgraciado ha entrado al baño! Y cuando entré al baño después de encontrarme con él en el pasillo vi una mancha que parecía de sangre al lado del inodoro. Sábir no se metió en su cuarto ni despegó los ojos de la puerta del baño. Esta se abrió y apareció Alí Saricos.

—¿Necesita algo, Si Sábir? —le preguntó al verle en aquella actitud.

Sin decir nada Sábir se metió al baño y examinó bien el sitio donde había caído el guante.

—Se me había olvidado el jabón —le dijo a Alí Saricos cuando salió, a modo de justificación.

—¡Pero si antes lo llevaba en la mano izquierda! —repuso, sonriendo.

—Eso es lo que pasa por despertarse temprano y sin haber dormido suficiente. Un bocazas me despertó al poco de la oración del alba y ya no pude dormirme.

Una vez dentro del cuarto se echó a reír: mal principio, pero tampoco hay que exagerar el miedo. A medida que se la iba poniendo examinaba otra vez la ropa. Miró al techo, porque le pareció haber visto la imagen del señor Jalil colgando sobre la cama. A pesar del estremecimiento que le contrajo el cuerpo se dijo que crímenes los hay incontables y a diario, y que solo pensar en volver a Alejandría era una locura. Cuando terminó de ponerse el traje miró alrededor por si se le olvidaba algo. A pesar de que lo había examinado dos veces no quedaba tranquilo con el traje: los demonios descubrirían en el tejido algo para él impensable. Se le ocurrió ponerse otro y llevarlo al tinte para que le hicieran una limpieza en seco, pero ¿en qué lo envolvía? ¿Y no llamaría la atención, pues las pesquisas se iniciarían aquella misma tarde? Se sintió irritado y desanimado, sobre todo porque tenía previsto irse

del hotel antes de que se descubriera el crimen. Le pareció que eso era más importante que el traje. Echó una mirada más al cuarto diciéndole:

—No me traiciones.

Y luego se fue. Vio que el señor Muhámmad Sawi estaba rezando la oración de la aurora y se sentó en el salón, donde ya había algunos huéspedes. Pidió un desayuno ligero y, mientras lo tomaba, llegó corriendo Alí Saricos.

—Se le había olvidado esto, Si Sábir.

¡La cartera! Tenía que habérsele caído mientras revisaba la chaqueta. Comprobó el contenido y dijo:

—Muchas gracias, amigo Alí —y le dio diez piastras de propina.

—La encontré al lado de la pata de la cama —explicó el hombre yéndose ya.

Los errores flagrantes eran muchos. ¿Cuántos serán los que no has visto? La fuerza ciega que te ha desnudado tantas veces acabará por entregarte desnudo como tu madre te parió. Tu madre es el verdadero asesino del señor Jalil Abulnaga. ¡De qué manera tan parecida respiraban los dos en su última noche! El ruido que hizo al darle el golpe mortal apenas se notó, sin embargo. Advirtió que uno de los presentes le observaba disimulando una sonrisa y entonces se dio cuenta de que el movimiento de sus labios había acompañado al de sus pensamientos, cosa que le humilló, y harto de aquel lugar se fue. Una vez en la calle llegó hasta él la consabida melodía cotidiana:

Es bonita mi canción.

Y le hizo recordar con repugnancia el desagradable aspecto del mendigo.

«¡Quién sabe si será feliz cantando!», se dijo después evitando mirar hacia el lado donde aquel se ponía.

El señor Muhámmad Sawi subió a la azotea y abrió la puerta de la vivienda. Una vez dentro llamó a la puerta de la alcoba.

—¡Despierte, señor Jalil! ¡Despierte, señor Jalil!

Empujó suavemente la puerta y miró dentro.

—Señor Jalil… ¡Dios mío! ¡Favor, Dios mío! ¡Socorro! ¡Alí! ¡Alí! ¡Ay, Señor! ¡Han matado a Jalil! ¡Socorro! ¡Policía!

Hace mucho tiempo mi madre desapareció y mi padre no

consiguió dar con ella. Luego desapareció mi padre y yo tampoco conseguí encontrarle. Esta tercera desaparición también me toca a mí. Una vez que el olvido haya expulsado la tristeza me encontraré con Fausta en los brazos y además con todas esas cosas que hacen que la vida sea feliz y despreocupada.

Caminó sin rumbo, guiado por calles e intersecciones. Cuando se cansaba de andar se instalaba en un café a descansar los pies. Ni veía ni oía nada. Una vez alzó la vista hacia el horizonte por encima del edificio del Supremo y vio un dosel de nubes blancas y diáfanas que iban cubriéndose por dos frentes de nubes oscuras. Solo entonces despertó.

—Esas vienen de Alejandría.

Y en el corazón se le removió el anhelo y en seguida volvió a ser unos ojos que no veían y unos oídos que no oían. Todo el tiempo sentía una caliente necesidad de ver a Ilham. Por eso, pasado ya el mediodía, se presentó en Votre coin mirándolo todo con extrañeza. Y al ver llegar a la chica se desbordó en él un súbito deseo de confesar. Cuando le vio le brillaron los ojos y, mientras se daban la mano, le echó una azul mirada de reproche.

—No sé por qué te doy la mano después de haber dejado de verme así —le examinó con interés y añadió—: ¡Y tampoco hablas!

—He estado ocupadísimo y aún me siento agotado.

—¿Y no hay teléfono?

—Tampoco el teléfono podía ser. Pero dejemos ese tema para cuando tenga satisfechas las ganas de verte.

Optaron por callar mientras comían, aunque Sábir no dejó de mirarla en todo el rato. Mentalmente repetía:

Es bonita mi canción
Para el del rostro bonito.

Y se decía que era curioso que se hubiera decidido a verla, porque el único sentido que tenía aquel encuentro era proporcionarle un refugio provisional contra la tempestad. Ilham sonreía, aunque la mano que estrechaba estaba sucia de sangre. La resistencia a despedirse costaría lágrimas.

—Se ve que estás agotado.

—Ayer le vi —anunció con desgana.

A Ilham le brillaron los ojos de atención al darse cuenta de a

quién se refería.

—¿A tu hermano?

—A Sáyid Sáyid Arrahimi.

—Entonces has cumplido tu misión.

Y como con desgana le contó lo que había pasado.

—Hay grandes posibilidades de que sea él —afirmó Ilham.

—También las hay de que sea otro.

—¿Cuándo crees que acabará esto? —preguntó ilusionada.

—No creo que termine.

—¿Tan cansado estás?

—He pasado los últimos días haciendo multitud de visitas y gestiones complicadas.

—¿Con gente relacionada con tu padre?

—Sí.

Bebieron el zumo e Ilham se preparó para una canción nueva, que preludió con una sonrisa tímida.

—¿Y no has tenido tiempo para pensar en mí?

—He pensado en ti todo el tiempo.

—¿Y a dónde te ha llevado el pensar?

¿Cuándo le confesarás todo y quedarás libre de mentiras?

—No digas nada. La última vez hablamos de un trabajo en El Cairo.

Ah, si sigues pensando y pensando en confesar no tardarás mucho en romperte.

—Ya. No lo he olvidado un solo momento.

—¿A pesar de tus preocupaciones?

—A pesar de todas mis preocupaciones.

—Yo he estudiado el tema por todos lados también.

Ella era el último reducto.

—Ilham —dijo—. Yo te quiero. Te quiero con toda el alma. Pero te he mentido.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —le miraba fijo, aturdida.

—Te he mentido impulsado por mi amor.

—No te comprendo.

—Te he dicho que estoy buscando a mi hermano, pero la verdad es que a quien busco es a mi padre.

—¿A tu padre?

—Sí, es a mi padre a quien busco.

—¿Y cómo le perdiste? ¿Es un caso como el mío?

—No. Toda mi vida he creído que había muerto, hasta que mi madre, en el último instante de la suya, me confesó que vive y me encomendó buscarle.

—La cosa no es demasiado grave, vaya —no había dejado de mirarle fijo a la cara ni un momento.

—¿Aunque estoy en la ruina? Ya solo me quedan unas pocas guineas. Mi madre era muy rica y yo he vivido como un príncipe, pero al final perdió todos sus bienes y lo único que me dejó fue su certificado de matrimonio y una foto de mi padre para que, cuando le encontrara, pudiera probar mi identidad.

La tristeza nubló los limpios ojos de Ilham. ¿Cómo se pondría si le confesaba lo que había sido su madre y la vida que había llevado?

—Por la expresión veo que estás molesta.

—No, es solo la sorpresa.

—No te merezco y nunca me perdonaré haberte engañado.

—Yo comprendo bien por qué me has mentido —musitó Ilham.

—Lo peor es que así te he obligado a querer a alguien que no te merece.

—¿Y tu amor? ¿Es también mentira?

—De ninguna manera. En absoluto. Te quiero con toda el alma.

—El amor es entonces lo que te ha impulsado a decirme la verdad. —Ilham suspiró.

—Sí. Así es.

—Entonces resulta fácil disculparte.

—Pero al mismo tiempo me exige apartarme de ti.

—Pero ¿por qué, por Dios? —Ilham tragó saliva.

—Porque estoy arruinado, no tengo familia y no valgo para nada.

—Que no tengas dinero no importa, porque pasará. Y la familia, ¿qué más da, si no la necesitas? Lo otro no es verdad: vales para muchas cosas.

—Lo dudo. No tengo ni diplomas ni saber ni experiencia ni trabajo. Por eso es mi única esperanza encontrar a mi padre.

—¿Solucionará tu padre todo eso?

—Mi madre me dijo que es un gran señor y que ocupa una posición importante.

—Pero el anuncio —repuso Ilham tras vacilar unos momentos—, y el nombre y la guía telefónica… están muy claros.

—Lo están, sí. Ahora no creo que sea una personalidad, porque las personalidades son conocidas. Y en El Cairo no hay ningún gran señor de sus características… Aunque eso no se opone a que sea un gran señor de esta provincia o de la otra…

—Oye… ¿no le viste ayer?

—Eso me pareció, pero ya no estoy seguro de nada.

—¿Hasta cuándo esperarás?

—No me conviene perder el tiempo en buscar ni en esperar más.

—¿Entonces?

—No sé. Se me han agotado los medios y solo me queda volver a mi ciudad y buscar trabajo o suicidarme.

—¡Y dices que me quieres! —exclamó Ilham mordiéndose los labios.

—Sí. Con toda mi alma.

—¿Y piensas en irte o en suicidarte?

—Esta falta de horizontes me asfixia.

—Pero ¡tú me quieres…! Y yo también te quiero.

—Si no valgo para nada, ¿cómo voy a valer para ti? —preguntó Sábir con la expresión contraída por el malestar y la tristeza.

—Paciencia. Yo no quiero dejarte.

—Pero ¿por qué? Yo soñaba que encontraría a mi padre y por eso, irreflexivamente, te metí en mi sueño.

—¡Hace falta un trabajo! ¡Un trabajo solucionará el problema!

—Te digo que no valgo para nada.

—Déjame que piense, ya verás como las cosas salen a nuestro gusto.

¿Y el crimen? Las cosas ya no pueden salir a tu gusto, es demasiado tarde. ¿Por qué la confesión no ha acabado con todo? Es como para pasarse riendo lo que quede de vida; y aún es poco.

—Las cosas no saldrán a nuestro gusto.

—Dame de plazo un día o dos —dijo Ilham decidida—. Y no tomes ninguna decisión antes de volver a verme. Yo sé lo que quiero.

Dile lo que fue tu madre. Dile lo que hiciste ayer. Dile que estás casado con otra por un pacto de sangre. Dile que quieres gritar hasta que se hundan los soportes de la tierra.

12

Ya estaban allí los guardias, ya estaba allí el tumulto, exactamente como había imaginado durante todo el día. Conque el hombre estaba muerto y bien muerto, el crimen era ya del dominio público y la investigación estaba en marcha. No hay más salida que seguir adelante, que contener el temblor, que controlarte hasta la muerte, que olvidar la mirada ausente que te echó el hombre; olvidarla para siempre, no recordar el ruido que hizo. Volver al hotel es tan difícil y tan terrible como confesar. Has repasado el plan como si no lo hubieras ejecutado aún. Deberías haberte ido del hotel una semana antes del crimen. Cuando ni el propio diablo se acordaba de ti tú tuviste que buscarte problemas enredándote con esa sirena. Aunque pareciera imposible, ni durante aquel ataque de pánico dejaba de oírse la voz del mendigo de las alabanzas del Profeta. Se abrió camino entre los curiosos hasta que le cerró el paso un policía.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la sorpresa pertinente—. Yo me alojo en este hotel.

El señor Muhámmad Sawi apareció en la puerta con la cara lívida, lamentable imagen del horror. Le hizo una seña y dijo con voz apenas audible:

—Déjele entrar.

—¿Qué ocurre, señor Muhámmad? —le preguntó Sábir con el tono adecuado de preocupación.

—Han matado a Jalil —contestó el otro contrayendo la cara como si fuese a llorar.

—¡Que le han matado!

—¡Apareció muerto en la cama, malditos sean los asesinos!

Sábir vio que en el vestíbulo había guardias y policías. El inspector estaba en el sitio del señor Jalil y a su derecha —en la silla que normalmente ocupaba Fausta— había otro hombre. El que ocupaba la silla del señor Jalil estaba enfrascado con unas hojas que tenía delante. Al otro lado de la mesa se sentaba un huésped del hotel. El que ocupaba el sitio del señor Jalil le recordó la imagen ideal de su padre y un repentino interés estuvo a punto de sustraerle al vórtice de la inquietud; pero en un examen más detallado se impuso que por la relativa juventud y otros detalles el inspector no era el de la foto y que la suposición resultaba ridícula. ¿Se quedaba allí o se iba a su cuarto? Tras una breve vacilación echó a andar, pero el que estaba sentado en el sitio de Fausta le obligó a pararse con un ademán de la mano.

—Espere en el salón, por favor.

Sábir se dirigió al rincón de la derecha, donde estaban varios huéspedes, y se instaló con ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Han encontrado muerto al señor Jalil.

—¿Y cómo ha sido?

—No se sabe. Ha venido la policía, nos ha interrogado a todos y ha hecho una inspección y un registro completos.

Se oyó un llanto sofocado que atrajo los ojos de Sábir hacia el rincón izquierdo: era Fausta. Estaba sentada entre una mujer vieja, setentona, y un hombre mayor aún. ¿Cómo no se había dado cuenta al entrar? ¿Qué podía hacer? Después de dudarlo fue hacia ella y dijo a media voz:

—Ánimo. Hay que vivir.

Fausta no pronunció palabra y siguió con la cara entre las manos. Sábir volvió a su sitio meneando la cabeza contrariado. ¿Habría sido un error aquella iniciativa? ¿Tenía algún parecido aquella vieja con la madre de la chica de Alanfuxi? ¿Qué maquinaban los encargados de la investigación? ¿Habrían preguntado por el huésped de la habitación número 13? ¿Habrían empezado las pesquisas sobre él? ¿Comprenderían a los criminales tan bien como él comprendía a las mujeres de la noche? Los aborrecía a todos con ansias de muerte.

—¿Y qué más? —preguntó mirando a sus compañeros.

—Nosotros llevamos así desde por la mañana.

—¿Han interrogado a los demás?

—Sí, y luego les han dejado irse. A nosotros no nos ha tocado aún. También han interrogado a la esposa, a su madre y a su tío.

—Pero ella no estaba aquí, creo… —inmediatamente lamentó la precipitación.

—¿Y qué? —repuso, sin embargo, uno—. Y lo más gordo es que en la 9 han encontrado un alijo de droga y han detenido al que estaba en ella. Y en la dos han dado con un ladrón profesional.

—Ah, a lo mejor es que…

—Y es normal. ¡Como ha habido un crimen!

—Han tenido que ser ladrones.

Una vez más lamentó la precipitación; tenía que evitar los errores. ¿Habrían encontrado alguna prueba o algún indicio en la alcoba del señor Jalil o en su cuarto? No parecía que nadie se fijara en él. Cómo le hubiera gustado tener aunque solo fuera unos minutos para estar con Fausta. Cuidado con mirarla. Seguro que tenía cosas que decirle. La situación no está como tú imaginas. La situación no está como tú imaginas, no. ¡Maldita sea! ¡Que se calle ese mendigo repugnante! Todos los meses por estas fechas voy a ver a mi madre. He robado dinero y joyas. Alí Saricos cerró las ventanas delante de mí y luego yo personalmente cerré la vivienda. No, no sé que tuviera enemigos. ¿Por qué me ha recordado ese hombre a mi padre?

—Y eso que somos inocentes —dijo uno entonces—. ¡Cómo estarán los culpables!

—¡Pues figúrate! ¡Con los quebraderos de cabeza que puede causarles el más mínimo error!

—Pero nunca han ahorcado a un inocente.

—Uuuuh.

Aunque algún culpable sí ha quedado a salvo. Tu madre y el hombre que huyó a Libia. Volver al hotel ha sido una locura, pero no podías hacer otra cosa. Como el destino, Fausta ha obstaculizado tu esfuerzo estéril. La necesidad que tenías de tu padre no ha desembocado en lo que imaginabas y el peligro la hace aún más urgente.

Fueron llamándolos y por último se encontró sentado frente al inspector. El aborrecimiento por él le venía de muy adentro y decidió vencerle.

—Sábir Sáyid Sáyid Arrahimi.

Presentó el documento de identidad y el hombre lo examinó meticulosamente.

—Hace aproximadamente un mes que usted se aloja en este hotel. Lo he comprobado en el registro.

No, no se parecía en nada al padre, aunque al primer golpe de vista se lo hubiera recordado.

—Me desperté como de costumbre, me vestí, bajé al salón, desayuné y me fui.

—No exactamente. Hoy se levantó antes de lo habitual.

—Yo no me despierto a hora fija. Me he levantado pronto varias veces.

—El criado ha dicho que, en contra de lo habitual, hoy se levantó usted pronto.

—Será que las otras veces no me vio.

—¿No oyó nada desacostumbrado anoche?

—No. Dormí de un tirón.

—¿No le llamó la atención nada al levantarse?

—No.

—¿Cuándo se encontró con el criado?

—Al salir del baño.

—¿Advirtió algo raro en él?

—No, estaba como siempre.

—¿No le dijo nada digno de mención?

—No.

—¿Se le olvidó a usted la cartera?

—Exactamente, así fue, y Alí Saricos me la trajo al salón.

—¿Qué efecto le hizo?

—Me alegré, claro.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿No le extrañó que fuera tan probo?

—Quizá. No sé exactamente. Creo que no le di importancia.

—Pues habría sido de lo más natural que se la diera.

—Puede que me extrañara un poco.

—¿Solo un poco?

—Lo corriente, digo.

—¿Le parece de fiar Alí Saricos?

—No he notado en él nada digno de desconfianza.

—¿Dónde ha pasado el tiempo desde que se fue hasta que ha vuelto?

—Yendo de acá para allá, al azar.

—Según se desprende del documento de identidad usted no tiene oficio. ¿Tampoco tiene amigos?

—Aquí no.

—¿A qué hora salió ayer del hotel?

—A eso de las diez de la mañana.

—¿Y cuándo volvió?

—A medianoche.

—¿No volvió usted durante el día, como hoy?

—No.

—¿Lo ha hecho otras veces?

¿Por qué contradecir precisamente ayer tu conducta habitual?

—Una vez o dos.

—Aquí nadie lo recuerda.

—Yo sí.

—¿Una vez o dos?

—Pongamos dos veces.

—¿Cómo suele pasar el día?

—Paseando. No soy de aquí y toda la ciudad me resulta nueva.

—¿Con qué se encontró al volver?

—Muhámmad Sawi estaba aquí mismo. Con Alí Saricos coincidí al lado de la puerta de mi cuarto.

—¿Qué le pareció?

—Me preguntó si necesitaba algo y después se fue.

—¿No coincidió con ningún huésped?

—No.

—¿Qué hizo ayer entre las diez de la mañana y medianoche?

—Estuve paseando hasta la hora de comer.

—¿Dónde comió?

—En la mantequería La Libertad de Clot Bey.

—Un lugar un tanto extraño para una persona de su categoría.

—Lo encontré nada más llegar y me he acostumbrado a él —contestó desbordando aversión por el hombre.

—¿Y después?

—Paseé por la orilla del Nilo.

—¿Con este tiempo?

—Soy de Alejandría.

—¿Qué más?

Votre coin. No, para no implicar a Ilham. La película del Metro la vi en Alejandría.

—Me metí en el cine Metro.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—¿Qué película?

—*En las nubes.*

—¿Y después de las nueve?

—Pues a pasear, como de costumbre. Tomé el autobús de El Cairo nuevo hasta final de trayecto solo por matar el tiempo.

¡Matar! ¿Por qué has elegido esa palabra estremecedora?

—¿Dónde cenó?

¡Eh, cuidado…!

—En el cine Metro me tomé unos emparedados y un pastel.

—¿No estuvo con nadie?

—No.

—¿No conoce a nadie en El Cairo?

—No. —Pero tras dudarlo agregó—: Al jefe de la sección de anuncios de *La Esfinge*, pero solo por cosas de trabajo; no se trata propiamente de un conocido.

¿Has hecho mal? ¿Puede ese dato implicar a Ilham?

—¿Por qué ha venido a El Cairo?

—Visita turística.

—No me parece que este hotel sea adecuado para un rentista que hace turismo.

—Desde el punto de vista económico sí lo es.

—Parece que no nada en la riqueza.

—En efecto.

—¿Es exclusivamente turística la finalidad de su visita a El Cairo?

La garganta se contrae. En este punto es inútil mentir. Cuando lo planeaste no se te ocurrió pensar en preguntas así.

—También por algo personal.

—¿Puede darme una idea de lo que es?

—Asuntos de familia.

—¿Qué propiedades tiene?

—Solo dinero.

—¿No tiene inmuebles ni tierras?

—Solo dinero.

—¿Sigue viviendo en la dirección que figura en el documento de identidad o ha cambiado?

Ah, pesquisas. Profeta Daniel. El Canario Noctámbulo. Basima Umrán. Vas a heredar unas cuantas sospechas.

—Sigo en la dirección que figura en el documento.

—¿Y en qué banco tiene usted el dinero?

—¿Banco?

—¿En qué banco tiene depositado el dinero?

—En ninguno.

—¿Dónde lo tiene depositado entonces?

—En… en el bolsillo.

—¿En el bolsillo? ¿No teme que le roben?

—Es tan poco lo que me queda —contestó desanimado y reprimiendo el rencor.

—Por su documento de identidad parece que sea usted propietario.

—Lo he sido. Antes de quedarme sin nada, quiero decir.

—¿Qué planes tiene para el futuro?

No lo dudes demasiado. Te desafiaré con la verdad.

O a pesar de la verdad.

—Estoy buscando a mi padre. Ese es mi futuro.

—¿Buscando a su padre?

—Sí. Nos separaron siendo yo muy niño. Pero son cosas de familia que no vale la pena mencionar. Al quedarme sin recursos no he visto más solución que buscarle.

—¿No tiene idea de dónde puede estar?

—No. Poner el anuncio en la prensa ha sido el medio extremo a que he recurrido para encontrarle.

—¿No será esa la razón verdadera de que haya venido usted a El Cairo?

—Será.

—¿Para cuánto tiempo le queda dinero?

—Para un mes, a lo sumo.

—¿Me permite verlo?

Le dio la cartera enrojeciendo, congestionándose y la recogió con gesto sombrío.

—¿Y cuando se le acabe el dinero?

—Buscaré trabajo.

—¿Qué cualificaciones tiene?

—Ninguna.

—¿A qué clase de actividad piensa dedicarse?

—Al comercio.

—¿Piensa que es fácil?

—En Alejandría tengo amigos; no me será difícil conseguir trabajo.

—¿Debe algo en el hotel?

—No. Pago semanalmente y por adelantado.

—¿Cómo encontró este hotel?

—Por casualidad, buscando un hotel barato.

—¿Conoció anteriormente a alguna de las personas relacionadas con él?

—No.

—Sin embargo aquí ha tenido que coincidir con muchas, ¿no?

—Con el señor Muhámmad Sawi, con Alí Saricos…

—Con el señor Jalil… Con el difunto Jalil Abulnaga quiero decir.

—Desde luego.

—¿Qué impresión ha dejado en usted?

—Que era un señor muy mayor y muy bueno.

—Pues a pesar de ello ha habido alguien que le ha matado sin compasión.

—Es muy de lamentar.

—¿Sabe dónde vivía?

¡Maldito sea! ¡Ser despreciable! Pero cuidado con mentir.

—Según creo, en una vivienda que hay en la azotea.

—¿No está seguro?

—No.

—¿Cómo se enteró?

—Me lo dijo Alí Saricos.

—¿No le preguntaría usted?

—A lo mejor.

—¿Y por qué se lo preguntó?

—Ahora no recuerdo con exactitud, pero normalmente charlamos cuando pasa a hacerme algún servicio.

—¿Le ha preguntado alguna otra cosa?

Al contestar el corazón le latió con violencia dolorosa.

—Tal vez, pero no recuerdo ninguna pregunta en concreto. Hablamos por hablar.

Notó que le empujaba hacia una red de la que sería difícil zafarse.

—¿Hasta cuándo se quedará en El Cairo? —insistió el inspector.

—Hasta que dé con mi padre, encuentre trabajo o me quede sin dinero.

El inspector encendió un cigarrillo en medio de un silencio doloroso. Reflexionó un rato y por último hizo una pregunta más:

—¿Tiene que declarar alguna cosa que pueda facilitar la investigación?

—No.

—Le necesitaremos. No se vaya sin prevenirnos.

—Desde luego, señor.

El plan no era perfecto, era un plan estúpido. Intentar la huida una locura. Te vigilará un ojo que nunca duerme. Tienes que recordar todas las preguntas y todas las respuestas para saber exactamente en qué situación estás.

13

Tu situación es difícil, como la muerte. No falta mucho para que te conviertas en el eje de la investigación y las pesquisas. No falta mucho para que te conviertas en el blanco de un ojo escrutador o más. Nunca sabrás lo que ocurre en torno a ti, como el señor Jalil antes de que le asestaras el golpe. Cuidado con hacer un solo movimiento sospechoso. El hotel está mejor que tú, porque ha recobrado la calma. El olor de la muerte echó a muchos huéspedes, pero han venido otros. El salón está frío como una tumba y los periódicos no traen hoy ninguna novedad. Porque ahora lees el periódico como los que te rodean. Aquí están otra vez las conversaciones sobre el algodón, la cotización de la moneda y la guerra. Fuera sopla el viento y parece aullar. Se oyen los cantos del mendigo, inquietantes, dolientes. ¡Qué resistencia la de los mendigos!

Llegó a sus oídos ruido de pasos en el vestíbulo y vio que el señor Muhámmad Sawi se había puesto de pie para recibir a Fausta. Se revolvió por dentro. La mujer y su madre se sentaron frente al hombre. ¿Estaba allí para hacerse cargo de la administración del hotel? ¿Se encontrarían sus ojos en ese mismo momento o un poco después? Su presencia te devuelve el ánimo fugitivo. ¿Cuándo dejaremos de ser blanco de la atención? Por algún medio conseguirá mandarte una carta y para entonces no estará lejos la salvación. En lo oscuro era más incitante. ¡Cómo necesitas un cálido consuelo! Entre el hombre y ella se desarrolla una conversación que debe tener algún sentido oculto.

—No sé aún cuándo dará permiso para entrar en la vivienda —oyó decir al señor Muhámmad Sawi.

Desearías saber dónde vive, pero seguirla es una locura. ¿Cómo se te pasó pedirle la dirección de su madre mientras preparabais el crimen perfecto? Debería ocurrírsele comunicarse contigo por teléfono, acordarse de tu urgente necesidad de dinero.

—Teléfono, Si Sábir.

¿Qué quiere ahora el teléfono? ¿Será Arrahimi un consumado bromista? Cogió el auricular con la mano izquierda y tendió la derecha hacia la mujer, en tanto que decía:

—Reitero mi pésame, señora.

Aceptó la mano con muestras de agradecimiento, pero sin alzar los ojos hacia él. Durante toda la comunicación estuvo de espaldas a Sawi y con los ojos puestos en ella.

—Soy Ilham.

¿Por qué no eres Arrahimi? ¿Por qué fue precisamente este hotel?

—Hola —contestó.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Ayer no viniste.

—Perdona, estaba algo cansado.

—Dejemos el ajuste de cuentas para luego. ¿Vendrás hoy?

—No. Cuando se me cure el resfriado.

—No te molestaré. Ya sabes dónde y cuándo. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

E Ilham colgó, pero Sábir mantuvo el auricular en el oído, como si el diálogo continuase. Se quedó mirando a Fausta hasta que le cazó los ojos.

—Tienes que comunicarte conmigo sea como sea —dijo entonces—. Por teléfono, si te parece. —Fausta miró hacia otro lado, pero a Sábir le pareció que había comprendido el juego.

—Quiero saber tantas cosas —añadió—. Sé que comprendes perfectamente mi situación. Tenemos que ponernos de acuerdo como sea. Y no te olvides de que el dinero se me agota a toda velocidad.

Fausta fijó en él una rápida mirada de advertencia.

—Comprendo perfectamente las dificultades —prosiguió Sábir—, pero alguna solución inteligente habrá.

Volvió a su sitio excitado, aunque algo más tranquilo. Fausta no

tardó en irse escoltada por su madre y a Sábir le asaltó una oscura sensación de que la mujer desaparecía para siempre. Se dijo que sin ella el crimen no tenía sentido y se quedó en el salón con la esperanza de que le llamara por teléfono. Pasó un tiempo estéril. La desaparición de Fausta había dejado tras de sí un infierno de horror. El salón se quedó vacío. Entonces vio que el señor Muhámmad Sawi le miraba y le hacía un saludo amistoso.

—¿Por qué te quedas solo? —le preguntó.

—Por el resfriado. He tomado una aspirina y pensaba salir si me sentía mejor.

Mientras hablaba se desplazó hasta la silla que había ocupado Fausta. ¿Dónde estaría el detective?

—¡Cuántas decepciones me ha dado ese teléfono! —dijo.

—Ah, lo desconocido es siempre misterioso.

—La verdad es que ha hecho frente a una experiencia muy dura —le dijo Sábir compadecido, mirándole fijo.

—Que Dios no te haga ver lo que yo vi. —El rostro del viejo se contrajo.

—El cuadro tenía que ser espantoso, desde luego. Yo no había visto un muerto en mi vida hasta que tuve que cerrarle los ojos al cadáver de mi madre diciéndole *La entrada*.

—Pero a pesar de todo hay diferencia entre uno que ha muerto de muerte natural y otro que ha muerto de muerte violenta.

—Claro. Las huellas del crimen y la violencia, la sangre…

—La violencia merece eterna maldición.

—Yo me pregunto qué causa puede justificar el crimen.

—Qué causa, sí.

—Y un asesino, ¿qué clase de persona es?

—¡Quién había de creerlo y hasta de imaginarlo! Yo he conocido a un asesino, un mozo de verdulería que siempre me pareció tan dulce como una paloma.

—No podía creerlo, claro.

—¡Qué se le va a hacer!

—Tiene razón, qué se le va a hacer. Pero no tardarán en cogerle.

El viejo fijó en él una mirada triste.

—Ya le han cogido —dijo luego.

—¿A quién?

—Al asesino.

—¡Al asesino! ¡Pero si no se ha oído nada! ¡Si no se ha visto en la prensa!

El viejo meneó la cabeza con el aire de quien sabe y no dijo nada.

—¿Quién es?

—Alí Saricos.

—¿Ese buenazo?

—Otro como el mozo de la verdulería.

—Por eso no le he visto hoy ni ayer por la tarde.

—¡Que Dios tenga piedad de él!

—¿Está enterada la esposa del difunto?

—Desde luego.

—¡Qué enigma es el hombre!

—Le han encontrado dinero.

—¿No será suyo?

—Confesó que era robado. Tienen sus medios.

—¿Y ha confesado el crimen?

—No sé.

—Pero usted ha dicho que habían cogido al asesino.

—Lo dijo Fausta.

—¿Significa eso que el móvil fue el robo?

—Eso creo.

—Podía haber robado sin llegar al crimen.

—Seguramente es que Jalil se despertó y tuvo que matarle.

—¡Pero si de bueno que es parece tonto!

—Como tú has dicho, el hombre es un enigma.

—Más aún.

—¿Sabías que ese mendigo que se pasa el día cantando las alabanzas del Profeta fue de joven un matón sinvergüenza?

—¡Ese hombre!

—Hasta que se quedó sin fuerzas, sin dinero y sin vista. Entonces se dedicó a mendigar.

—Pero Alí Saricos encontró mi cartera la mañana del crimen y me la devolvió.

—A lo mejor es más astuto de lo que parece.

¿Se producen con tanta facilidad los milagros o no es más que un castillo de naipes apoyado en nada?

—¿No habría huido una vez cometido el crimen?

—Huir equivalía a confesar.

—¿Por qué escondería en su cuarto lo que robó?

—Puede que lo tuviera en su casa.

—Llevárselo a su casa no era mucho más seguro.

—Cosa de nuestro Señor.

—Cuando nos encontramos por la mañana, antes de descubrirse el crimen, estaba tan sereno y amable como de costumbre.

—Los hay que asisten al entierro de su víctima.

Tú firme, cuidado con que tu apariencia revele la inquietud que sientes. El teléfono ha sido providencial. El viejo volvió a hablar:

—A mí fue al primero que interrogaron.

—¡A usted!

—Naturalmente: fui el último que estuvo con él la noche antes y el primero que entró en la vivienda por la mañana.

—Pero ¿quién puede imaginar que…?

—Me hicieron un montón de preguntas. Yo personalmente cerré la puerta y las ventanas también se cerraron. Sin embargo, encontraron una entornada.

—A lo mejor se le pasó por alto cerrarla.

—Su mujer asegura que se cerraron todas.

—¿No la forzaría Alí Saricos?

—No parece verosímil: el ruido podía despertar a algún huésped. Por no hablar de la víctima.

—¿No llamaría a la puerta y le abriría el propio Jalil?

—¿Por qué habría abierto la ventana entonces? Además, Jalil no llegó a levantarse de la cama; le mataron mientras dormía.

Su mirada. Y el ruido del silencio.

—¿No será que se quedó escondido dentro?

—Imposible: cuando cerré estaba conmigo.

—A lo mejor es que…

El resto de la frase murió sofocado por el espanto. Lo que iba a decir era que a lo mejor había fingido cerrar la ventana sin cerrarla de verdad. Pero él no tenía por qué saber que fue Alí quien cerró las ventanas y, aunque al final se había salvado, el pavor le dejó de hielo.

—¿A lo mejor qué? —preguntó el viejo.

—A lo mejor es que abrió la puerta con otra llave.

—A lo mejor. Pero entonces, ¿por qué abrió la ventana?

—Lo más seguro es que se quedara abierta.

—Sabe Dios.

—Para usted fue una prueba, con lo bueno que es.

—No sé ni cómo me soltaron. Pero es que tienen que cumplir con su tarea.

—Los periódicos han dejado de hablar del caso de repente. Hoy no dicen ni palabra sobre él.

—Dios te tenga en Su gloria, Jalil. ¡Desde hace sesenta años que nos conocíamos!

—¿Qué edad tenía?

—Ochenta pasados.

—¿Y cuándo se casó?

—Hace diez años.

—Un matrimonio fuera de lo común, ¿no cree?

—De joven estuvo casado y tuvo hijos; pero se le fue muriendo toda la familia. Pasó viudo una eternidad, hasta que Dios lo dispuso. Y sobre todo la quería como un padre.

—Normal.

—Era un hombre serio y trabajador. Y buena persona. Me ayudó a criar a mis hijos, Dios le tenga en Su gloria.

—¿Cómo llegaron a casarse?

—Él había ido a Alejandría para unos asuntos.

—¿Es de Alejandría ella? —le cortó Sábir.

—No. Cuando hacía un viaje allí pasaba unos días en casa de un amigo que tenía en Tanta. Ella estaba casada…

—¿Estaba casada?

—Con un primo suyo, que era un rufián y un perdido. La conoció en casa de su amigo… Estoy hablando demasiado…

—Pero ¿cómo llegó a casarse con ella?

—El primo la repudió y Jalil se casó con ella.

—¿Y ella aceptó casarse con un setentón?

—¿Y por qué no? Él le garantizaba una vida respetable y tranquila.

—¡Y en paz! —exclamó Sábir indignado y rememoró las últimas palabras de su madre—. Un rufián no se divorcia así como así de una mujer hermosa —prosiguió—. ¿Cómo es que el primo se divorció de ella?

—Por dinero. —Sawi parpadeó, al parecer arrepentido de su

ligereza.

—Eso es agua pasada —dijo Sábir.

—No, hablo demasiado. Y la verdad es que, desde que le vi ensangrentado, desbarro mucho. Dios Todopoderoso me perdone.

Pupila de un rufián, mujer pública, esposa de un hombre marchito, inductora de un crimen brutal, creadora de un personaje sin piedad, eterno tormento tuyo. Una fantasía sin fundamento te ha traído al hotel de muerte que ella regenta y ha acabado por arrojarte en las garras de la más mortal confusión. La misma fantasía que te impulsó a correr como un loco detrás de un coche.

14

Un café doble para reponerte del insomnio. Miró el teléfono a través de la nube de humo que formaban los cigarrillos de los otros huéspedes. Se preguntó cuándo le llamaría Fausta. Fuera, el cielo descargó un intenso chaparrón que duró solo unos minutos. Luego salió el sol, pero la calle quedó embarrada. Fausta calla, igual que la muerte, como si no supiera que él sufre. Bebes alcohol de la peor especie y ves el alba desvelado en tu cama. Tienes tales pesadillas que te hacen temer que los otros huéspedes oigan los gritos. Resulta evidente para cualquiera que te mire que estás desmejorado. Pero a Fausta no le importa nada.

Uno le pidió permiso para compartir el velador —tan llena estaba la sala—. Era, probablemente, el único huésped que quedaba de los que había en el hotel el día del crimen. Se lo dio temiéndose una conversación insustancial e irritante. Sus temores se confirmaron cuando el otro empezó así:

—Han cogido al asesino.

—Eso he oído —repuso Sábir disimulando el malestar con una sonrisa.

—¿Y ha oído usted que es Alí Saricos?

—Sí.

—Parece que fue por robar y no lo que yo me pensaba —agregó el hombre ajustándose mejor la capa al cuerpo.

—¿Qué se pensaba?

—Es que yo siempre pienso mal de las mujeres.

Sábir fijó en él una mirada de curiosidad.

—Una mujer joven y guapa que heredará unos bienes nada despreciables… —agregó el hombre.

—A mí se me ha ocurrido lo mismo —dijo Sábir conteniendo los nervios.

—Hay cosas que está mal pensar —dijo el hombre soltando una risa.

¿No se le habría ocurrido también al inspector? Fausta sigue callada como una muerta y el teléfono no convierte en realidad el deseo. Ni el frío ni la lluvia ni el barro hacen callar la voz del mendigo. Muhámmad Sawi le llamó señalando el auricular y Sábir corrió al teléfono.

—Diga —sonó como una súplica doliente.

—¿Sábir?

Nunca hubiera pensado que alguna vez sentiría frustración semejante al oír su voz.

—Ilham. ¿Cómo estás?

—¿Te molesto?

—De ningún modo. Es que no estoy bien, ya lo verás. Te espero hoy.

Si hubiera roto con ella bruscamente habría recuperado la energía, pero era más fácil que la que rompiera fuese ella. Tenía que alejarla del fango de su camino, aun a costa de una intervención dolorosa. Ilham no sabía nada de sus pensamientos, por eso le sonreía a modo de reproche y le consideraba con una pureza que nada era capaz de enturbiar. Ay, ¿cómo podía él quererla con un amor tan hondo y tan verdadero?

—¿No te sientes culpable? —preguntó Ilham mientras se daban un apretón de manos.

Sábir no dijo nada mientras ella se quitaba los guantes.

—¡Qué fuerte el resfriado! —exclamó inquieta mientras se sentaba.

—Yo diría que es una gripe maligna.

—¿Te cuida alguien?

—Absolutamente nadie.

—¿Has consultado al médico?

—No. En realidad ya estoy curado; lo que queda es solo la sombra de la enfermedad.

—Me alegra oír eso. Tomarás más zumo…

Mientras comían ella le miraba la mayor parte del tiempo.

—Varias veces pensé ir a verte.

—Gracias a Dios no lo hiciste.

Ilham se encogió de hombros, pero no discutió.

—Pues yo no he perdido ni un minuto —afirmó luego jubilosa.

Has estado sordo, pero ahora ella te hará oír una hermosa canción.

—Eres un ángel.

—¿Es que no me crees? Pues has de saber que vas a empezar una nueva vida… o, más bien, que vamos a empezar una nueva vida. ¿Qué te parece?

—Me parece que tú eres un ángel y yo un animal baldado —contestó deshaciéndose del desánimo por deferencia a ella.

—El capital que necesitas está a tu disposición.

—¡El capital!

—Sí. Mis ahorros para el futuro y lo que me han dado por unas joyas que no usaba. No es que sea mucho, pero basta. He consultado a compañeros con experiencia y te aseguro que partiremos de una base sólida.

No es solo una hermosa canción, ay; es también un milagro. Ni lo soñabas. Un capital sin robar ni matar. Y además el amor verdadero. ¡Devuélvele la vida al señor Jalil y despierta de la pesadilla!

—Ilham. (Era un lamento, aunque no hubiera queja). Cuanta más generosidad me muestras más me convenzo de que no soy digno de ti.

—No tenemos tiempo para poesías.

Su felicidad y su entusiasmo son inmensos. Apagar la llama será tu segundo crimen, pero es que tiende la mano para coger un fruto que no existe. En ningún momento se te ha ocurrido que pudiera ser tan fácil solucionar el problema ¡Esto es amor, libertad, dignidad, seguridad…! ¿Dónde estás tú? ¿Por qué no se produjo este milagro antes del crimen?

—¿En qué piensas? Esperaba que te alegrases… que te alegrases mucho.

Con el choque de la verdad se curará.

—Te digo que no soy digno de tu generosidad y no me crees —Sábir suspiró.

—Yo esperaba que te alegrases.

—Demasiado tarde.

—¡Señor! Es que no me quieres.

—Las cosas son muy complicadas, Ilham. Yo te quise desde el primer momento, pero ¿quién soy yo?

—¡No me hables de tu padre, ni de que eres pobre e incapaz!

Me torturas, porque me partes en dos mitades. El único medio de curarte es el choque de la verdad.

—Me parece que sigues malo. Tú estás conmigo, sí, pero yo me pregunto, ¿dónde está Sábir?

—Quiero que no tengas que preguntarte más y que no sufras.

—Si te sientes mal…

—No. No es que esté mal.

—Entonces, ¿qué es? ¿Por qué has dicho demasiado tarde?

—¿He dicho eso?

—Hace un momento.

—Lo que yo me empeño en decir es solo esto: no te merezco.

—¡Qué tontería! Sabes bien que te quiero.

—Ese es mi crimen. Por desgracia solo el amor nos hace huir del amor.

—¿Y por qué es un crimen?

—Porque tenía que haberme presentado a ti como soy.

—Lo has hecho. Y yo te he aceptado.

—Te he hablado de mi padre… —y prosiguió, amargo—: Pero no de mi madre.

—Yo te quiero a ti. El pasado nada tiene que ver —dijo fijando en él una mirada de reprobación.

—Tienes que escucharme.

—Déjala que descanse en paz, por Dios.

—Todo Alejandría sabe lo que voy a decirte.

—¡Pues borremos Alejandría de nuestro mapa!

—Acabó su vida en la cárcel —empezó con la garganta ahogada de amargura.

—¿Lo ves? —dijo Ilham fijando en él los ojos desorbitados, como si mirara a un loco.

—Por eso le incautó los bienes el gobierno —añadió Sábir tragando saliva—. Así se explica que, habiendo sido rico, sea ahora pobre. Lo único que me dejó fue una ilusión y por perseguirla me he perdido.

Demasiado duro, el corazón protesta. Pero te repondrás.

—No tengo derecho a querer a mujeres que no sean del tipo que ella trataba. Debí evitarte, pero el amor me pudo, ya te lo he dicho.

No puede hablar. Eso está bien. Ya solo te queda confesarle lo más vivo.

—Esto es lo que me consolará de haber perdido la oportunidad que me ofreces. Gracias al dinero maldito de mi madre viví en el ocio. Y solo me faltó un paso para negociar con cuerpos. Probablemente el único trabajo que soy capaz de hacer.

Ya has pasado lo más difícil y te sientes feliz. Ojalá no hubiera noche. ¿Sabrá ya el inspector los detalles de esta bochornosa historia?

Inclinó la cabeza a modo de adiós y se fue.

El día siguiente por la tarde recibió una llamada. Y cómo se turbó al oír la voz de Ilham.

—Hola, Ilham.

—Sábir —dijo ella con voz trémula—. Quería… Quiero… Quiero que sepas que nada de lo que me dijiste ayer me importa.

15

Ilham eres solo tormento. El crimen, sin embargo, ha establecido entre Fausta y tú lazos que solo romperá la muerte. Tu necesidad de ella es como el hambre rabiosa y puede arrastrarte al último círculo del infierno. El tiempo pasa destilando dolor, pero que pase sin incidentes da un poco de tranquilidad. Algún día encontrarás un medio para comunicarte con Fausta. ¿Le habrán ahorcado? Has matado a un hombre con tus manos y no te preocupa que maten a otro en tu lugar. ¿Despertarás alguna vez de la pesadilla?

Una mañana Ilham le llamó antes de que saliera del hotel.

—¿Renuevas el anuncio?

—No —repuso disgustado.

—He conseguido que alguien me buscara el número reservado de Arrahimi, por si lo tenía —dijo cariñosa.

—¿Y qué? Nada, claro.

—Por desgracia.

—No te molestes.

—Los corresponsales que tenemos en provincias están haciendo averiguaciones fundamentales.

—No tengo palabras para agradecerte.

—¿No piensas verme? —le preguntó con la voz llena de vergüenza.

—No —repuso cortante—. En beneficio tuyo. ¿Lloraría? ¿Lograría contenerse?

—Ya te dije que no me importa.

—Pero a mí me importa mucho.

En este punto colgaron. El sufrimiento que siguió fue tan vivo que se resintió con ella. ¿Qué valor tiene la belleza en un mundo

criminal? ¿Por qué los ojos de Ilham veían solo la maldita belleza? Antes de levantarse vio que Muhámmad Sawi le observaba atento. El viejo le sonrió con simpatía y le invitó a sentarse con él. Sábir aceptó con disimulada condescencia y Sawi le preguntó:

—¿Tienes prisa?

—En absoluto. Salgo por salir.

—Entonces quédate un rato conmigo —dijo el viejo, satisfecho—. La verdad es que, desde que murió Jalil, me siento solo y no tengo con quien hablar.

—¿Y sus hijos?

—No tengo ninguno en El Cairo.

—Que Dios le ayude.

En el salón solo quedaban dos hombres. Fuera, las voces de los vendedores y el ruido de los carros eclipsaban el canto del mendigo.

—¿Hay algo nuevo?

—Tengo un amigo policía… pero me parece que presume de saber lo que no sabe.

—¿Qué dice?

—Que Alí Saricos sigue siendo el acusado. Que no hay otro.

—A lo mejor es que confesó.

—No sé.

—Y el móvil, un robo miserable.

—Se ha declarado inocente del robo.

—Pero ¿no lo había confesado?

—Sí. Pero luego se ha declarado inocente.

—¿Y el dinero que le encontraron?

—Dice que se lo dio ella.

—¿Ella? ¿La esposa del difunto? —el corazón le latió de un modo doloroso.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Por hacer una buena obra.

—¿Las ha hecho también con los otros empleados?

—No, solo con él. Han preguntado a todos.

—Qué raro —comentó Sábir tragando saliva.

—Más raro aún es que haya vuelto a confesarse culpable del robo.

—¿Y la supuesta buena obra?

—Dice que ella le hacía regalos por los servicios que prestaba en la vivienda, que así se enteró de dónde estaba el dinero y que le entró tentación de robarlo.

—Y entró para robar y tuvo que matarle.

—Eso parece.

—¿Y qué opina el inspector?

—Ve a saber… pero de lo que sí están seguros es de que todo indica que él es el asesino.

—A lo mejor ha confesado.

—A lo mejor.

—Tampoco hay duda de que la esposa le pasaba algún dinero.

—Parece.

—¿Por qué se habrá declarado inocente del robo y luego otra vez culpable?

—Quién sabe.

—¿Tendrá otra cara este asunto?

—¡Y quién puede afirmarlo!

Entonces —al ver tan de cerca la cara del viejo— se dio cuenta de que tenía los ojos verde pálido, pero cuanto más se fijaba en él más le parecía ver un color distinto. De tal modo que acabó por no estar seguro de cómo era el que había visto al principio.

—¿Le parece que el asunto tiene otra cara?

—¡Y cómo voy a saberlo!

Ay, así deben sentirse los seres humanos cuando en la otra vida se acercan al infierno.

—Usted sabe mucho más de lo que dice.

—Me temo que es al revés.

—¿No han interrogado otra vez a la esposa?

—La han interrogado varias veces.

—¿Habrá sido por las declaraciones de Saricos?

—Desde luego.

—¿Confía usted en ese amigo suyo policía?

—Me lo ha dicho ella.

—¿Ella? ¿La esposa?

—Sí. Vino ayer por la tarde.

Había preferido ir cuando él no estaba. ¿Qué importan el inspector y la investigación cuando la tierra se hunde? La charla del viejo traslucía algo más que curiosidad. ¿Qué importa el calor si el

fuego ya te prende en las ropas?

—¿Qué dijo de lo que dio a Saricos?

—Que era una buena obra, claro.

—Es natural.

—¿Por qué?

—Alí Saricos no convence como hombre.

—Y tú, ¿por qué lo sabes?

—No todos los hombres valen.

—Yo he vivido el doble que tú y…

—¿Es que duda usted de la conducta de ella?

—Yo no he dicho eso.

—¿Está entonces seguro de que es inocente?

El viejo bajó la vista entristecido y por un rato calló.

—Yo no dudo de que ella sea inocente del crimen —dijo luego—, pero de lo otro estoy seguro.

Mira cómo se descubren mundos terribles bajo la lisa superficie del polvo.

—Entonces, ¿es una adúltera?

—Desgraciadamente sí.

—¿Lo sabía antes de la muerte de su amigo?

—Sí. Pero que no tuviese preocupaciones me parecía más importante que la verdad.

—¿Dijo lo que sabe cuando le interrogaron?

—Claro que sí.

—¿Declaró que mantenía relaciones adúlteras con Alí Saricos?

—¡Con Alí Saricos! ¡Yo no he dicho que fuera con Alí Saricos!

¿Había caído en la trampa?

—Como estábamos hablando de él…

—Pero luego pasamos a la mujer.

—En cuanto cómplice.

—No. Hay otro hombre.

Ven. En el infierno hay sitio para más de un hombre.

—¿Otro hombre?

—Su exmarido.

Sábir recobró el aliento.

—¿El hombre que la vendió?

—El trato no la perjudicó, la benefició.

—¿Cómo lo supo?

—En más de una ocasión le vi entrar furtivamente a casa de la madre cuando ella estaba.

El infierno vuelve a poner al rojo las calderas.

—¿Y lo ocultó?

—Si se lo digo a Jalil le mato.

—Muerto está de todos modos.

—Sí, por desgracia.

—¿Cómo es que le permitía hacer esas visitas?

—Era tan viejo que se olvidaba de todo, incluso de pensar mal.

—¿Lo dijo cuando le interrogaron?

—Lo dije.

—¿Han comprobado sus coartadas?

—Él no estaba en El Cairo la noche del crimen.

—Eso no impide que fuera el instigador.

—Desde luego. Pero le soltaron.

—¿Por qué?

—Sus razones tendrían.

—¿Habrán utilizado al criado?

—O a algún otro tonto.

—A lo mejor esto son suposiciones sin fundamento —dijo Sábir tragando saliva.

—A lo mejor.

—Pero dijo usted que estaba seguro…

—Exageraba.

—Estamos como al principio.

—El corazón me dice que mis suposiciones son ciertas —afirmó el viejo meneando tristemente la cabeza.

—Puede ser que no haya relación entre la infidelidad y el crimen.

—Puede ser. ¿Le habrían soltado si no?

—De todos modos, Alí Saricos les prestó un servicio impagable.

—Si es que es el asesino.

—¿No le parece que lo sea?

—Todo es posible.

—A veces tengo la impresión de que no puede creerlo.

—¿Por qué no? Recuerda lo que te dije del mozo de verdulero.

—Entonces, ¿puede ser el asesino?

—De lo que estoy convencido es de que al asesino lo ejecutarán

—dijo, y suspiró—. Aunque pase tiempo.

Mientras no hables con ella no sabrás lo que es dormir. Una mujer infernal, aunque estúpida si piensa que puede jugar contigo. ¿O no ha visto que llegado el caso puedes matar? Tienes que conseguir la dirección.

—El exmarido no fue el instigador —volvió a decir el viejo—. De otra manera no le habrían puesto en libertad tan fácilmente. Ahora, del otro delito…

—Es primo de ella y nada de particular tiene que vaya a ver a la tía.

—Lo cierto es que yo tuve sospechas hace mucho. Cuando su madre vivía en Alfagala, no lejos de aquí, Jalil la acompañaba siempre que quería ir a verla. Pero luego la madre decidió mudarse al número 20 de la calle de la Ribera, en Aceituno. ¿Por qué? La única explicación que he podido encontrarle ha sido que para que ella tuviera un pretexto para irse unos cuantos días al mes, a pesar de que al principio Jalil se opuso. Pero ella usó sus artes y él se conformó.

Nunca pensó conseguirlo tan fácilmente, sin el menor esfuerzo de su parte. Pero el furor también se había apoderado de él. Sí, el furor se había apoderado también de él.

16

A no ser porque estaba seguro de que la policía le vigilaba de algún modo, se habría ido en el acto hasta Aceituno. Tenía que esperar hasta que encontrara algún subterfugio. Cuando por la mañana bajó de su cuarto vio de espaldas a Sawi, que estaba inclinado sobre la mesa, y por un instante le pareció ver al señor Jalil Abulnaga. La absurda verdad le asaltó como si se tratara de algo nuevo: el señor Jalil estaba muerto; y se preguntó qué le habría hecho acordarse de él. Al llegar donde estaba el viejo aflojó el paso, pero el viejo respondió al saludo apresuradamente y volvió al cuaderno de cuentas como si hubiera olvidado por completo la conversación de la víspera, como si hubiera olvidado las revelaciones terribles que podían modificar toda su vida y que él había ignorado hasta entonces. Desayunó en el salón. Tenía la cabeza pesada por los efectos del somnífero. Fausta… no hay fuerza en la tierra capaz de tratarme como a un tonto. Cuando menos lo pienses sentirás el golpe definitivo en la cabeza. Haz lo que quieras. Traiciona, cásate, que yo tengo en la mano la soga de la horca. Y no imagines que la vida me importa más que el orgullo. Las conversaciones sobre el dinero y la guerra eran tan insistentes en el salón como el canto del mendigo en la calle. Ilham le llamó por teléfono. ¡Cómo se enfurecía con ella cuando su voz le resonaba en lo más hondo del vértigo!

—¿Pasarás a verme hoy? Aunque sea unos minutos.

—No puedo.

—Di una razón que me convenza.

—No puedo.

—¿Ni siquiera si es para hablarte de algo relacionado con tu

padre?

—¿Con mi padre? —preguntó turbado.

—Sí.

—Pero ¿qué?

—Luego nos vemos.

Ni su padre podía distraerle del ánimo vengativo y feroz que le poseía en aquel momento.

—No puedo.

—¡Pero si se trata de tu padre! ¡De la persona que viniste a buscar!

—Más adelante a lo mejor.

—¿Voy yo?

—No —repuso con irritación un tanto brutal.

¿Qué novedades habría sobre Arrahimi? ¿Y qué le importaba ahora? Aceituno lo era todo. Podía ser una mentira para forzarle a verla. Aceituno lo era todo ahora. Echó a andar atormentado, presa de sus cavilaciones. Bebió mucho alcohol malo. Luego erró por las calles, cavilando siempre, hasta convencerse de que acabaría por librarse de su perseguidor. Subió al cuarto para dormir, pero no pudo. El policía sí estaría dormido. Poco después de la llamada a la oración del alba salió cautelosamente del cuarto y bajó poco a poco hasta el vestíbulo del hotel. A la luz de un velador vio que un criado dormía al lado de la puerta, y se sintió decepcionado y rabioso. No pensó en despertar al criado para que le abriera, porque podía ser el policía. Retrocedió. Su respiración sonaba en el hondo silencio. Se le ocurrió una idea que no había considerado antes y que le devolvió los ánimos. Subió las escaleras hasta la azotea sin detenerse ni vacilar. Cuando su mirada se encontró con la vivienda cerrada a la luz de las estrellas un escalofrío le recorrió los miembros y la impresión le obligó a cerrar los ojos. Fue hasta el muro que separaba la azotea del hotel de la del edificio contiguo y lo cruzó como la primera vez. Temblaba. ¡Ah, con la necesidad que tenía de todo el temple de sus nervios! Llegó a la puerta de la azotea y bajó en la oscuridad más completa hasta el vestíbulo del edificio, donde lucía un velador. El chiscón del portero estaba cerrado y la puerta de la calle también, pero con la llave puesta en la cerradura. Todo estaba como si lo hubiera planeado de antemano. Se llegó hasta la puerta y quiso girar la llave, pero la

llave no cedió. ¿Por qué? Tiró con cuidado y la puerta empezó a abrirse: estaba abierta. ¿Por qué sería? Cuando iba a salir una forma humana le cerró el paso y una voz seca preguntó:

—¿Quién es usted?

Jugándose el todo por el todo le arrastró bruscamente hacia el interior clavándole la rodilla en el estómago. El hombre se dobló emitiendo un quejido y Sábir le descargó entonces el puño en la cabeza. Cayó de bruces y Sábir se lanzó al exterior, atravesando el frío, el alba y la soledad. Cruzó la calle hasta los soportales del otro lado y se encaminó hacia la plaza. Apenas había dado unos pasos tropezó con un bulto y estuvo a punto de caerse.

—¡Eh, que soy un ciego! —protestó el bulto.

—Perdone —repuso apresuradamente—. Está tan oscuro bajo los soportales.

—Nuestro Señor te dé luz para la vista. Te lo desea un pobre mendigo y si Dios quiere el deseo se cumplirá.

Sábir se estremeció. Tenía que ser el cantor. ¡Incluso a aquellas horas mendigaba! Reanudó la marcha seguido por la voz del otro:

—¡Que la bondad de Dios te alumbre el camino!

Tomó un taxi con el aliento entrecortado aún. Ya podía esperarle el policía. Ya podía perder la vista mirando por todos lados. El taxi le dejó en la calle de la Ribera misma y a poca distancia de la casa, que tenía solo una planta. La oscuridad recogía su manto. Llamó a la puerta sin tener idea de quién la abriría; de todos modos se había abandonado a la suerte. La hoja se entreabrió dejando ver el rostro de Fausta, quien, a toda prisa y con nerviosismo, acabó de abrir para que Sábir pasara.

Estaba en camisón, con el pelo alborotado y poco atractiva.

—¿Te has vuelto loco? —susurró.

Y se dirigió hacia una habitación que quedaba a mano derecha. Era la sala de recibir. Quedaron frente a frente a la luz de una bombilla desnuda.

—Lo que has hecho es peligroso. ¿Te has vuelto loco? Sábir la taladraba con los ojos, sin pestañear.

—A lo mejor.

—¿No te das cuenta del peligro que supone venir aquí?

—Pero es más fácil que esperar sin esperanza.

—¡Pues hay que esperar! ¿No te das cuenta de que mi situación

es más delicada que la tuya?

—¿Y hasta cuando tengo que esperar? ¿Hasta que me muera?

—Hasta que vernos no suponga peligro.

—Está el teléfono.

—El señor Muhámmad conoce mi voz.

—Cualquier mozo de verdulería puede hacerte el favor de preguntar por mí.

—Me han interrogado varias veces, me ha entrado miedo y ya no soy capaz de pensar.

—¡Pero si tú planeas los crímenes de sangre cuando estás acostada!

—No alces la voz que mi madre duerme ahí.

—¿No está al tanto de tus líos?

—¡Tú estás loco! Desde luego, normal no.

—Tengo que ver tu alcoba.

—Es como las demás habitaciones de la casa.

—No me líes. Tengo que ver quién duerme en ella.

A Fausta se le dilataron los ojos.

—¿Qué le pasa a tu cabeza?

—Tu primo. Tu exmarido. ¿No está ahí?

—¿Quién ha dicho eso? No hay nadie en mi alcoba. ¡Nos vamos a buscar la ruina nosotros mismos!

—¡Y qué más da! Tengo que verlo con mis propios ojos.

Se la quitó de delante y salió de la habitación. Abrió la primera puerta y vio a la vieja profundamente dormida. Abrió otra puerta y vio una alcoba, *su* alcoba. El embozo de la cama estaba vuelto, de cuando había salido. Recorrió todas las habitaciones y los servicios y no vio ni rastro de nadie. Volvieron a la sala de recibir.

—Estoy fuera de mis casillas —exclamó furioso—. Es normal que no aparezca por aquí mientras dure la investigación.

—Alguien se ha interpuesto entre nosotros con malas intenciones. El corazón me lo dice.

—¿No estuviste casada con tu primo?

—Lo estuve.

—¿Y no te vendió al marido que me has hecho matar?

—¡Van a cogernos, loco!

—Contesta.

—¡Eres idiota! ¡Estoy arriesgando mi vida porque te quiero!

—Él venía a dormir contigo en este burdel.

—¿No sabes ver lo que es verdad y lo que es mentira? ¿Has olvidado lo que hay entre nosotros dos?

—No hay mujer que no finja bien encima de una cama.

—Créeme, por nosotros. Lo que piensas es mentira.

—¿Crees acaso que por miedo a la horca voy a permitir que te quedes con él?

—El único hombre que hay en mi vida eres tú. Créeme. Si no me crees ahora mismo, nos habrán detenido antes de que salga el sol.

—¡Embustera! ¡Falsa! ¡Has deshecho mi vida con tu mentira!

—Créeme, yo te quiero. Lo que he hecho lo he hecho por ti. Créeme.

—Me has deshecho la vida mintiéndome, para quedaros tú y tu amante con el dinero y vivos.

—Créeme antes de que sea demasiado tarde. Tú eres mi amor. Tú eres el único. Ese hombre salió de mi vida hace mucho tiempo.

—El plan que hiciste era infernal: para mí el crimen y para ti el otro y el dinero.

—Es inútil. Hemos acabado, maldita sea. Tienes la cabeza dura como una piedra. No te lo digo más: ¿quieres creerme?

—No.

—¿Qué quieres entonces?

—Matarte.

—¿Y que te ahorquen?

—Eso mismo, bienvenido sea.

La puerta sonó como si estallara. Alrededor de la casa se oían voces profiriendo amenazas y pasos agresivos.

—Es la policía —gritó Fausta desesperada—. ¿No te lo dije?

Cayó sobre ella como un loco, le puso al cuello las manos nerviosas y apretó con todas sus fuerzas mientras la puerta saltaba.

17

Solo en la prisión. Quien no tiene familia no recibe visitas. Ahora que sabe toda la verdad, Ilham se ha esfumado como un sueño. Ha debido curarse del amor maldito. Los periódicos vuelven sobre el caso y te revelan lo que no sabías. Las páginas están llenas de fotos. Fausta; el señor Jalil; Muhámmad Rágab, que fue primer marido de Fausta; tú; fotos donde el padre y la madre aparecen juntos. Incluso de la angelical Ilham y de Basima Umrán. Los periódicos no dejan pasar nada, por grande o pequeño que sea. Una vez en la celda de los condenados a muerte estás libre de todas las relaciones que forman la vida, y el escándalo no te conmueve. Estás libre del orgullo y la vergüenza, igual que en el vientre de tu madre. Sábir fue detenido cuando estrangulaba a su amante. Sábir tiene historia. Basima Umrán, la emperatriz de la noche en Alejandría. En un momento de desesperación y bancarrota le encandiló con la supuesta grandeza de un padre desconocido, le lanzó en busca de un imaginario Sáyid Sáyid Arrahimi. El amor, la muerte. Sábir es un modelo ejemplar de gallardía masculina. Tus conquistas en Alejandría. El amor ciego que te lleva a la horca, modelo también; pero de brutalidad, egoísmo y depravación. ¡A cuántos ha asombrado la cara oculta que reveló el amor de Ilham! En ningún momento se le había ocurrido seducirla. ¡Aquel afán suyo de hacerle confesiones! Su empeño por no aprovecharse de ella de ninguna manera; el rechazar el dinero que ella le ofrecía cuando se ahogaba en la crisis final. Su madre le había criado a lo grande; y una de dos: o encontraba al supuesto padre señorial o cometía el crimen más horrible, asesinar a sangre fría. Mira que el inspector sospechó de ti desde el principio. Observó tus movimientos por las

calles, en la mantequería de Clot Bey y en Votre coin. ¡Y qué idea encargar al señor Muhámmad Sawi que te hablara de la infidelidad de Fausta! ¡Viejo ladino! ¡Y qué necio yo! Muhámmad Rágab, el primer marido, negó toda relación con la víctima, pero el amante cayó en la red. ¿Lo habría negado para evitar sospechas o se habría limitado a declarar la verdad? La prensa no afirma nada sobre este punto, el que te lleva a la perdición. ¿Podrás saber la verdad una vez muerto? A pesar de todo, Muhámmad Sawi cometió un error al tejer sus mentiras, un error que hizo peligrar todo el plan y que, de no ser por la turbación del amante, podría haberle hecho fracasar. Fue cuando le confesó haber sido testigo de la infidelidad de Fausta y casi al mismo tiempo le dijo que el exmarido iba a verla a casa de la madre. Por un momento pensó que Sábir habría advertido la flagrante contradicción, pero el choque de la idea de que Fausta le era infiel le consternó de tal manera que no pudo advertir contradicción ninguna. Esto es cierto, ay, y yo, qué necio. Relataban prolijamente lo que hiciste para llegar a casa de la madre de Fausta: cómo cruzaste al edificio contiguo, cómo trató de detenerte el portero, que volvía de rezar la oración del alba, y cómo le dejaste fuera de combate. Cómo te reconoció el policía que vigilaba el hotel desde los soportales cuando tropezaste con el mendigo ciego, al oír tu voz cuando te disculpabas. ¡Ah, el odioso, el repugnante mendigo ciego!

Los periódicos no omiten nada, por grande o por pequeño que sea. Divulgan tu necedad y tu ceguera igual que divulgaron las cosas de tu madre. Una revista llamada *La Primavera* hace estudiar el caso a la crema de la intelectualidad. Un profesor universitario afirma que el desigual matrimonio que formaban Fausta y el señor Jalil fue causa primera del crimen. Un columnista dice que la causa primera fue la pobreza; el primer marido de Fausta la vendió al segundo instigado por la pobreza; Fausta es una víctima de la lucha y las diferencias de clase. Un médico de la Seguridad Social examina los posos que el haber sido criado a manos de una comerciante de carne humana pudo dejar en la psicología de Sábir. Un psicólogo dice que Sábir tenía fijado el complejo de Edipo en su padre y que su impulso criminal podía explicarse por dos importantes factores; el primero, que Fausta fue para él un sustituto de su madre, razón por la cual se enamoró de ella; segundo, que su

inconsciente le impulsó a vengarse y que mató al dueño del hotel porque era un símbolo del poder que le habría privado de su forma de vida desahogada, cosa que el gobierno había provocado en realidad al incautar los bienes de su madre. Una autoridad religiosa asegura que el problema es esencialmente un problema de pérdida de fe y que si Sábir se hubiera empeñado en buscar a Dios una décima parte de lo que se empeñó en buscar a su padre, Dios le habría concedido en ambas casas, esta y la del otro mundo, cuanto esperaba lograr de su padre.

Sábir leyó aquellos comentarios con desgana y estupor, y luego se encogió de hombros con desdén.

«Nadie parece preocuparse —se dijo— de si Fausta era sincera o mentía, ni de si Arrahimi era real o no».

Un día le llamaron al locutorio para que se entrevistara con un abogado. En seguida le pareció haberle visto antes, pero no pudo recordar cuándo ni dónde. La digna ancianidad del abogado le dio ánimos y una vez le estrechó la mano le preguntó:

—¿Es usted el abogado de oficio que me han asignado?

—No —repuso el otro, y en voz más baja anunció—: Soy Muhámmad Atantaui.

Sábir reconoció que, a pesar de su fama de gran abogado, no le conocía y luego, un tanto cohibido, preguntó:

—¿Quién le ha encargado que me defienda?

—Considera que lo hago por simpatía.

—No lo tome usted a mal —añadió Sábir en son de disculpa—, pero no tengo dinero.

—Soy hermano de Ihsán Atantaui —dijo risueño el abogado—, el jefe de la sección de anuncios de *La Esfinge*.

—Ah. Así me preguntaba yo dónde le había visto a usted antes.

El abogado sonrió y Sábir le preguntó impresionado:

—¿Así que tiene usted intención de defenderme?

—Sí. Si quieres.

—¿Por Ilham? —exclamó Sábir sin otro preámbulo.

El abogado sonrió otra vez, pero no dijo palabra, y Sábir cerró los ojos un momento.

—¿Y los honorarios? —preguntó al abrirlos.

—Solo los gastos de procedimiento.

¿Era posible? ¿Cómo podía imaginar que…? El precio de

enterrar el amor.

—Todo esfuerzo es inútil, abogado.

—La noción de desánimo no existe en nuestro diccionario.

—Son dos crímenes con premeditación. Y me he declarado culpable.

—¿Y qué?

—E Ilham… ¿por qué…?

—Se ha comentado que no tienes familia, pero algo es que tengas una amiga.

—¿Incluso ahora que sabe…?

—Acéptalo sin explicaciones.

—Es la segunda vez que lloro en mi vida —dijo Sábir secándose las lágrimas con la manga.

—No tiene nada de malo. Pero vayamos al asunto.

—Ya le he dicho que me he declarado culpable.

—Están las circunstancias.

—¿Qué circunstancias atenuantes puede haber?

—La educación, el amor, los celos, la honestidad de tu comportamiento con Ilham…

—Con eso solo conseguiré más alboroto.

—No nos abandonemos al desánimo antes de tiempo.

—Ha sido como un sueño. Vine de Alejandría para buscar a mi padre y me vi envuelto en una serie de acontecimientos extraños que me hicieron olvidar la razón de mi presencia aquí… Y al final me he encontrado en la cárcel —suspirando, agregó—: Ahora, sin embargo, casi lo he olvidado todo menos la razón que me trajo aquí.

—De nada vale pensar en eso ahora, aunque quizá lo señale en mi defensa, ya que puede considerarse el delito original, que te fue impuesto antes de nacer.

—Últimamente Ilham me llamó para decirme que había novedades con respecto a mi padre.

—¿Qué te dijo exactamente?

—No llegué a verla, encelado como estaba por vengarme de la otra.

—Puedo asegurarte que no sabe nada.

—Las informaciones referentes al crimen que ha publicado la prensa pueden considerarse —dijo Sábir meneando la cabeza

desconcertado— una especie de anuncio fuera de lo común y tal vez consigan lo que no logró mi modesto anuncio en *La Esfinge*.

—Estoy bastante informado de tus cosas y puedo decirte con certeza que preocuparte por tu padre ahora solo te reportará quebraderos de cabeza, pues, tanto si aparece como si no, no se modificará tu suerte.

—Si aparece igual se produce un milagro.

—¿Cómo dices?

—Digo que si es verdad que es tan importante y tan influyente…

—Por importante que fuera no podría cambiar las leyes.

—Óigame, abogado, mi madre tuvo influencia y con esa influencia pudo desafiar las leyes ante las propias narices de las autoridades.

—Dime qué esperanzas cifras en que aparezca tu padre, por Dios.

—Quizá pudiera facilitarme la huida —repuso Sábir tras vacilar un momento.

—Tú fantasea, que a la larga solo sacarás penas.

—De todas formas le agradezco la amabilidad —dijo Sábir resoplando—. Transmita mi mejor voluntad a la señorita Ilham y al señor Ihsán, por favor. Quedo a su disposición en todo momento. Y con respecto a mi cómica esperanza, no renunciaré a ella antes de tiempo, como usted ha dicho.

**

Se celebró el juicio de Sábir y se remitió su expediente al jurisconsulto religioso. Luego se dictó sentencia. Había seguido los alegatos con interés y la sentencia le consternó, aunque la esperaba desde el primer momento.

**

Le convocaron al locutorio. Era el señor abogado Muhámmad Atantaui, que le recibió con simpatía y le animó con expresiones adecuadas. Una vez hecho esto, dijo:

—Aún nos queda la apelación y el supremo.

—¿Cómo está Ilham? —preguntó Sábir tristemente.

—No muy bien. A su padre le ha impresionado tanto verla implicada en un caso del que han hablado tanto los periódicos, que ha venido a verla desde Asiut e insiste en llevársela una temporada para que cambie de aires y coja fuerzas.

—¡Conque se ha manifestado! —la voz de Sábir sonó demasiado alta—. Mi padre, sin embargo…

—A propósito —empezó risueño el viejo abogado—. ¿Puedes creer que te traigo noticias de tu padre?

—¡No! —exclamó Sábir turbado.

—Sí —y tras una breve pausa añadió—: ¿Has oído nombrar a un periodista que firmaba su columna diaria con el seudónimo *El falso periodista*? Naturalmente no, porque dejó de trabajar hace veinte años. Pues es vecino mío en El Cairo Nuevo y hace muchos años fue mi profesor en la Facultad de Derecho; una de las personas más versadas en ley coránica. Anteayer estuve con él y le hablé de ti. Cuando mencioné lo de tu padre me cortó.

—Sáyid Sáyid Arrahimi dices. ¡Pero si le conozco!

—Yo le dije que a lo mejor era otro, y él insistió.

—Sáyid Sáyid Arrahimi, un gran señor rico y apuesto. Hace treinta años andaba por los veinticinco.

—¿No ha visto la foto en la prensa? —exclamó Sábir.

—Ahora no quiere saber nada de la prensa. Y además es ciego.

—¡Qué lástima! Aunque, en todo caso, está la coincidencia de nombre, de cualidades y de edad.

—Evidente.

—¿Y dónde vive?

—Por desgracia no sabe nada de él.

—¿Le ha dicho algo de su primer matrimonio?

—Me ha dicho que su única afición en este mundo era el amor —repuso el abogado, risueño.

—Pero mi madre le abandonó. Es un detalle difícil de olvidar.

—En la vida de un hombre como Arrahimi hay tantas mujeres como días y es difícil saber quién abandona a quién.

—Mi madre no mencionó ese aspecto de su personalidad.

—Quizá no lo conocía.

—Pero una boda es algo difícil de ocultar.

—Alí Burhán (o sea, *El falso periodista*) me dijo que él se casaba

como quien da un paseo, que era adicto tanto al amor sexual como al platónico y que no discriminaba ni a maduras ni a adolescentes, ni a viudas, casadas o divorciadas, ricas ni pobres. Ni siquiera a criadas, traperas o pordioseras.

—¡Asombroso!

—Sí.

—¿Y no le causaba problemas?

—Él se imponía a los problemas.

—¿Y a qué se dedicaba? —preguntó Sábir con ojos de desconcierto—. ¿Qué oficio tenía?

—Era, y seguirá siendo, millonario. Su única actividad era el amor. Cuando se veía en un aprieto emigraba a otra ciudad y una vez instalado seguía practicando su afición.

—Pero yo aún conservo el certificado de boda.

—Es probable que haya muchos otros.

—¿No tuvo demandas?

—Quién sabe. Pero él andaba suelto, que es lo que importa.

—¿Y las leyes? —preguntó Sábir amargamente irónico.

—Nunca cayó. Alí Burhán me ha contado que una vez sedujo a una muchacha de una familia importante y muy escrupulosa, y que desapareció del país en el momento justo.

—¿Volvió?

—No, porque se prendó del ancho mundo y empezó a viajar de un país a otro, de un continente a otro, respaldado por sus millones y corriendo tras mujeres de todas las formas y colores.

—¿Cómo se enteró su amigo?

—Muy de cuando en cuando recibía cartas de él.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede parar ahora?

—No. Las cartas llegaban sin remitente y lo único que figuraba en el sobre era el nombre del país. Al parecer no pasaba más de unos días en cada sitio.

—Pues en el extranjero tiene que ser conocido.

—Es presumible tratándose de un millonario. Incluso si tomó la precaución de adoptar diversos nombres y formas de comportamiento.

—¿Cuándo recibió su amigo la última carta?

—No lo recuerda con exactitud, no olvides que pasa de los noventa. Lo que sí recuerda es que recibió cartas suyas de todos los

continentes.

—Naturalmente, lo sabrá todo de su familia.

—No tiene familia en Egipto. Su padre emigró a la India. Mi amigo le conoció en el club más selecto, trabaron amistad y por él supo que Sáyid era su único hijo. No tenía hermanos ni hermanas. El padre murió hace cuarenta años y dejó a su heredero los millones que había amasado comerciando en bebidas espirituosas. Si alguien le queda en Egipto será la descendencia que fuera engendrando en sus múltiples aventuras.

—¡Como yo, sin familia!

—No si de verdad es tu padre.

—Ahora que sé cómo es eso no puedo dudarlo.

El abogado sonrió, optando por callar.

—Tenemos el mismo carácter, pero él anda libre por el mundo y yo estoy en la cárcel esperando que me ahorquen.

—¡Él no ha matado!

—Su amigo el ciego no lo sabe todo.

—Lo cierto es que es millonario.

—Más importante aún es que no está sujeto a las leyes.

—Tú sabías que eras pobre y que estabas sujeto a las leyes.

—Pero sabía quién es mi padre.

—¿Y dónde has acabado?

—Es verdad, sí. Mi madre le conoció mejor que su amigo el falso y luego amasó una gran fortuna y se atrevió a desafiar las leyes. A no ser por la mala suerte…

—Él no sabe lo que es la mala suerte.

—No era razonable contentarme con ser alcahuete después de conocer mi origen.

—Pues así tampoco has estado a la altura.

—Le busqué.

—Me has confesado que le olvidaste.

—¡Por una mujer! Es un atenuante que él puede aceptar.

—Él no tiene que juzgarte.

—Pero se ha olvidado de mí.

—Lo que a ti te atrae es… que es excepcional. Pero tal vez no le necesitas.

—Si mi madre no le hubiera abandonado lo tendría todo.

—Pero le abandonó.

—¿Qué culpa tengo yo?

—Ninguna.

—Esa es la principal razón de mi crimen.

—Una razón muy mediata, que no puede invocarse a la hora de fijar responsabilidades.

—Pues tiene más peso que las fortuitas. Que mi encuentro con Fausta, por ejemplo.

—La ley es la ley.

—Tal vez lo mejor sea aceptar que no es mi padre —concluyó Sábir con un profundo suspiro.

—Eso pienso yo. Pero te veía tan sediento de saber…

—¿Y qué sé ahora? Nada que merezca la pena, creo.

—Por desgracia así es.

—Y además de ser inútil está por comprobar.

—Por desgracia.

—Y a causa de esta impensada información se ha vuelto aún más inalcanzable que al principio.

—Era inevitable.

—¡Adiós a la libertad, la dignidad y la seguridad! ¡Adiós a Ilham y a Fausta!

El abogado volvió a guardar silencio.

—Ya solo queda la soga de la horca —dijo Sábir.

—Está el supremo —repuso el abogado en tono de reproche. Y tras vacilar y pensárselo agregó risueño—: Alí Burhán me dijo algo más.

—¿Qué?

—Que Arrahimi ha ido a verle.

—¿Cómo? —exclamó Sábir.

—Fue en octubre pasado.

—¡En octubre! —gritó Sábir sin querer.

—Sí.

—Por entonces ya le buscaba en Alejandría.

—Había pasado seis días allí.

—¡Es para volverse loco! ¡Pedí información a las autoridades municipales, pero pospuse la idea de publicar un anuncio en la prensa porque en Alejandría estaba expuesto a las burlas de mis enemigos!

—¿No era tu misión más importante que cualquier burla de tus

enemigos?

—Sí y bien que lo siento.

—No lo tomes así. Tal vez no hubiera leído la prensa.

—¡Si eso pudiera consolarme!

—No hagas que me arrepienta de habértelo dicho —le miró haciéndose cargo de su pesadumbre. Luego dijo, intentando arrancarle de ella—: Iba de camino a la India y a mi amigo le regaló un libro, *Cómo mantenerse joven hasta los cien años*, y una espléndida caja de vino añejo.

—Creo que el hombre que vi en aquel coche era él. ¿Le puso dedicatoria en los regalos?

—Eso creo.

—¿Podría ver el libro?

—Te lo traeré.

—¿Podré tenerlo todo el tiempo que me quede?

—No creo que a mi amigo le importe.

—Gracias. ¿Algo más?

—Mi amigo me comentó que conserva la vitalidad, las ideas y el carácter risueño de su juventud. Al parecer le dijo: «Yo me paseo de continente en continente como tú los dedos por la punta del bigote». Y esto otro: «Si no has estado en las cuatro puntas del mundo y no has hecho el amor en ellas no puedes considerarte vivo».

—¿No habló de sus hijos?

—Posiblemente los tiene en los cinco continentes, pero él solo habla del amor. Bebió hasta embriagarse y entonces cantó una canción erótica que aprendió en una tribu del Congo.

—¿Se emborracha y canta y no se le ocurre preguntar por sus hijos?

—Puede ser que el concepto de paternidad cambie cuando esta alcanza unas proporciones fuera de lo normal.

—¡Pero los hijos son los hijos, sean pocos o muchos!

—Cuando un padre fuerte piensa que sus hijos son como él se dan contradicciones extrañas.

—¡Qué defensa!

—Hay personas anómalas a las que perdonamos faltas que a otros no perdonamos. ¿Qué opinión te merece una persona de conducta excepcional, como él?

—La cabeza me da vueltas.

—No hagas que me arrepienta.

—Puede que aún esté en Egipto.

—Le ha mandado desde fuera una tarjeta postal con un saludo.

—Quizá vuelva antes de que me ejecuten.

—No hay nada imposible.

—¡Todas las semanas viendo a Ilham y a su hermano de usted y no saber que estaba tan cerca del vecino de Alí Burhán, el amigo de Arrahimi!

—Así suelen ser las cosas.

—Era una pista excepcional, que podría haberme llevado hasta él.

—Aún hay esperanza.

—¿Cómo? ¿Y qué esperanza?

—Que te conmuten la pena de muerte por cadena perpetua.

—¡Qué esperanza!

—Nos daría la oportunidad de seguir buscando.

—¿Y si confirman la pena?

El abogado abrió las manos con un gesto de impotencia y luego las apretó con fuerza.

—En tal caso me queda tiempo para un último recurso y el tiempo que medie entre la condena y la ejecución. ¿Me ayudaría usted con todas sus fuerzas a intentar ponerme en contacto con él en ese lapso?

—Hijo mío, la ley es la ley. La piedad y el deber me obligan a no perder tiempo en algo que no tiene futuro. Más vale que lo dedique a revisar tu expediente y el código penal.

—¿No quiere aceptar que es fuerte, a pesar de lo que sabe usted de él?

—Yo soy hombre de leyes y sé que tu suerte está exclusivamente en manos de la ley.

—Usted me ha apoyado en este compás de espera, ¿va a defraudarme ahora?

—Si de verdad es como imaginas te ayudaré. Pero yo no tengo modo de llegar hasta él.

—Pero tiene experiencia y saber, y parece que su vecino tiene ascendiente sobre Arrahimi.

—No es imposible lograr comunicarse con él, aunque requiere

un tiempo del que tú careces. Y medios concretos yo tampoco tengo. Un primer paso puede ser entrar en contacto con todas nuestras embajadas, aunque sin olvidar que en ese momento puede estar en algún país donde no tengamos representación diplomática.

Ah, la palabra que muere en la punta de la lengua. Las formas de las nubes deshechas por el viento. La prensa del dolor rota tras los barrotes. La pregunta ciega y la respuesta arbitraria.

—Al parecer no se puede delegar en nadie.

—Lo que ocurre es que solo lo razonable es provechoso —repuso el abogado sonriendo indulgente.

—Sea lo que quiera —concluyó Sábir encogiéndose de hombros.

Naguib Mahfuz (El Cairo, Egipto, 1911 - El Cairo, Egipto, 2006) fue un escritor y periodista egipcio. Licenciado en filosofía, militante del Wafd, el gran partido nacionalista antibritánico, se desempeñó como funcionario en diversos organismos de la administración de su país, fue director del departamento técnico del Instituto de Artes y presidente del Instituto Nacional de Cine.

Publicó más de treinta obras entre novelas y relatos, la mayoría de las cuales han sido adaptadas al cine, al teatro y a la televisión. Considerado el «padre» de la prosa árabe contemporánea, en 1972 recibió el prestigioso Premio Nacional de las Letras Egipcias y se le otorgó el Collar de la República, el más alto honor de su nación.

En 1988 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, siendo así el primer escritor en lengua árabe en recibir dicho galardón, y el más reconocido.